

NEW LEFT REVIEW 109

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2018

	ARTÍCULO	
SUSAN WATKINS	¿Qué feminismos?	7
	ENTREVISTA	
HERMAN DALY & BENJAMIN KUNKEL	Ecologías de escala	88
	ARTÍCULO	
EMILIE BICKERTON	Un nuevo <i>proletkino</i>	115
	CRÍTICA	
GEOFFREY INGHAM	Finanzas y poder	137
ALICE BAMFORD	El grabador de Bachelard	153
PETER MORGAN	Los mundos y las letras	163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

SUSAN WATKINS

¿QUÉ FEMINISMOS?

DE TODOS LOS movimientos de oposición que desde 2008 han salido a la palestra, situándose en el centro del debate público, quizá el más sorprendente sea el renacimiento de un feminismo militante, aunque nunca se hubiera difuminado por completo; el empoderamiento de las mujeres viene siendo desde hace mucho tiempo un mantra del *establishment* global. Sin embargo, los indicios de que algo nuevo estaba bullendo se habían multiplicado en las protestas estudiantiles de Estados Unidos y el Reino Unido en 2010 y en las acampadas de 2011 del movimiento de los indignados en la Puerta del Sol y de Occupy Wall Street en Zuccotti Park. En India, las asambleas masivas registradas en 2012 para condenar la violación en grupo de Jyoti Pandey y los *flash-mobs* feministas han puesto un dique a las operaciones de control moral de los fundamentalistas *hindutva*. En 2014 las protestas contra las agresiones sexuales en los campus estadounidenses colmaron de modo incesante los medios de comunicación neoyorquinos; en Brasil, treinta mil mujeres negras tomaron la capital en 2015 para manifestarse contra la violencia sexual y el racismo, pidiendo la destitución del corrupto presidente de la Cámara de Diputados, Eduardo Cunha; en agosto de ese mismo año, la quinta Marcha das Margaridas reunió a más de cincuenta mil mujeres del campo en Brasilia. En Argentina, las activistas feministas contra la violencia doméstica estuvieron a la vanguardia de las protestas contra la terapia de choque de Macri. En China, la detención en 2015 de cinco jóvenes —miembros de Activismo Feminista Joven, una coalición *on line* que viene jugando al gato y el ratón con las autoridades— cuando se disponían a cubrir de pegatinas

contra la violencia sexual el transporte público de Beijing, tuvo como respuesta más de dos millones de peticiones firmadas en la red, pidiendo su inmediata puesta en libertad.

En enero de 2017 un «feminismo del 99 por 100» reunió en diversas ciudades estadounidenses a cientos de miles de mujeres contra el gobierno recién estrenado de Trump. En Polonia, las protestas masivas de las mujeres obligaron al gobierno de Ley y Justicia a renunciar a endurecer la ya restrictiva ley del aborto. En Italia, España y Portugal, se produjeron grandes marchas contra la violencia doméstica y la precariedad económica. El 8 de marzo de 2017 todos esos movimientos confluyeron para volver a poner el Día Internacional de la Mujer en el calendario radical, con manifestaciones y huelgas en tres continentes. La aparición de #MeToo en octubre de 2017 y las convulsiones que le han seguido son solo los últimos de toda una serie de acontecimientos masivos acaecidos en el mundo entero.

Aun así, cualquier intento de renovar la estrategia feminista afronta hoy una serie de dilemas. En primer lugar, carecemos de evaluaciones convincentes de los progresos realizados. ¿Qué resultado han tenido los viejos feminismos y hasta qué punto han sido adecuados para satisfacer las necesidades de las mujeres? ¿En qué medida y a través de qué procesos, exactamente, han mejorado las condiciones? ¿Qué cambios se han producido, globalmente, en las relaciones de género, y dónde se sitúan estos ahora? Hasta mediados del siglo XX, el modelo occidental, hegemónico aunque no universal, implicaba el dominio de los hombres en la esfera pública –gobiernos, ejércitos, parlamentos, poder judicial, instituciones de enseñanza, prensa– y, a cambio de los desaires y zarandeos de la sociedad industrial capitalista de masas, les ofrecía el feudo privado de la esfera doméstica en la que podían prevalecer sobre la esposa, que daba a luz y criaba a sus hijos y le servía en la mesa y en la cama. Esta situación estaba matizada internacionalmente por una amplia gama de estructuras familiares y formas de producción geoculturales, y coexistía con moralidades más amplias y aparentemente universales de placer y depredación, desdibujando las categorías de chicas buenas y chicas malas con las desigualdades de clase, raza y casta¹.

¹ Göran Therborn ha presentado el indispensable análisis global de las cambiantes relaciones de género dentro de estructuras familiares geoculturalmente diferenciadas en *Between Sex and Power: Family in the World, 1900-2000*, Londres, 2004.

Una enorme cantidad de datos muestra ahora que desde la década de 1970 cientos de millones de mujeres se han incorporado a la fuerza de trabajo asalariada global. En la educación superior, las chicas superan numéricamente a los chicos en más de setenta países. En términos de salud reproductiva, la fertilidad promedio ha disminuido de cinco partos a dos. En el frente doméstico, los hombres afirman que realizan más tareas domésticas que sus padres, y las mujeres menos que sus madres. En cuanto a las actitudes, las encuestas muestran una mayoría a favor de la igualdad de género en todos los continentes, con un apoyo casi universal en muchos países. En el escenario político mundial ha aparecido una nueva generación de mujeres encabezando gobiernos en Europa, Asia, África y América Latina; si hubiera prestado más atención a los votantes duramente golpeados por la crisis del *rustbelt* en 2016, seguramente Hillary Clinton habría llegado a la Casa Blanca. De acuerdo con estos datos, la respuesta de la corriente feminista dominante a la cuestión de la estrategia ha sido durante mucho tiempo: «más de lo mismo». Las mujeres han logrado avances significativos en el trabajo y la educación, pero la violencia sexual sigue siendo un problema importante y, en la jerga superficial del feminismo oficial, «los desafíos siguen ahí». Ergo, el mismo programa que ya ha dado tan buenos resultados debería mantenerse con renovado vigor y sostén financiero.

Sin embargo –y ésta es la segunda parte del rompecabezas–, los avances en la igualdad de género han ido de la mano con el aumento de la *desigualdad* socioeconómica en la mayor parte del planeta. La nivelación de las regiones del mundo gracias a la acumulación acelerada en China y el este de Asia ha tenido como contrapartida la creciente disparidad entre las clases, que el avance de las mujeres profesionales ha contribuido a acentuar creando un reducido estrato de hogares ricos que cuentan con una doble fuente de ingresos. Desde 2008 se ha intensificado el debate sobre esas pautas, cuestionando la colusión de la corriente feminista dominante con el orden neoliberal². En relación con esto –y éste es el tercer problema–, los datos globales tratan las categorías generales de trabajo, reproducción, cultura y política como inmutables, midiendo únicamente el avance femenino dentro de ellas. En realidad, cada una de

² Entre las principales contribuciones al estudio del problema cabe mencionar Hester Eisenstein, *Feminism Seduced* (2009), que exploró la apropiación de ideas feministas para justificar la explotación del trabajo femenino barato en la cadena de oferta global, y Nancy Fraser, «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia», *NLR* 56, mayo-junio de 2009, pp. 87-104, que examinaba la resignificación de temas liberacionistas en la era de la globalización.

esas esferas ha experimentado cambios profundos que a su vez tienen causas profundamente relacionadas con el género y que se relacionan entre sí de manera contradictoria. En el ámbito de la producción, las fábricas «masculinas» del *rustbelt* se han visto automatizadas o degradadas así como externalizadas, feminizándose en las Zonas Económicas Especiales del *sunbelt*. En el creciente sector de los servicios, las presiones económicas intensificadas refuerzan las ventajas competitivas de la ultrafemenidad y de la experiencia tradicional de las mujeres en el ámbito doméstico. Las masculinidades hegemónicas se han vuelto, por un lado, más cerebrales y sensibles; por otro –en las finanzas globales, los mundos virtuales, las zonas gangsterizadas de la economía informal–, más arrogantes que nunca³. El ámbito de la reproducción ha sufrido una transición espectacular por mor de la reducción de la tasa de natalidad, basada en una separación histórica entre el sexo y la procreación y la extensión, igualmente sin precedentes, de la educación femenina masiva. La cultura se ha visto transformada por un medio de comunicación basado en un juego «caliente o no» [«te pone o no»] de la Ivy League, las ocho grandes universidades privadas del nordeste de Estados Unidos; y las representaciones del sexo por la ubicuidad del porno en línea, que parpadea en tu ordenador junto a anuncios de productos de consumo y mensajes de amigos. En Occidente, el enorme peso ideológico de la familia heteronormativa ha conseguido producir la pareja homosexual «normal», mientras que los medios universitarios y bohemios han nutrido espacios e identidades posgénero. La política, el ámbito del poder, se ha abierto –incorporación de mujeres y minorías; democratización de la tercera ola– y se ha homogeneizado simultáneamente en torno a un único programa, reproduciendo la pauta de la paridad dentro de la desigualdad. Estas transformaciones están interrelacionadas: las presiones económicas empeoran las relaciones de género y sexuales, mientras que la cultura y la política proponen formas contradictorias de compensación. En estas condiciones, «más de lo mismo» no es suficiente.

³ Aunque las discusiones actuales han enfatizado las formas patológicas de hipermasculinidad, los trabajos más interesantes se han realizado seguramente sobre los tipos sensibles-cerebrales. Véase, por ejemplo, la discusión de Kam Louie sobre las cambiantes relaciones entre el ideal masculino chino del caballero erudito, *wen*, con su tranquilo buen gusto y autocontrol, y el del héroe marcial, *wu*, en *Theorizing Chinese Masculinity* (2002) y *Chinese Masculinities in a Globalizing World* (2015). En el primero, Louie comparaba las concepciones *wen-wu* con los énfasis griegos y romanos en el cuerpo y la mente, sugiriendo que la cultura judía, al igual que la tradición china anterior, ponía un mayor acento en lo cerebral: p. 4. El trabajo pionero en el campo de las masculinidades hegemónicas fue el de la socióloga australiana R. W. Connell.

Los interrogantes sobre la estrategia feminista se han agudizado con los debates en torno a #MeToo. A continuación describiré las condiciones favorables en las que el cliché de Hollywood del productor libidinoso en un albornoz más bien suelto, familiar desde los días de Scott Fitzgerald cuando menos, podían desencadenar un fenómeno político de tanto alcance. En términos estratégicos más amplios, #MeToo plantea la pregunta de cómo debemos entender comparativa e históricamente el momento presente. Lin Farley, pionera de la investigación feminista sobre el acoso sexual en Estados Unidos –el término fue supuestamente acuñado, en analogía con el acoso racial, por el grupo de mujeres que ella misma convocó en Cornell en 1974 para discutir las experiencias vividas en el lugar de trabajo–, proporcionó un análisis convincente de los puntos de vista de los hombres y la experiencia de las mujeres, que discernía dos funciones clave. En los «empleos femeninos» tradicionales –camarera, mecanógrafa, dependienta de comercio–, el acoso sexual por parte de los superiores masculinos servía para mantener a raya a las mujeres. En sectores menos tradicionales –Farley habló con mujeres policías, gerentes mayoristas y dibujantes técnicos–, las novatadas sexuales y el acoso servían para mantenerlas fuera⁴. Pero, ¿sigue siendo cierto ese análisis, llevado a cabo entre los varones estadounidenses nacidos en las décadas de 1930 o 1940, para los que nacieron medio siglo después, cuando las mujeres ocupan el 50 por 100 de la mayoría de las profesiones y su presencia es general en la gestión del sector privado? ¿Ha cambiado el equilibrio entre «a raya» y «fuera»? ¿Ha habido tanta regresión como avance? ¿Sigue siendo funcional el acoso como una forma de disciplina de género en el lugar de trabajo, o es residual? ¿Han sufrido algún cambio sus patrones raciales?

Estas preguntas son vitales, no solo para el análisis, sino también para la estrategia futura. ¿Con qué eficacia se puede combatir el acoso sexual si no se abordan las inseguridades que se entrecruzan en él? En los estudios sobre las mujeres que trabajan en Estados Unidos en el sector de comida rápida, por ejemplo, un tercio de las afroamericanas y latinas informaron que algún acosador había perturbado su trabajo, frente a

⁴ Lin Farley, *Sexual Shakedown: The Sexual Harassment of Women in the Working World*, Nueva York, 1978, pp. xi-xii, 52-53. El proyecto de investigación de Farley sobre el acoso sexual en el lugar de trabajo contó con el apoyo de la National Organization for Women (NOW), la New York City Human Rights Commission y *The New York Times*, donde el artículo de Enid Nemy, «Speak-Out against Sexual Harassment», en relación con el grupo de Cornell, dio lugar a una enorme cantidad de respuestas y comentarios, p. xii.

una cuarta parte de las mujeres blancas. Las mujeres de color eran significativamente más propensas a sufrir un castigo como represalia si trataban de denunciar el acoso, pero era mucho más alta la proporción de trabajadoras latinas que de negras que aseguraban haber tenido que aguantarlo en silencio para no perder su empleo⁵. El silencio se imponía no solo por la dominación masculina, sino por el estado de ansiedad institucionalizado que reina entre las inmigrantes indocumentadas, donde las presiones económicas y un estatus civil inseguro se combinan con la opresión de género para debilitar los derechos a la integridad corporal e intensificar, al mismo tiempo, los temores cotidianos. Una perspectiva comparativa también ayuda a contrastar las estrategias feministas en un marco internacional. Mientras que en Estados Unidos las preocupaciones más notorias se refieren al acoso en el trabajo y en la enseñanza, los nuevos movimientos en América Latina se centran en la violencia doméstica, mientras en el sur de Europa lo hacen en la precariedad económica, sexual y migratoria.

¿Qué aspectos de los viejos feminismos deberían cuestionarse y por qué razones? ¿En qué medida reproducen o rompen con ellos los nuevos feminismos? El presente texto es un intento de definir los paradigmas que han gobernado la práctica hasta ahora y de considerar su adecuación a las condiciones de mediados del siglo XXI. La perspectiva es internacional; sería pura obcecación basar la investigación en la experiencia de un solo país sin preguntarse cómo se relaciona con la evolución experimentada en otros lugares. ¿Cómo abordar, analíticamente, las innumerables variedades de feminismo que existen en el mundo actual? En general, caben pocas dudas de que la variedad hegemónica –la política feminista con el programa más influyente, la infraestructura más profesional y los mayores recursos a su disposición– sigue siendo el conjunto de prácticas, campañas, formulación de objetivos políticos e investigación que suele denominarse «feminismo global». A escala internacional, desempeña un papel principal en el establecimiento de referencias y la canalización del flujo de fondos de los donantes empresariales y los ministerios de ayuda exterior a los proyectos de las mujeres en todo el mundo. Ha establecido un programa sofisticado, la Plataforma de Acción de Pekín de 1995, y ha articulado un conjunto de mecanismos para seguir su avance. Ninguna evaluación de la estrategia feminista contemporánea puede ignorar este estrato. Si de hecho es hegemónico,

⁵ Hart Research, «Key Findings from a Survey of Women Fast-Food Workers», 5 de octubre de 2016.

entonces todos los demás feminismos se definirán en parte por su relación con él. Al mismo tiempo, el feminismo global floreció bajo la égida del poder estadounidense y su práctica ha estado profundamente condicionada por las pautas y experiencias estadounidenses; entender unas y otras supone captar su relación mutua. Con ese fin, tiene sentido considerar primero el carácter del feminismo dominante en Estados Unidos, la lógica estratégica de su programa y su relación con las instituciones del poder estadounidense.

I. TRES PERSPECTIVAS

Al igual que todas las oleadas feministas anteriores —en las décadas de 1790, 1840, 1860 y 1900—, el movimiento feminista de finales de la década de 1960 y de la de 1970 surgió en un contexto más amplio de luchas que le infundieron su lenguaje y le ayudaron a moldear sus horizontes. En cada una de estas coyunturas, las crecientes tensiones dentro del régimen de reproducción imperante, con su división específica del trabajo, sus roles de género y sus normas de conducta, se solapaban con la intensificación de las contradicciones en el correspondientes régimen de acumulación. En la década de 1960, la expansión de posguerra en los países capitalistas avanzados estaba llegando a sus límites en el mismo momento en que en el Sur, desde América Latina hasta Indochina, resplandecía una breve pero estimulante insurgencia de la izquierda internacional, una «revolución en la revolución», que abrió grietas en el propio bloque comunista y se vio acompañada por un movimiento masivo por los derechos civiles en Estados Unidos. La rebelión de las mujeres jóvenes contra los roles asignados por el orden patriarcal de la Guerra Fría se vio influida por ese contexto insurreccional: el acceso a la educación universitaria no hizo más que aumentar el contraste entre su futuro y el de sus hermanos, mientras las nuevas formas de anticoncepción abrían el camino a la experimentación sexual liberada del miedo al embarazo y la expansión de la fuerza de trabajo ofrecía la posibilidad de cierta autonomía financiera y social, esto es, de escapar de la dependencia material de un hombre.

De ahí el explosivo radicalismo de los inicios de la liberación de la mujer, cuando estaban en el aire el final de la familia nuclear y la transformación revolucionaria de la crianza de los niños y la sexualidad. La gama del desarrollo humano ofrecía una gran abundancia de alternativas sistémicas; aunque las antropólogas feministas estuvieran equivocadas sobre los

detalles del colectivismo democrático en las grandes moradas iroquesas segregadas por sexos, o sobre el grado de liberación sexual disfrutado por los isleños de Trobriand, tenían razón al proclamarlas como evidencias de que las relaciones reproductivas podían estructurarse siguiendo líneas radicalmente diferentes: sociales, flexibles e igualitarias y no sometidas a la división del trabajo por géneros, privatizada y radicalmente asimétrica, que constituía la norma de la familia nuclear capitalista moderna. «Ante nosotras tenemos la necesidad y la tarea de una revolución social profunda», escribían las editoras de *No More Fun and Games*, una de las primeras revistas liberacionistas⁶. Para el Combahee River Collective, «la liberación de todos los pueblos oprimidos exige la destrucción de los sistemas político-económicos del capitalismo y el imperialismo, así como del patriarcado», a lo que añadían que «una revolución socialista que no sea también una revolución feminista y antirracista» no sería garantía de liberación. Las feministas radicales y socialistas en Estados Unidos pretendían la demolición de las estructuras existentes. «Todas las instituciones masculino-femeninas provienen del sistema de roles masculino-femenino y todas son opresivas»; «el matrimonio y la familia deben ser eliminados», declaraban las autoras de un manifiesto⁷. El ensayo «Sexual Politics» de Kate Millett, publicado en *Notes from the Second Year* reclamaba el fin de «la familia propietaria patriarcal»; «Love», de Shulamith Firestone, proponía «la destrucción de las instituciones que han creado el problema» y «la reconstrucción revolucionaria de la sociedad de un modo que permita que el amor funcione naturalmente (con alegría) como un intercambio de riquezas emocionales entre iguales». El Manifiesto de las Redstockings anunciaba: «Definimos nuestro mejor interés como el de la mujer más pobre y explotada más brutalmente». Para una anarco-feminista, «el feminismo no significa el poder empresarial femenino o una mujer presidenta; significa *ausencia* de poder empresarial y de presidentes»⁸.

Pero en Estados Unidos, al menos, ésa fue solo una de las tres corrientes de pensamiento sobre el estatus de la mujer y la crisis del orden de posguerra. Antes del movimiento por la liberación de las mujeres, la

⁶ Editorial, «What Do You Women Want?», en *No More Fun and Games: A Journal of Female Liberation*, núm. 2, Boston, febrero de 1969.

⁷ Barbara Smith, Beverly Smith y Demita Frazier, «The Combahee River Collective Statement», abril de 1977; «The Feminists: A Political Organization to Annihilate Sex Roles», en *Women's Liberation: Notes from the Second Year: Major Writings of the Radical Feminists*, Nueva York, 1970, p. 117.

⁸ Kate Millett, «Sexual Politics» y Shulamith Firestone, «Love», *ibid.*, pp. 112, 27, 113; Peggy Kornegger, «Anarchism: the Feminist Connection», *Second Wave*, primavera de 1975.

perspectiva más influyente era el modelo de lucha contra la discriminación y por la igualdad de oportunidades, centrado en el trabajo y la educación. Esa línea, impulsada por una generación anterior de funcionarias del Departamento del Trabajo, activistas por los derechos de las mujeres y sindicalistas a tiempo completo, fue recogida por los gobiernos de Kennedy y Johnson con la esperanza de llevar a más mujeres —«el gran recurso todavía poco aprovechado», según Lyndon B. Johnson—, a un mercado laboral que ya mostraba escasez de mano de obra disponible. Inicialmente, aquellas activistas se concentraron en la igualdad salarial; pero una vez que se aprobó la *Civil Rights Act* de 1964, cuyo Título VII prohibía la discriminación en el trabajo por motivos de sexo y raza y creaba la Equal Employment Opportunity Commission, [Comisión de Igualdad de Oportunidades en el Empleo-EEOC] para tratar esos asuntos, ese marco se convirtió en el foco principal de su atención⁹.

Mientras que las liberacionistas insistían en el desmantelamiento de las estructuras existentes, el planteamiento antidiscriminatorio trataba de inducir a las mujeres a cambiarlas desde dentro mediante una estrategia legalista, que concedía a los tribunales la autoridad sobre las relaciones de género. Cualquier persona que sufriera discriminación en el trabajo podría presentar una denuncia ante la EEOC regional, que investigaría la queja y, en caso de acreditarla, intentaría llegar a un acuerdo con el empleador o si éste no se avenía al acuerdo, presentaría una demanda civil contra la empresa, cuyo último árbitro sería el Tribunal Supremo. La National Organization for Women (NOW), fundada en 1966 por Betty Friedan y otras mujeres para estimular la EEOC, personificó esta meta integracionista: «Hacer que las mujeres participen plenamente en el perfeccionamiento de la sociedad estadounidense»¹⁰. Cuando Nixon

⁹ El «sexo» solo se agregó al proyecto de ley que proscibía la discriminación por motivos de «raza, color, credo o país de origen» en una intervención obstruccionista de última hora en la Cámara de Representantes, pero el planteamiento de la igualdad de oportunidades disfrutaba de un apoyo tan amplio en la sociedad estadounidense que inevitablemente se habría extendido a las mujeres en algún momento de la década de 1960.

¹⁰ National Organization for Women, «Statement of Purpose», 29 de octubre de 1966. Algunas de las implicadas habían participado activamente en las organizaciones feministas del Frente Popular de la década de 1940 antes del macartismo, incluido el Congress of American Women, que contaba con 250.000 miembros, la rama estadounidense de la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM) impulsada por la Unión Soviética; la propia Friedan había trabajado en el periódico *UE News* de United Electrical Workers. Véase Daniel Horowitz, *Betty Friedan and the Making of The Feminine Mystique: The American Left, the Cold War and Modern Feminism*, Amherst (MA), 1998, pp. 126-127, 250-251; para las semejanzas (por decirlo suavemente) entre pasajes de *Feminine Mystique* de Friedan y textos

complementó la maquinaria contra la discriminación con medidas de discriminación positiva a principios de la década de 1970 y extendió el sistema a la enseñanza a tenor del Título IX y la Oficina de Derechos Civiles del Departamento de Educación, NOW y sus organizaciones hermanas se ratificaron en su opción reformista.

La tercera perspectiva estratégica sobre el estatus de las mujeres fue formulada por los pensadores neoliberales agrupados en torno a Milton Friedman en la Universidad de Chicago. Aunque algunos miembros de la Sociedad Mont Pèlerin tenían puntos de vista profundamente reaccionarios sobre cuestiones sociales, la rama estadounidense estaba ansiosa por posicionarse del lado del progreso contra los «obstáculos obsoletos»: los sindicatos y la burocracia, por supuesto, pero también la intolerancia y los prejuicios racistas, sexistas u homófobos, en beneficio del buen funcionamiento del mercado libre. En *The Economics of Discrimination*, el discípulo más aventajado de Friedman, Gary Becker, demostró, mediante un cúmulo de ecuaciones de utilidad marginal, que la discriminación era económicamente dañina para quienes la perpetraban, y no solo para sus víctimas; un mercado no discriminatorio siempre sería más eficiente. Aunque el sector social que tenía en mente era el de los afroamericanos, Becker argumentó que sus argumentos eran igualmente aplicables a la discriminación sexual: el empleo de mujeres era económicamente beneficioso¹¹.

Con gran coherencia, los economistas de Chicago y la dirección de NOW convergían en dos cuestiones clave: el trabajo y la familia. Para los neoliberales, como explicaba Friedman, la familia era «la unidad social básica» –de hecho, un baluarte contra el socialismo– y el cuidado de los niños debía seguir siendo responsabilidad de los padres¹². Para Becker, la familia nuclear era el lugar óptimo, no solo para la producción y el sustento diario de los niños, sino para una variedad de «mercancías» –salud, felicidad, estima, seguridad, disfrute sexual–, que «se producen y consumían de manera más eficiente dentro de los hogares»¹³.

anteriores de colegas feministas como Betty Millard y Elizabeth Hawes, véanse las pp. 127-131, así como Kate Weigand, *Red Feminism: American Communism and the Making of Women's Liberation*, Baltimore (MD), 2001, pp. 67-96.

¹¹ Gary Becker, *The Economics of Discrimination* [1957], Chicago, 1971, pp. 19, 153; basado en la tesis doctoral de Becker, supervisada por Milton Friedman y Harold Lewis.

¹² Véase Milton Friedman, «The Role of Government in Education», en Robert Solo (ed.), *Economics and the Public Interest*, Rutgers (NJ), 1955; y «Day Care: The Problem», *National Review*, 8 de julio de 1988.

¹³ Gary Becker, *A Treatise on the Family* [1981], Cambridge (MA), 1991, ed. ampliada, p. 61. Los miembros de la familia podrían maximizar la producción mediante la división

La afirmación fundacional de NOW confiaba cautelosamente en que las mujeres pudieran combinar el matrimonio y la maternidad con una carrera profesional, ayudadas por la asistencia en el cuidado infantil. Las mujeres liberacionistas, por el contrario, aspiraban a una ruptura radical con el hogar de la familia nuclear y su reinculturación generacional de las normas de género, para reemplazarlo por dispositivos comunales experimentales y una asistencia social de alta calidad. Se basaban en los experimentos colectivistas de revoluciones anteriores: las cocinas de barrio creadas por las mujeres parisinas en 1848, los diseños constructivistas rusos para la vivienda social flexible, el cuidado infantil comunal, la pedagogía radical, etcétera; en resumen, las relaciones no posesivas imaginadas por Aleksandra Kollontai y Simone de Beauvoir.

En cuanto al empleo, tanto NOW como los neoliberales favorecían el enfoque legalista y antidiscriminatorio. Las liberacionistas no desdeñaban las mejoras incrementales: «Es inhumano y cruel condenar como “reformista” cualquier cosa que alivie el sufrimiento», declaraban las editoras de *No More Fun and Games*. Pero esperaban que pudieran ser medios para fines transformadores¹⁴. Para ellas, la razón por la que las mujeres buscaban empleo fuera de casa no era sólo ganar cierta autonomía individual –para escapar de la monotonía aislada de las tareas domésticas, agravada por la dependencia económica de un compañero sexual–, sino proporcionar una base más sólida la organización colectiva. Para las feministas centradas en la igualdad de oportunidades, la participación en la fuerza de trabajo asalariada era un objetivo en sí mismo, especialmente cuando se llegaba a los peldaños más altos en la escala del empleo. Para los neoliberales, la razón fundamental era la maximización de la utilidad. A diferencia de las feministas de la igualdad de oportunidades, se oponían a la legislación en favor de la igualdad salarial, con el argumento de que negaba a las mujeres la libertad de competir por un empleo con menor salario, lo que impondría un coste a los patronos que aún preferían contratar a hombres; por el contrario, las empresas no discriminadoras disfrutarían de los beneficios de una mano de obra más barata.

del trabajo, especializando cada uno de ellos su inversión de capital humano en actividades orientadas al mercado u orientadas al hogar. Dada la discriminación masculina, los salarios más bajos y su papel biológico como madres, las mujeres habían disfrutado históricamente de una ventaja relativa en la productividad del hogar, aunque eso podría cambiar con menores tasas de fecundidad y una inversión creciente en capital humano femenino orientado al mercado. Aunque la división del trabajo seguiría siendo racional, no tendría que estar necesariamente vinculada al género, pp. 78-79.

¹⁴ Editorial, «What Do You Women Want?», *No More Fun and Games: A Journal of Female Liberation*, cit., p. 5.

Esas convergencias se harían más notables a medida que descendía la marea revolucionaria de finales de la década de 1960, cuando las autoridades federales y las fundaciones filantrópicas apoyaron el sistema antidiscriminatorio y el feminismo estadounidense comenzó su larga marcha a través de las instituciones. Sobre la cuestión del cuidado de los niños, NOW pasó entonces a apoyar los modelos de desgravaciones fiscales y cupones que eran simplemente una variante de las propuestas de Friedman que daban a los padres la «libertad» de comprar su propio paquete de cuidado de niños al tiempo que, como dijo Nixon, ayudaban a «cimentar la familia en su posición adecuada como piedra angular de nuestra civilización»¹⁵. A medida que la economía estadounidense se iba transformando bajo Carter, Reagan, Bush y Clinton –austeridad monetarista, desgaste de los sindicatos, agenda pro accionistas, subcontratación o deslocalización de los procesos de producción, desregulación financiera, deuda de alto riesgo– la respuesta de la corriente predominante de las feministas fue simplemente exigir una mayor participación en los beneficios: más mujeres entre los puestos directivos de las 500 compañías de Forbes, no desincentivar la reubicación, etcétera.

En cuanto a la cuestión de la acción afirmativa, los neoliberales más *purs et durs* de Chicago se apartaron de las feministas antidiscriminatorias al rechazar las regulaciones gubernamentales que en su opinión sólo podían producir resultados distorsionados. Pero lo que podría llamarse el neoliberalismo realmente existente –la práctica de las empresas comprometidas con los deseos de los accionistas– llegó a percibir ventajas en la promoción activa de las mujeres y las minorías. Para los departamentos de recursos humanos y relaciones públicas, los objetivos y cronogramas de discriminación positiva aportaban un brillo progresista a la imagen de la empresa sin coste adicional; los informes de autoevaluación requeridos por la EEOC eran un baluarte contra los litigios. Las empresas y las instituciones comenzaron a adoptar objetivos de discriminación positiva de forma voluntaria y Reagan no hizo nada en su contra. Con la globalización, la «diversidad» se convirtió en un activo capitalista. Las consultoras de gestión como McKinsey enarbolaron ese mismo estandarte, interrogando a los directivos en cuanto a su disposición para poner a mujeres al frente y repetir el eslogan neoliberal: «No es bueno únicamente para la igualdad de género, es una economía inteligente».

¹⁵ Richard Nixon, «Veto of the Economic Opportunity Amendments of 1971», sitio web American Presidency Project; M. Friedman, «The Role of Government in Education», cit.

2. ORÍGENES DEL MODELO ANTIDISCRIMINATORIO

Lo más llamativo del marco antidiscriminatorio como estrategia feminista era que su punto de partida no tenía en cuenta las necesidades de las mujeres¹⁶. El modelo se diseñó originalmente como un proyecto de ingeniería social para neutralizar la creciente revuelta de los afroamericanos contra su posición subordinada dentro de una configuración de clase-raza que era única en el Nuevo Mundo, por no hablar de otros lugares¹⁷. Una investigación académica muy rica y detallada, principalmente a cargo de historiadoras negras, ha contribuido en gran medida a dismantelar la «narrativa maestra» del movimiento por los derechos civiles, canonizada «en excursiones culturales, museos, rituales públicos y libros de texto» como piedra angular de la autoimagen nacional estadounidense¹⁸. En esta visión expurgada, el racismo aparecía como un problema residual del Sur, que las imparciales autoridades federales y

¹⁶ Las mujeres negras lucharon larga y duramente por la desegregación –así como por la vivienda, la sanidad, la justicia, el trabajo, las escuelas– y se beneficiaron de la abolición del régimen de Jim Crow [conjunto de procesos sociales y normativas jurídicas discriminatorias]. Pero tal como se expone más adelante, la normativa antidiscriminatoria no las reconocía como tales, exigiéndoles ser «mujeres» o «negras», pero no ambas cosas a la vez, para los propósitos del tribunal.

¹⁷ Las plantaciones esclavistas europeas, situadas a miles de kilómetros del país de origen, quedaban fuera del orden social metropolitano. En el Caribe, los negros constituían una proporción lo suficientemente grande de la población como para luchar por su propio gobierno soberano. Tal vez el equivalente en el Nuevo Mundo más cercano a Estados Unidos, como antigua sociedad de plantaciones de esclavos, era Brasil. Pero allí, muy lejos de la ideología WASP endurecida de la supremacía blanca estadounidense, la propia clase terrateniente era el producto de siglos de mestizaje. A diferencia del despiadado dinamismo del capitalismo industrial estadounidense, presidía una economía agraria estancada, donde la manumisión y el paso a una pobreza semilibre era relativamente común, especialmente para las mujeres y los niños mulatos; de modo que, veinte años antes de la abolición formal de la esclavitud, casi la mitad de la población brasileña consistía en negros y mulatos libres, algunos de los cuales poseían a su vez esclavos. La opresión racial posterior a la abolición se caracterizó por la informalidad, la correlación no legislada de la tez más clara o más oscura con el estatus socioeconómico, en contraste con las rígidas proscripciones legales y las demarcaciones espaciales del régimen de Jim Crow. En Estados Unidos, los afroamericanos, que representan entre el 12 y el 15 por 100 de la población, no eran suficientes para imponer concesiones sin ayuda de aliados, mientras que el arma de su trabajo se veía embotada por una corriente permanente de inmigrantes procedentes del Viejo Mundo. Por otra parte, los afroamericanos estadounidenses eran demasiado numerosos y, después de la ideologización del color de la piel y las brutalidades de la esclavitud, demasiado distintos culturalmente como para ser tan fácilmente asimilables como sucedía con la gran mayoría de los recién llegados de Europa.

¹⁸ Jacquelyn Dowd Hall, «The Long Civil Rights Movement and the Political Uses of the Past», *Journal of American History*, marzo de 2005, pp. 1233.

los pacientes abogados de la National Association for the Advancement of Colored People [NAACP] se esforzaban por corregir; los sabios fallos del Tribunal Supremo se convertían en otros tantos hitos en el camino por el que el movimiento no violento liderado por las iglesias avanzaba hacia la materialización plena de las *Civil Rights Act* de 1964-1965. Esa narrativa no solo excluía las demandas redistributivas del movimiento por los derechos civiles (empleos, vivienda), los guetos del norte, las densas redes locales para la autodefensa negra sureña y tradiciones políticas más radicales (la solidaridad con el Tercer Mundo, la autodeterminación, la reforma agraria)¹⁹, sino que también borraba los objetivos estratégicos de los gobiernos federales y el contexto internacional en el que operaban.

A partir de la década de 1940, las autoridades federales manejaron la cuestión de los derechos civiles con un ojo puesto en la posición de Estados Unidos como líder del mundo libre, y el otro en la necesidad de votos blancos y sureños. El precursor y prototipo de la EEOC de la *Civil Rights Act* fue el Fair Employment Practices Committee [Comité de Prácticas Justas de Empleo], creado por un decreto presidencial de Frank D. Roosevelt en 1941 y activo durante la guerra, cuando el país se preparaba para la contienda contra Japón, que organizó una Marcha Afroamericana de diez mil personas sobre Washington exigiendo la desegregación en las fuerzas armadas y empleos para los negros en las florecientes industrias de defensa²⁰ (la propaganda militar japonesa dio mucha importancia a su política panasiática de levantamientos contra el dominio colonial blanco). Durante la Guerra Fría, el Departamento de Estado asumió el liderazgo en la presión por la reforma de los derechos civiles. Los funcionarios se quejaban de que las imágenes de linchamientos y otras atrocidades del régimen de Jim Crow, titulares de primera plana en la prensa de Moscú y anticolonialista eran «un regalo para el comunismo mundial». El veredicto del proceso *Brown v. Board of Education*, que declaraba inconstitucional la segregación racial en las escuelas públicas, fue aclamado por el Comité Nacional Republicano como una faceta del «ataque frontal de Eisenhower contra el comunismo global»: «La igualdad entre los seres humanos [en Estados Unidos] es un arma de la libertad: ayuda a garantizar la causa del mundo libre». A principios de la década de 1960, Kennedy pasó a apoyar

¹⁹ Charles Payne, *I've Got the Light of Freedom: The Organizing Tradition and the Mississippi Freedom Struggle*, Trenton (NJ), 2007, p. xiii.

²⁰ Aun aceptando la inoperante investigación *post factum* del Comité sobre las Prácticas Racistas de Contratación en Boeing, Standard Steel, etcétera., Roosevelt defendió tenazmente la segregación en el ejército estadounidense.

la desegregación cuando las imágenes de televisión de policías blancos armados con mangueras contra los escolares negros pulcramente vestidos en Mississippi y Alabama se distribuyeron por todo el mundo, justo cuando la Casa Blanca intensificaba la intervención militar en Vietnam. En el Departamento de Justicia, su hermano Robert resumió la decisión: «Llevemos esto a los tribunales y saquémoslo de la calle»²¹.

Al cabo de un par de años la maquinaria antidiscriminatoria creada por la *Civil Rights Act* de 1964 parecía haber fracasado sin remedio cuando en los guetos del norte –Harlem, Watts, Newark, Detroit– estallaron varias revueltas. La igualdad formal y la prohibición legal de la segregación, a pesar de su avance histórico, dejaba prácticamente intactas las barreras de clase, pobreza, desempleo, deterioro de escuelas y viviendas, etcétera, agravadas por el racismo sistémico y el acoso policial. Los departamentos de bomberos formados exclusivamente por blancos permanecían inactivos mientras los guetos ardían. Las imágenes transmitidas por televisión de los tanques y helicópteros de combate enviados para someter Detroit evocaban a un Vietnam en llamas en el corazón de Estados Unidos. Philip Randolph y Martin Luther King Jr. pidieron un Presupuesto para la Libertad de un millardo de dólares, que pretendía ser una especie de Plan Marshall nacional para los guetos. En 1967 el propio King se pronunció finalmente en contra de la Guerra en Vietnam. Los líderes del Black Power fueron más allá, haciendo causa común con los combatientes anti-imperialistas del mundo entero. Como respuesta, Hanoi saludó la lucha de los afroamericanos como la apertura de «un segundo frente»²².

La espada de doble filo de Nixon

En 1970, mientras intensificaba la guerra en Indochina, Nixon lanzó un ambicioso proyecto de ingeniería social que tenía como objetivo resolver de una vez y para siempre la «cuestión negra» en Estados Unidos. Era una estrategia de doble filo, que pretendía complementar la integración con la coerción. Apuntaba a una expansión sustancial de la clase profesional afroamericana, reduciendo el desempleo y fomentando lo que Nixon llamaba el «capitalismo negro», con la consiguiente represión del resto. El proyecto integracionista incluía un importante programa de discriminación

²¹ Mary Dudziak, *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy*, Princeton (NJ), 2000, 2011, 2ª ed., pp. 3-4, 29, 109, 178-179. Dudziak ha investigado a fondo en los archivos diplomáticos para ofrecer el informe indispensable sobre el contexto internacional de la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos.

²² *Ibid.*, p. 243.

positiva, que establecía proporciones mínimas en la contratación de minorías como condición para recibir fondos federales. Debía funcionar a través del Departamento de Trabajo, basándose en la maquinaria antidiscriminatoria existente de la EEOC²³. Aunque los funcionarios federales tenían sobre todo en mente la discriminación positiva de los varones afroamericanos, la Administración de Nixon amplió rápidamente el plan a las mujeres de todos los tonos de piel cuando las protestas feministas llegaron a los titulares de prensa. En diciembre de 1971, el Departamento de Trabajo añadió la categoría de «mujeres» a las de «negro, oriental, indígena americano e hispanoamericano» especificadas en la orden original de febrero de 1970²⁴. Se insistía en los procesos y en la docilidad ideológica: el Departamento de Trabajo exigía a las empresas demostrar su buena fe presentando objetivos, calendarios y metas de contratación razonables para las mujeres y las minorías, más que resultados concretos. En 1972 Nixon promulgó otra enmienda, el Título IX, que prohibía la discriminación por género en todas las actividades educativas financiadas con fondos federales. La Oficina de Derechos Civiles (OCR) del Departamento de Educación, gemela de la EEOC del Departamento de Trabajo, recibió el encargo de publicar manuales de cumplimiento y de supervisar la aplicación del Título IX.

Mientras tanto, el flanco represivo del proyecto de ingeniería social de Nixon adoptó la forma retórica de «guerras» sociales –guerra contra el crimen, guerra contra las drogas– bajo la bandera de la tolerancia cero. Operando a través del Departamento de Justicia, los tribunales, el Servicio de Inmigración y Naturalización (INS), el sistema penitenciario y la policía, este proyecto introdujo criterios raciales de represión y encarcelamiento a una nueva escala. Implicaba la patologización de quienes no lograban incorporarse a la clase profesional: cualquier negro que no aprovechara la discriminación positiva sólo podría culparse a sí mismo o a su cultura holgazana. En términos de género, el aspecto coercitivo del proyecto de Nixon –la criminalización, el encarcelamiento– se manifestó en políticas dirigidas contra las mujeres pobres y marginadas,

²³ Los perfiles de la obligación de emplear a miembros de las minorías para los contratistas federales se desarrollaron bajo Lyndon B. Johnson, pero fue el gobierno de Nixon quien la hizo operativa y la extendió a las mujeres. El término «*affirmative action*» [discriminación positiva] fue propuesto por primera vez en 1961 por un joven ayudante en un contexto bastante diferente: como eufemismo para disfrazar el amaño deliberado de Kennedy sobre los derechos civiles en el período previo a las elecciones de mitad de mandato de 1962, tratando de transmitir un mensaje de «positividad»: Terry Anderson, *The Pursuit of Fairness: A History of Affirmative Action*, Oxford, 2004, pp. 60-61.

²⁴ *Ibid.*, pp. 133, 125, 134-135.

especialmente en las comunidades de color. Se impusieron programas de esterilización a usuarias de drogas y la búsqueda obligatoria de empleo a las madres desempleadas. Las campañas contra la violencia doméstica y sexual se desarrollaban en el marco del sistema jurídico de persecución del crimen, lo que significaba reformularla como un problema de comportamiento individual de varones agresores, que debía tratarse con sentencias más duras y un mayor intervencionismo policial, más que como un problema social. En las comunidades ya precavidas contra el trato racista de la policía, la normativa de la detención forzosa –y la posibilidad de deportación– inhibía las denuncias por parte de las mujeres del comportamiento violento de sus cónyuges o parientes varones²⁵.

El paradigma ampliado de Nixon contra la discriminación conserva una hegemonía extraordinaria en Estados Unidos, comparable únicamente a la de la propia Constitución. En términos raciales, el efecto de su política de doble filo fue dramático. Al cabo de una generación se había consolidado una nueva elite afroamericana, con una posición mucho más asentada en la política, los negocios, los medios y la enseñanza; mientras, más de dos millones de negros pobres, en su mayoría hombres, languidecían en prisión²⁶. En términos de género, los orígenes peculiares del modelo feminista antidiscriminatorio –derivado de una estrategia ideada para neutralizar a una minoría nacional rebelde– lo distinguían de las agendas de las mujeres en otros lugares del mundo. Cabe destacar que el nuevo paradigma estadounidense difería de los dos principales «feminismos estatales» surgidos a principios del siglo XX como respuestas modernizadoras a la cuestión de la mujer.

El más influyente de ambos dos era el modelo socialdemócrata, promovido por los partidos de masas de la Segunda Internacional. Este modelo puso en primer plano la asistencia colectiva en cuanto a servicios de guardería, cocina, vivienda, educación y sanidad, pleno empleo femenino y permisos generosos de maternidad; en resumen, socialización del ámbito «privado»

²⁵ La *Violence against Women Act* aprobada de Clinton aprobada en 1994 codificó el enfoque de la justicia penal para la violencia doméstica. Véanse Andrea Smith, «Colour of Violence», *Meridians: Feminism, Race, Transnationalism*, vol. 1, núm. 2, primavera de 2001; Ana Clarissa Rojas Durazo, «We Were Never Meant to Survive», en *Incite!* (ed.), *The Revolution Will Not Be Funded: Beyond the Non-Profit Industrial Complex*, Cambridge (MA) 2007, 119-20.

²⁶ Keeanga-Yamahtta Taylor, *From #BlackLivesMatter to Black Liberation*, Chicago, 2016, pp. 4-9 [ed. cast.: *Un destello de libertad. De #blacklivesmatter a la liberación negra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017]. Taylor proporciona una acusación abrumadora del historial de la Administración de Obama en estas cuestiones.

del trabajo doméstico de las mujeres. En sus formas más avanzadas, esa estrategia preveía la abolición total de la familia nuclear heteronormativa en favor de la vida comunitaria. Este modelo vertebró los programas puestos en práctica, con mejor o peor fortuna, en Escandinavia y los países de socialismo estatal, y de allí se exportó en formas modificadas a los países y partidos del Tercer Mundo recientemente independizados que buscaban en la Unión Soviética ideas para su desarrollo. También influyó entre las feministas liberacionistas, especialmente en Europa. En contraste con ese proyecto de asistencia social ampliada, el modelo antidiscriminatorio era casi gratuito para el Estado; los honorarios de los abogados eran satisfechos por la demandante y su patrono.

El otro «feminismo de Estado» era eugenésico: «mejorar a la mujer, mejorar la raza». Surgió de los proyectos competitivos de modernización imperialista de principios de siglo y dio aliento a las primeras campañas de control de la natalidad. Desde la década de 1950, este enfoque recibió un nuevo empuje de la teoría de la modernización estadounidense, junto con los conglomerados farmacéuticos y los proselitistas apoyados por Rockefeller de la Federación Internacional de Planificación de la Familia, financiada con mil millones de dólares de USAID. Los aliados de la Guerra Fría en Asia y América Latina estaban persuadidos de que la caída de la tasa de fertilidad era un medio para impulsar la modernización y no una consecuencia de ella. Su «impulso total» (frase de Nehru) se oponía directamente a los llamamientos liberacionistas en pro del derecho de la mujer a elegir. Las mujeres del Tercer Mundo fueron tratadas como máquinas productoras de bebés, cuyos cuerpos debían ser desconectados, de manera barata y eficiente, mediante campañas de esterilización masiva —a menudo llevadas a cabo en condiciones insalubres por una pequeña recompensa en efectivo— o la implantación de dispositivos «permanentes» como el escudo de Dalkon, un diu que se caracterizaba por perforar la pared uterina (comprado a granel por USAID hasta 1975). Un diu tenía la ventaja de que «una vez que entra la maldita cosa, la paciente no puede cambiar de opinión», como explicaba Alan Guttmacher, presidente desde 1962 de Planned Parenthood [Planificación Familiar]²⁷. El control de la población era complementario

²⁷ Linda Gordon, *Women's Body, Woman's Right* [1976], Nueva York, 1990, 2^a ed.; sobre el gasto de USAID y sobre Guttmacher, véase Matthew Connelly, *Fatal Misconception: The Struggle to Control World Population*, Cambridge (MA), 2008, pp. 290, 205. La Federación Internacional de Planificación Familiar fue duramente criticada por las mujeres liberacionistas, que también pusieron en evidencia las campañas eugenésicas que había dirigido contra las mujeres blancas y afroamericanas pobres en el Medio Oeste y el Sur de Estados Unidos, *ibid.*, pp. 117, 208.

del feminismo antidiscriminatorio –uno trataba a las mujeres como reproductoras y el otro como empleadas– y seguiría siendo un frente importante de la política exterior estadounidense.

3. REFUERZOS INSTITUCIONALES

La autoridad ejercida por el planteamiento antidiscriminatorio sobre el feminismo estadounidense se basaba en resultados tangibles. Durante la década de 1970 se pusieron en práctica un sinnúmero de medidas tendentes a la igualdad de oportunidades para las mujeres en cuestiones de créditos e hipotecas (1974), el ejército (1975) y la conservación del puesto de trabajo tras el embarazo (1978), flanqueadas por sentencias del Tribunal Supremo para legalizar la anticoncepción (1972) y el aborto (1973). Esas victorias debían mucho al apoyo de la elite liberal, sobre todo a la riqueza y experiencia de fundaciones empresariales filantrópicas que financiaron la institucionalización del feminismo antidiscriminatorio desde la década de 1970 en adelante. Como señaló Johanna Brenner, ésa fue una de las diferencias más notorias entre el feminismo de la «primera ola» y el de la «segunda». Después de obtener el derecho de voto en 1920, las activistas por los derechos de las mujeres fueron políticamente marginadas, mientras que después de las conquistas legislativas y sociales de la década de 1970, las reivindicaciones feministas se vieron «cada vez más institucionalizadas e incorporadas culturalmente», si bien el fermento radical del movimiento autónomo quedaba sometido al control del poderoso «lobby de mujeres» asentado en Washington²⁸, cuya riqueza e influencia, a la que se sumaba su impresionante presencia en las universidades, lo distinguían, no solo del feminismo de la primera ola estadounidense, sino también de los movimientos presentes en el resto del mundo.

La institucionalización del movimiento de las mujeres en Estados Unidos no fue un proceso orgánico similar a la burocratización de los sindicatos; fue impulsada desde el exterior por la intervención activa de las mismas fundaciones filantrópicas que habían jugado un papel importante en la configuración de las *Civil Rights Act* y la financiación de la NAACP. El resultado iba a instalar el planteamiento antidiscriminatorio como forma hegemónica de la política feminista, al tiempo que la «corriente principal» en la que pretendía integrar a las mujeres se

²⁸ Johanna Brenner, «The Best of Times, The Worst of Times: US Feminism Today», *NLR* 1/200, julio-agosto de 1993.

veía a su vez reconfigurada por las políticas neoliberales inspiradas por Friedman en respuesta a la larga recesión económica. Uno de los patrocinadores más destacados de ese feminismo fue la Fundación Ford, que gastó 200 millones de dólares anuales en reformas sociales y mantuvo un equipo de cuatrocientas personas que rastreaban el país en busca de destinatarios prometedores. Durante la década de 1960 había invertido ya millones de dólares para ganarse a organizaciones radicales de negros y latinos, creyendo que su apoyo podría inducir a las organizaciones jóvenes, como había explicado al Congreso su presidente McGeorge Bundy, a emprender proyectos responsables y constructivos y apartarlos de los caminos de los disturbios y la discordia: «Hacer que el mundo sea más seguro para el capitalismo», como había dicho irónicamente el propio Bundy en otro momento. Esto significaba canalizar las energías radicales hacia proyectos legalistas dentro del marco antidiscriminatorio²⁹.

La carrera de Bundy sirve como epítome de la política de las fundaciones filantrópicas, cuya beneficencia era el *quid pro quo* de las multimillonarias exenciones de impuestos otorgadas a sus empresas matrices. Un vástago patriota de la elite bostoniana, había servido como oficial de inteligencia en la Segunda Guerra Mundial y había entrado en la vida política pública en 1961 como asesor de Seguridad Nacional del presidente Kennedy, manteniendo ese puesto durante los primeros años de la presidencia de Johnson; miembro destacado del ala dura del gobierno, impulsó la escalada estadounidense en Vietnam y respaldó el envío de los marines a la República Dominicana en 1965; al año siguiente asumió la presidencia de la Fundación Ford, puesto en el que se mantuvo hasta 1979. Bundy no veía contradicción alguna entre el bombardeo de saturación en Indochina y la financiación de reformas sociales en Estados Unidos; en su opinión, ambas cosas eran buenas para el país. Como dijo en una ocasión a la National Urban League: «El nivel de esfuerzo financiero, político y personal requerido para acabar con el racismo es plenamente comparable al esfuerzo que ahora hacemos como nación en Vietnam»³⁰. Los métodos de reclutamiento de la Fundación Ford eran muy profesionales, una versión puesta al día de los ensayados y

²⁹ Kai Bird, *The Colour of Truth: McGeorge Bundy and William Bundy: Brothers in Arms*, Nueva York, 1998, p. 393; sobre el testimonio de Bundy ante el Congreso, véase Joan Roelofs, *Foundations and Public Policy: The Mask of Pluralism*, Albany (NY), 2003, p. 125.

³⁰ *The New York Times*, 3 de agosto de 1966, citado en K. Bird, *Color of Truth*, cit., p. 380. Un estudio pionero de las fundaciones las describía como «agencias de planificación no oficiales» para un «sistema-mundo cada vez más interconectado con Estados Unidos en su centro», Robert Arnove (ed.), *Philanthropy and Cultural Imperialism*, Bloomington (IN), 1982, p. 17.

comprobados por los jesuitas. Los funcionarios de Ford seleccionaban y preparaban a los posibles candidatos para el movimiento, invitándoles a solicitar subvenciones, ofreciéndoles la perspectiva de buenos empleos, altos salarios, contactos y apoyo intelectual de alto nivel. Si los proyectos iniciales tenían éxito en términos de resultados mensurables, se podrían desembolsar sumas mayores.

Desde principios de la década de 1970, Ford vertió mucho dinero en los comités feministas de lucha contra la discriminación, cuya agenda coincidía con la de la Fundación³¹. Su apoyo material fue fundamental para proporcionarles una base institucional dotada de abundantes recursos, elevando a sus representantes por encima del fermento de los centros de mujeres a pie de calle, con boletines mimeografiados, librerías, guarderías y refugios para esposas maltratadas, hasta áticos con aire acondicionado en Washington DC o en Manhattan, respaldados por centros de investigación específicos en las principales universidades³². A finales de la década de 1970, una flotilla de organizaciones feministas convencionales había abierto oficinas en la capital, atendidas por cabilderas a tiempo completo que se convirtieron en la cabeza y las manos del movimiento una vez que el alboroto original comenzó a refluir³³. Los grupos de presión instalados en Washington DC podían presionar a los funcionarios, colocar a sus miembros en los comités asesores federales, fomentar las relaciones con el personal del Congreso y presentar los resultados de sus investigaciones a los legisladores. NOW, con sus

³¹ Richard Magat, *The Ford Foundation at Work: Philanthropic Choices, Methods and Styles*, Nueva York, 1979, pp. 185-186.

³² Entre los proyectos financiados por la Fundación Ford estaban el Legal Defense and Education Fund de la NOW, el National Women's Political Caucus, el Center for Women's Policy Studies, el Women's Legal Defense Fund, el National Women's Law Center y el Women's Rights Project de ACLU, así como la National Abortion Rights Action League y National Coalition against Domestic Violence. Véanse Kristin Goss, *The Paradox of Gender Equality: How American Women's Groups Gained and Lost Their Public Voice*, Ann Arbor (MI), 2013, p. 55; Joyce Gelb y Marian Lief Palley, *Women and Public Policies: Reassessing Gender Politics* [1982], Charlottesville (VA), 3ª ed., 1996, pp. 30-32.

³³ La relación entre las feministas de Washington y sus patrocinadores empresariales o gubernamentales no estuvo exenta de tensiones. En 1985 la National Coalition against Domestic Violence (NCADV) renunció a una subvención de un millón de dólares durante cinco años de Johnson & Johnson en protesta por las inversiones de la compañía en Sudáfrica; unos años antes, la NCADV había devuelto 400.000 dólares al Departamento de Justicia, cuando los funcionarios intentaron impedir que la organización produjera un folleto sobre el maltrato a las lesbianas. Véase Jennifer Leigh Disney y Joyce Gelb, «Feminist Organizational "Success": The State of U.S. Women's Movement Organizations in the 1990s», en *Women & Politics*, vol. 21, núm. 4, 2000, p. 65. Véase también Maryann Barakso, *Governing NOW: Grassroots Activism in the National Organization for Women*, Ithaca (NY), 2004, p. 60.

grupos locales, funcionó como la correa de transmisión que canalizaba a las activistas hacia campañas antidiscriminatorias y reorientaba el movimiento de las mujeres hacia cauces políticos convencionales. La fútil batalla por una Enmienda de la Constitución que recogiera la igualdad de derechos –algo que no era estrictamente necesario, dado que los derechos de las mujeres estadounidenses ya estaban formalmente protegidos por la Decimocuarta Enmienda– inflaba a NOW con dinero en efectivo y con contactos políticos³⁴. Al llegar la década de 1990, la financiación de la fundación para el feminismo estadounidense convencional se situaba por encima de los sesenta millones de dólares anuales, otorgándole una gran ventaja sobre líneas más radicales, tanto en el propio país como en el exterior³⁵.

Naturalmente, los donantes exigían algo a cambio. Los nuevos grupos que buscaban subvenciones fueron orientados hacia el trabajo, ya fuera a través de la discriminación positiva –ayudando a mujeres individuales, especialmente jóvenes, o personas de color, o mujeres desvalidas o procedentes de países desfavorecidos, a tener éxito dentro del sistema– o de la justicia penal: cooperación activa con la policía, los tribunales o las autoridades de inmigración. Los fondos de la fundación y la ayuda estatal remodelaron la cultura interna de las organizaciones del movimiento³⁶. Las discusiones estratégicas más amplias, las campañas más radicales y los programas de educación popular tuvieron que dejarse de lado en favor de los trámites burocráticos que requieren mucho tiempo para solicitar un estatus no lucrativo, escribiendo descripciones de empleo, contratando seguros y adoptando estructuras pseudoempresariales: director ejecutivo, consejo de administración, contables profesionales, relaciones públicas, recaudadores de fondos, etcétera. Una vez que las militantes se transformaron en funcionarias asalariadas, el miedo a perder su puesto las llevó a un creciente conservadurismo y el aumento de la autocensura³⁷. La preferencia de las fundaciones por proyectos

³⁴ Para el fallo del Tribunal Supremo sobre la Decimocuarta Enmienda, véase Myra Marx Ferree y Beth Hess, *Controversy and Coalition: The New Feminist Movement in Four Decades of Change* [2000], Nueva York y Londres, 2003, 3ª ed., capítulo 6.

³⁵ K. Goss, *Paradox of Gender Equality: How American Women's Groups Gained and Lost Their Public Voice*, cit., pp. 144-145. Retrospectivamente, la «reacción antifeminista» de la década de 1980 parece menos significativa para el crecimiento del lobby de mujeres: la financiación empresarial de las organizaciones feministas no solo se elevó durante este período, sino que los grupos feministas predominaron en las apariciones ante el Congreso, superando a antifeministas como Phyllis Schlafly en una proporción de cinco a uno, *ibid.*, pp. 80-82.

³⁶ Theda Skocpol, *Diminished Democracy: From Membership to Management in American Civic Life*, Norman (OK), 2003, pp. 206-209.

³⁷ Una feminista latina, por ejemplo, fue disuadida por los funcionarios de inmigración de denunciar agresiones sexuales o de hacer campaña contra el uso del

novedosos contribuyó a impulsar una segmentación más profunda de la práctica feminista, con grupos de campaña bajo presión para promover su especialidad como único punto atractivo de venta con su propio «nicho organizativo». En lugar de unir a las diferentes comunidades de mujeres, como pretendía antes el movimiento, los procesos de solicitud a los donantes las animaron a competir entre sí en la lucha por nuevos fondos³⁸. Más tarde, estos procesos se harían habituales en todo el mundo bajo el nombre de *ongización*.

Credenciales académicas

El espíritu radical de la liberación de las mujeres encontró amparo en las universidades, donde la institucionalización tomó un rumbo diferente. Desde mediados de la década de 1960 comenzaron a surgir espontáneamente en Estados Unidos cursos de historia de las mujeres, aprovechando la experiencia de los estudios de Historia Negra del movimiento de derechos civiles y la pedagogía radical de las escuelas de verano de Misisipi. En 1971, la Feminist Press recogía más de seiscientos de esos cursos, aunque la mayoría de ellos eran todavía marginales y no acreditados³⁹. Una vez más, la riqueza de las fundaciones filantrópicas desempeñó un papel crucial. Aplicando las lecciones de su trabajo en el área de los Black Studies en la década de 1960, la intervención multimillonaria de Ford apuntó a la profesionalización sistemática del campo: becas para proyectos posdoctorales, seguidas de fondos para fundar Centros de Investigación de Mujeres en las principales universidades (Stanford, Berkeley, Wellesley, Brown, Duke, Arizona). En 1975, la Fundación organizó el lanzamiento de

español en el momento de las elecciones, por temor a perder su estatus de organización sin fines de lucro: Ana Clarissa Rojas Durazo, «We Were Never Meant to Survive», en *Incite!* (ed.), *The Revolution Will Not Be Funded: Beyond the Non-Profit Industrial Complex: Beyond the Non-Profit Industrial Complex*, cit., pp. 114, 117.

³⁸ Véase un elocuente informe en K. Goss, *Paradox of Gender Equality: How American Women's Groups Gained and Lost Their Public Voice*, cit., pp. 145-146. En cuanto al «nicho organizacional», véase J. L. Disney y D. Gelb, «Feminist Organizational "Success": The State of U.S. Women's Movement Organizations in the 1990s», cit., p. 50.

³⁹ Catharine Stimpson con Nina Kressner Cobb, *Women's Studies in the United States: A Report to the Ford Foundation*, Nueva York, 1986, p. 4. Feminist Press fue fundada en 1970 con un capital de cien dólares, un colectivo editorial de voluntarios y un garaje como almacén, después de que una mención en el Baltimore Women's Liberation Newsletter diera lugar a una respuesta entusiasta; desempeñó un papel clave en la reimpresión de obras perdidas de escritoras rebeldes. En 1972 recibió seiscientos mil dólares de la Fundación Ford para una serie sobre el trabajo de las mujeres, la primera de muchas subvenciones a gran escala para el material de enseñanza feminista. Véase Florence Howe, *A Life in Motion*, Nueva York, 2011, pp. 279-310.

Signs como revista feminista interdisciplinar y en 1977 ayudó a fundar la National Women's Studies Association y el National Centre for Research on Women, dirigido por la ex funcionaria de Ford Mariam Chamberlain⁴⁰. En la década de 1980, la Fundación viró hacia el feminismo «convencional», como parte del plan de estudios básico de pregrado. A principios de la década de 1990, su prioridad era integrar la investigación sobre las mujeres de las minorías; sus funcionarias iniciaron una serie de conferencias que prepararían el terreno para la adopción de la teoría interseccional⁴¹. Un informe de un consultor podía señalar con justicia que el proyecto de Ford para el campo de los estudios de género había «influido activamente en la dirección que este tomaría»⁴².

Una segunda forma, más especializada, de institucionalización universitaria, fue el fomento de organizaciones bien financiadas de apoyo a estudiantes para favorecer la «equidad, diversidad e inclusión», que operaban bajo el paraguas del Título IX. Estas organizaciones proporcionaron una continuidad de liderazgo, recursos, pericia legal y experiencia en campañas (piquetes, carteles, camisetas) que sostuvieron la política antidiscriminatoria durante los períodos de baja militancia estudiantil. Junto con los requisitos del currículo básico para los estudios de género, esas mini burocracias dirigidas por compañeras del mismo nivel

⁴⁰ En total, Ford proporcionó veintidós de los treinta y seis millones de dólares aportados por fondos filantrópicos para los estudios de las mujeres entre 1972 y 1992, complementando los recursos de las propias universidades. Véase Rosa Proietto, «The Ford Foundation and Women's Studies in American Higher Education: Seeds of Change?», en Ellen Condliffe Lagemann (ed.), *Philanthropic Foundations: New Scholarship, New Possibilities*, Bloomington (IN), 1999, pp. 271-276. El estudio de Proietto es un raro intento de elaborar un balance crítico en un campo en el que la mayoría de las valoraciones se deben a los propios profesionales.

⁴¹ Leslie Hill, «The Ford Foundation Programme on Mainstreaming Minority Women's Studies», *Women's Studies Quarterly*, vol. 18, núms 1-2, 1990.

⁴² Catharine Stimpson, «Consultant's Report to: Ford Foundation Programme on Education and Culture», núm. 011359, noviembre de 1982, citado en R. Proietto, «The Ford Foundation and Women's Studies», cit., pp. 273-274. A medida que el movimiento feminista estadounidense se institucionalizaba, comenzó a reproducirse a un nivel más bajo el síndrome de puerta giratoria que opera en la cumbre del poder estadounidense. Así, Mariam Chamberlain podía pasar sin problemas de la entrega de subvenciones en Ford a la NCRW financiada por Ford, mientras que Catharine Stimpson, beneficiaria de la generosidad de Ford en *Signs*, fue contratada para informar sobre los logros de la Fundación en el campo de la educación. Chamberlain y Alison Bernstein, su sucesora en Ford, pensaban que el apoyo de la Fundación era crucial para ayudar a que los Estudios de Mujeres obtuvieran «tanto legitimidad como impulso»: Mariam Chamberlain y Alison Bernstein, «Philanthropy and the Emergence of Women's Studies», *Teachers College Record*, vol. 93, núm. 3, primavera de 1992.

aseguraban la incorporación de nuevas generaciones de estudiantes a una política de género centrada en la igualdad de oportunidades, que se había normalizado «como el flúor añadido al agua»⁴³: un currículum informal para un radicalismo que operaba dentro de los límites del modelo antidiscriminatorio y ayudaba a reproducirlo. Administradoras formadas profesionalmente –personal del Título IX, funcionarias de equidad e inclusión, asesoras de seguridad en los campus– proporcionaban el marco adecuado para una política de género que a veces tenía poco que ver con las enseñanzas de las profesoras feministas.

Al mismo tiempo, el pensamiento feminista experimentó una profunda aculturación al arraigar en el hábitat académico estadounidense. Las afirmaciones audaces y las ambiciones sintetizadoras del movimiento de liberación dieron paso a la diferenciación disciplinar y a la elección de los temas de tesis orientados a la carrera académica, mientras las credenciales académicas establecieron una jerarquía ajena al igualitarismo del movimiento. En las «disciplinas de gobierno» –economía, ciencias sociales y políticas– que iban a dar lugar a un impresionante cuadro de expertas feministas, la investigación tendía a compartimentarse dentro de las tradiciones neoclásica o funcionalista, cuantitativa o cualitativa. En las humanidades y, sobre todo, en los departamentos de Literatura, donde eran habitualmente educadas las nuevas generaciones de activistas de género, la influencia predominante era la de Foucault⁴⁴. Dentro de esos límites, se fomentó y financió el pensamiento crítico heterodoxo. Alrededor de 1990, Berkeley y la UCLA produjeron dos importantes desafíos teóricos al modelo antidiscriminatorio hegemónico en la política feminista. En *Gender Trouble*, Judith Butler lanzó un asalto apasionado contra las categorías binarias de «hombre» y «mujer» presupuestas por el feminismo convencional y cuestionó su práctica de realizar afirmaciones representacionales en nombre de las mujeres; hacerlo significaba ni más ni menos que extender el régimen de poder-conocimiento responsable de producir «masculino» y «femenino». Una nueva política feminista debería impugnar las reificaciones de género e identidad, tomando su construcción variable como prerrequisito metodológico y objetivo político⁴⁵. Unos meses antes, Kimberlé Crenshaw había atacado

⁴³ Jennifer Baumgardner y Amy Richards, *ManifestA*, citado en Jo Reger, *Everywhere and Nowhere: Contemporary Feminism in the United States*, Oxford, 2012, p. 5.

⁴⁴ Sobre la formación de las activistas, véase David Graeber, *The Utopia of Rules*, Nueva York, 2015, pp. 56-57.

⁴⁵ Judith Butler, *Gender Trouble*, Nueva York y Londres, 1990, pp. 194, 130, 7-8 [ed. cast.: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, 2007].

las leyes antidiscriminatorias desde la perspectiva de los Critical Legal Studies por su enfoque unilateral, que trataba la raza y el género como categorías de experiencia mutuamente excluyentes; como base para demandas de políticas feministas, todo el marco debía ser reconsiderado y refundido. La acción política colectiva debía poner a las marginadas en el centro, partir de las necesidades de las más desfavorecidas y rehacer así el mundo en beneficio del resto⁴⁶.

Si arriesgamos una comparación, el punto principal que debe quedar registrado es la enorme magnitud de la producción feminista estadounidense como resultado de aquella financiación tan generosa: una impresionante cantidad de estudios: una bibliografía al respecto menciona casi cuatro mil títulos, incluyendo trabajos de gran profundidad⁴⁷. Del mismo modo que el feminismo de Washington DC había puesto en pie todo un edificio de experiencia política y legal, sin paralelo en el resto del mundo –dominio de las habilidades de cabildeo, elaboración de proyectos, recaudación de fondos, presentación de pulcros informes o propuestas cuidadosamente calibradas, junto con asuntos más sofisticados relativos a los procedimientos parlamentarios o jurídicos, al tiempo que se acumulaba una larga lista de contactos poderosos–, las feministas insertas en el sistema universitario estadounidense construyeron una infraestructura inigualable para la investigación: institutos y centros especializados, organización de seminarios y conferencias nacionales e internacionales, impulso a investigaciones empíricas a gran escala, elaboraciones teóricas sofisticadas, estudios comparativos e informes técnicos, con el apoyo de una cincuentena de publicaciones especializadas. Ningún otro país podía alardear de treinta y seis millones de dólares anuales en cursos feministas, además de algunas de las ayudas públicas más generosas del mundo. Una encuesta reciente recogía en torno a quinientos cuarenta cursos de género y estudios de la mujer en Estados Unidos, frente a cuarenta y cuatro en Canadá, treinta y cinco en el Reino Unido y menos de veinte en cualquier otro país⁴⁸. Proporciones similares alcanzaban las publicaciones académicas feministas: cuarenta y tres revistas en Estados Unidos, ocho en el Reino Unido,

⁴⁶ Kimberlé Crenshaw, «Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics», *University of Chicago Legal Forum*, 1989, núm. 1.

⁴⁷ Linda Krikos y Cindy Ingold, *Women's Studies: A Recommended Bibliography*, 3^a ed., Westport (CT), 2004; comprende ochocientas veintiocho páginas densamente mecanografiadas.

⁴⁸ Joan Korenman, «Women's Studies Programmes, Departments and Research Centres», University of Maryland, Baltimore County; última actualización, 2014.

cinco en Francia y en Australia, cuatro en Canadá y menos en cualquier otro país⁴⁹. Los títulos más importantes son todos estadounidenses: *Signs*, que sigue siendo el buque insignia intelectual del movimiento, está flanqueado por *Feminist Studies*, *Gender & Society*, *Feminist Economics*, *Hypatia* y el *Journal of Women's History*; el *International Feminist Journal of Politics* cuenta con un equipo editorial plurinacional, pero surgió de conversaciones con la International Studies Association, también estadounidense⁵⁰.

Los únicos competidores apreciables eran otros países anglófonos: Australia tenía un fuerte marco de igualdad de oportunidades, pero un sistema universitario mucho más limitado; Canadá tenía algunos centros de producción intelectual feminista, fuertes en teoría social e investigación, pero sólo podía compararse con los estados más pequeños, como Wisconsin o Carolina del Norte. En el Reino Unido, los innovadores trabajos marxistas-feministas de las décadas de 1960 y 1970 surgieron en el ámbito de la Nueva Izquierda, en gran medida fuera de la academia; más tarde, las especialidades nacionales se perfeccionaron en los estudios culturales feministas y la economía del desarrollo, pero la influencia política del feminismo británico ha sido relativamente débil. En Alemania, hubo Ministerios de mujeres influyentes a escala regional en algunos *Länder* durante la década de 1980, pero el sistema universitario se mantuvo impermeable –hasta 1990, solo el 5 por 100 de los profesores eran mujeres– y los estudios de mujeres se limitaban principalmente a centros comunitarios y de educación de adultos; las teorías izquierdista, maternalista y ecofeminista florecieron en los márgenes. En Francia –con la excepción de algunos enclaves como Vincennes– e Italia, tanto las universidades como la maquinaria gubernamental han permanecido en gran medida cerradas a los estudios y la formulación de políticas feministas hasta la última década. En otros lugares, como

⁴⁹ L. Krikos y C. Ingold, *Women's Studies*, pp. 721-729, complementado por «Core List of Journals», Association of College and Research Libraries, Women and Gender Studies Section; ambas fuentes son estadounidenses.

⁵⁰ La preponderancia estadounidense no debe entenderse como provincialismo intelectual: la mayoría de esas revistas cuentan con gran alcance internacional. La directora de *Signs* estimaba que dos tercios de la investigación de la revista atañía a casos fuera de Estados Unidos, principalmente en Asia y Europa, mientras que el 52 por 100 de las autoras eran académicas no estadounidenses y se recibían contribuciones procedentes de ochenta países: Mary Hawkesworth, «*Signs* 2005-2015: Reflections on the Nature and Global Reach of Interdisciplinary Feminist Knowledge Production», *Signs*, vol. 36, núm. 3, primavera de 2011. *Signs* ha publicado incluso un número sobre Género y Estudios Polares, con textos sobre las pastoras de renos sami, el lugar de las mujeres en la literatura antártica y una cuidadosa descripción de la organización transfronteriza contra la violencia doméstica en las costas del mar de Barents.

Oriente Próximo, América Latina, África e India, la investigación de género ha estado financiada en gran parte con fondos procedentes de las fundaciones estadounidenses⁵¹. En resumen, el feminismo estadounidense predominante ha disfrutado de una combinación de riqueza, peso institucional y logros académicos a los que no podía compararse ningún otro movimiento de mujeres del mundo.

Activismo litigante

Si las energías del primer movimiento de liberación de las mujeres se habían visto en gran medida domesticadas por el Capitolio o aculturadas en la universidad, había una línea de feminismo radical que se mantenía a la contra en lugar de apalancar su relación con el Estado. Dado que las leyes contra la discriminación nunca fueron diseñadas para cubrir los aciertos y errores de las relaciones de género, las abogadas feministas debían afrontar la tarea de tratar de asegurarse de que lo hicieran. Esto suponía un incesante activismo jurídico para extender el alcance de las leyes —expandingo la «discriminación por motivos de sexo» para incluir el acoso sexual y la procreación— con abogadas bien formadas capaces de presentar demandas individuales para sentar precedente y traspasar los límites, juicio por juicio, en los dominios gemelos del empleo y la educación⁵². Desde la década de 1970, las decisiones judiciales, las

⁵¹ Los proyectos patrocinados por la Fundación Ford en la década de 1980 incluían el Beirut Institute for Women's Studies en el mundo árabe; el Centro de Investigación sobre Mujeres de Buenos Aires; el Centre for Women and Development Studies de Nueva Delhi; la unidad de Women in Development de la Universidad de las Indias Occidentales; el Gruppo di ricerca sulla famiglia e sulla condizione femminile en la Universidad de Milán; y el Women's Research and Resource Centre de Londres. Ford también financió la investigación académica en el African Training and Research Centre for Women de la ONU; la Association of African Women for Research and Development (AAWORD), con sede en Senegal; la Universidad de Dar es Salaam; el Development Studies Research Centre de Jartum; la Universidad Católica de São Paulo; la Fundación Carlos Chaga en Brasil y la Women's Bureau de Jamaica. Véanse, entre otros, Nüket Kardam, *Bringing Women In: Women's Issues in International Development Programmes*, Boulder (CO), 1991, pp. 88-91; y F. Howe, *A Life in Motion*, cit., pp. 324-330. Véase también la retrospectiva efectuada por algunas participantes en Ed Hatton, «The Future of Women's Studies: A Ford Foundation Workshop Report», *Women's Studies Quarterly*, vol. 22, núms. 3-4, 1994, donde se expresaron críticas (por Peg Strobel, Universidad de Illinois-Chicago) a la forma en que los estudios sobre las mujeres africanas suelen recibir fondos en forma de asesorías de agencias externas, que luego deciden los temas y procedimientos de investigación.

⁵² Los casos más emblemáticos fueron el de *Barnes v Train* (presentado en 1974, apelado en 1977), que estableció las demandas de sexo *quid pro quo* de un gerente como una forma de discriminación, y el de *Alexander v. Yale* (1977), que prohibía el acoso *quid pro quo* en las universidades (buenas calificaciones a cambio de

intervenciones del poder ejecutivo, las nuevas regulaciones de la EEOC o la Oficina de Derechos Civiles, las decisiones del Tribunal Supremo y las intervenciones en el Congreso han reinterpretado continuamente los significados de la discriminación y el acoso sexual, ampliando la responsabilidad de los patronos y universidades y aumentando las indemnizaciones que cabía exigirles. El resultado ha sido un terreno legal en estado de permanente agitación, a diferencia de lo que sucede en países donde la normativa legal dejaba menos margen de maniobra y era más probable que el activismo feminista adoptara formas extralegales. El proceso impulsado por las litigantes convertía ese campo, en opinión de una joven abogada, en un área del derecho emocionante y pujante: «Siempre se puede encontrar un tribunal dispuesto a ampliar la definición de acoso sexual»⁵³.

Esta inestabilidad intrínseca abrió el camino para que una corriente de la jurisprudencia feminista radical impulsara una agenda más militante; ésta fue formulada del modo más maduro por Catharine MacKinnon, quien escrutó la tradición marxista en busca de pistas para construir una «teoría épica» similar para el feminismo, capaz de captar las leyes dinámicas de la sociedad en su totalidad de modo que las mujeres pudieran convertirse en «grupo para sí»⁵⁴. Si el «trabajo» era la categoría fundamental del marxismo, MacKinnon postuló que la «sexualidad» debía ser su equivalente feminista: el proceso a través del cual «se crean, organizan, expresan y dirigen las relaciones sociales de género». La sexualidad, desde ese punto de vista, no debe confundirse con la excitación, los placeres mutuos o el amor. Su dinámica es jerárquica e implica una división sistemática del

favores sexuales); la discriminación se amplió más tarde para incluir un entorno hostil. Paulette Barnes, una administradora afroamericana de la división de igualdad de oportunidades de la Environmental Protection Agency-EPA en Washington DC, recibió el apoyo del Women's Legal Defense Fund: Carrie Baker, *The Women's Movement against Sexual Harassment*, Nueva York, 2008, p. 49. Las estudiantes de *Alexander v. Yale* contaron con el respaldo de la Women's Equity Action League, el Legal Defense and Education Fund de la NOW y el National Women's Law Center. Aunque el impacto legal de ese caso fue más limitado, cientos de colegios y universidades establecieron procedimientos de quejas por acoso sexual a principios de la década de 1980: Anne Simon, «Alexander v. Yale University: An Informal History», en Catharine MacKinnon y Reva Siegel (eds.), *Directions in Sexual Harassment Law*, New Haven (CT), 2004, pp. 53, 56.

⁵³ Citado en Abigail Saguy, «French and American Lawyers Define Sexual Harassment», *ibid.*, pp. 609-610.

⁵⁴ Catharine MacKinnon, *Toward a Feminist Theory of the State*, Cambridge (MA), 1989, pp. x, 39. El concepto de «teoría épica» lo tomó de Sheldon Wolin, «Political Theory as a Vocation», *American Political Science Review*, vol. 63, núm. 4, 1969.

poder social, impuesto en detrimento de las mujeres, por la que lo «masculino» y lo «femenino» se crean mediante la erotización del dominio y la sumisión, enseñando a las mujeres a identificarse como seres que existen para el uso sexual del hombre. MacKinnon rechazó rotundamente el concepto de la sexualidad como prácticas cultural-antropológicas moldeadas por condiciones históricamente cambiantes de desigualdad de género, así como el modelo freudiano de un impulso innato reprimido por los procesos de socialización, al que debería permitirse mayor expresión. Para ella, «la sexualidad es desigualdad de género: la excitación masculina al reducir a otra persona a una cosa es su fuerza motriz». La prueba de esto la revela la concienciación feminista sobre la experiencia vivida por las mujeres, concretada en «la violación, el incesto, el maltrato, el acoso sexual, el aborto, la prostitución y la pornografía»⁵⁵.

El corolario político lógico de esta construcción fue el separatismo feminista y el lesbianismo político, tradiciones minoritarias con su propia historia e integridad. Por su parte, MacKinnon descubrió en la ley contra la discriminación estadounidense «una grieta en el muro», «una peculiar oportunidad jurisprudencial» en torno al tema de la agresión sexual. El objetivo era utilizar la ley para afrontar la realidad de la posición de las mujeres, es decir: «miseria basada en el sexo, dependencia forzosa y relegación permanente a los puestos de trabajo menos respetados y sueldos de hambre», combinadas con la violación generalizada, las palizas sistemáticas y la prostitución, «condición fundamental de las mujeres», de la que la industria pornográfica no es más que un sector en auge. El estado liberal es «masculino»: trata a las mujeres como lo hacen los hombres, imponiendo el punto de vista masculino como ley sobre la sociedad; las libertades negativas de la Constitución estadounidense garantizan meramente las libertades de un *statu quo* masculino. La igualdad requeriría una nueva jurisprudencia, que incorpore el punto de vista de las mujeres, lo cual sería atacado como «pretensión de trato especial», como «no neutral», recriminación que igualmente podría dirigirse a la normativa en vigor. Los primeros pasos consistirían en inclinar a favor de las mujeres la carga de la prueba en los casos de agresión sexual para descartar la defensa de las intenciones masculinas o el aparente consentimiento femenino. Las feministas deberían luchar para que se prohíba la pornografía bajo las leyes de discriminación sexual y para que la prostitución sea criminalizada⁵⁶.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 3, xiii, 41, 113, 110, 130-331, 109.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 244-245, 242-243, 162, 237, 164, 249, 247.

Este punto de vista ha sido duramente criticado por otras feministas, entonces y ahora⁵⁷. Sociológicamente, la descripción dada por MacKinnon de las mujeres estadounidenses en la década de 1980 como esclavas sexuales con salarios de hambre era poco convincente; su concepto del sexo como «excitación masculina al reducir a otra persona a una cosa» era cultural y antropológicamente pobre. Teóricamente, el punto de partida de MacKinnon –lo que el trabajo es para el marxismo, lo es el sexo para el feminismo– suponía un doble error. Para Marx, la práctica determinante no era el «trabajo», sino el modo de producción de lo que se necesita para la subsistencia diaria –comida, combustible, ropa, refugio–, del que el trabajo es un factor crítico, junto con la naturaleza y las ganancias acumuladas en la tecnología, el capital y el lenguaje. El equivalente de género, si es eso lo que se busca, sería la organización de la reproducción humana, de la que la sexualidad es un aspecto crucial, junto con el embarazo, el parto, el cuidado de los bebés, la socialización de los niños y la creación de las identidades de género. Sus temporalidades y divisiones del trabajo se articulan con las de la producción. Contra la visión feminista radical de las relaciones hombre-mujer como un campo polarizado por la opresión primaria de la violencia sexual, esta concepción ofrece posibilidades para una cooperación negociada y proyectos conjuntos. Reconoce los antagonismos en los que el género puede ser una división secundaria, no la primaria, y puede, por lo tanto, enmendar las relaciones opresivas entre las mujeres, tanto estructurales como personales, para las que el feminismo radical no proporciona una explicación adecuada. Un punto fuerte del marxismo como teoría social es su capacidad para constatar aspectos positivos y negativos, creación y destrucción, dentro de un marco único. Si se requiere una «teoría épica» feminista, esta tendrá que hacer lo mismo, abarcar los placeres así como los peligros; las arriesgadas atracciones de la otredad, los múltiples problemas del amor.

El progreso político de la jurisprudencia feminista radical arrojaría una luz interesante sobre la manera estadounidense de abordar la cuestión del sexo en una sociedad de masas: por un lado, el mercado; por otro, una regulación mucho más pequeña, manual e ideologizada. Trabajando con Andrea Dworkin, una publicista más efectiva, el primer gran proyecto de MacKinnon –una regulación de las ordenanzas antiporno a escala estatal– fue rechazado por el Tribunal Supremo en 1986. (En Canadá, donde

⁵⁷ Entre las principales publicaciones cabe mencionar las de Carole Vance (ed.), *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality* [1984], Londres, 1992 y Varda Burstyn (ed.), *Women against Censorship*, Vancouver, 1985.

esa idea tuvo más éxito, el primer objetivo para su supresión era una revista erótica lesbiano-feminista, *Bad Attitude*⁵⁸). La industria del porno siguió floreciendo en Internet, sus representaciones reificadas ahora alcanzan a un público mucho más amplio, con mayor frecuencia, que las revistas pornográficas y las tiendas de «entretenimiento para adultos», proporcionando el temario de primer nivel para la educación sexual de los adolescentes. La pornografía estaba sometida a las mismas fuerzas que configuraron el resto de la economía estadounidense: globalización, subcontratación, deflación de precios, nichos de mercado, personalización, feminización; aunque sigue atendiendo principalmente a clientes masculinos, una parte cada vez mayor del material erótico está destinado a las mujeres. Por el lado de la oferta sigue siendo una industria de precios reducidos; el Valle de San Fernando, junto a Los Ángeles, no es más que una minúscula fracción del tamaño de Hollywood, acosado por la piratería y la competencia de salas de chat en línea en las que se paga por minutos; las chicas que se ponen frente a la cámara lo describen como una forma relativamente segura de trabajo sexual.

La jurisprudencia feminista radical, derrotada en el frente cultural, se aseguró un nicho más firme en los campus de los Estados Unidos. Durante las décadas de 1980 y 1990, el activismo litigante, las decisiones graduales de los tribunales y la intervención del poder ejecutivo se combinaron para ampliar las definiciones de acoso y agresión del Título IX, para aligerar la carga de la prueba de la denunciante y por aumentar la responsabilidad de la universidad⁵⁹. Activistas legales como MacKinnon y Anne Simon hicieron campaña sobre la necesidad de inclinar la maquinaria del Título IX en favor de las mujeres⁶⁰. Durante la década de 1990, el liderazgo de las campañas universitarias contra la violación fue asumido por sus partidarias o por mujeres –algunas bastante conservadoras, como Katie Koestner, la activista contra las violaciones sufridas tras una cita acordada,

⁵⁸ C. Vance, *Pleasure and Danger*, cit., p. xxxiv. «Las feministas coinciden en que la pornografía es sexista, cosificadora», decía Vance, pero, ¿por qué era peor el sexismo en el sexo que en cualquier otro ámbito? ¿Por qué luchar contra la industria del porno pero no contra el comercio nupcial (mucho más amplio)?

⁵⁹ En 1997, mientras la vida sexual de Bill Clinton era debatida por el Congreso, su Oficina de Derechos Civiles hacía público un mensaje bajo el epígrafe «Querido colega» advirtiendo que las universidades podrían estar violando el Título IX si no hacían frente a los comportamientos que creaban un «ambiente hostil» para las mujeres en el campus; el gobierno de Bush reiteró esa advertencia en 2001: Jacob Gersen y Jeannie Suk, «The Sex Bureaucracy», *California Law Review*, vol. 104, núm. 4, 2016.

⁶⁰ Carrie Baker, *The Women's Movement against Sexual Harassment*, Nueva York, 2008, p. 62.

que apareció en la portada de la revista *Time* en 1991— radicalizadas por la coacción sexual. Otras corrientes feministas —posestructuralista, interseccional, *queer*, verde, alter-globalización— se volcaron en otros temas, criticando el «esencialismo» de las feministas radicales. En cualquier caso, el proyecto legal subversivo-instrumentalista de esa tendencia no iba acompañado por ningún programa político-económico redistributivo; en ese sentido, era leal al paradigma estadounidense dominante.

4. EXPANSIÓN GLOBAL

Existe un mito generalizado de que el liderazgo feminista estadounidense puso los derechos de las mujeres en la agenda mundial, cuando lo cierto es lo contrario. El impulso inicial provino del bloque soviético y de los países no alineados del Tercer Mundo⁶¹. A principios de la década de 1970, mientras Washington afrontaba la derrota militar en Indochina, agravada por la recesión y la crisis política interna, los gobiernos de izquierdas africanos y árabes ocupaban coyunturalmente posiciones de vanguardia, flotando sobre la avalancha de petrodólares. En 1974 aquel «Grupo de los 77» utilizó su nueva mayoría en la Asamblea General de «un Estado — un voto» para impulsar la Declaración para un Nuevo Orden Económico Internacional, con la que los países en vías de desarrollo podrían, supuestamente, regular las actividades de las corporaciones multinacionales en su propio territorio, incluida la nacionalización de sus activos, con indemnizaciones que se resolverían de conformidad con la legislación del país nacionalizador. Naturalmente, esto era anatema para Estados Unidos, pero el bloque soviético prestó su apoyo al NOEI a cambio de los votos del G-77 para la agenda de distensión propuesta por Brezhnev.

En este contexto, la Asamblea General de las Naciones Unidas respaldó la propuesta de la Federación Democrática Internacional de Mujeres, dirigida por la Unión Soviética, de convocar un «año internacional de las mujeres» en 1975, que se coronaría con una conferencia mundial en Ciudad de México para planificar su plena integración en el nuevo orden económico⁶². Para Washington y el Departamento de Estado, la Asamblea

⁶¹ Cuestión en la que insistía G. Therborn en *Between Sex and Power*, cit., p. 76.

⁶² La Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM) era entonces la mayor red internacional de mujeres, con sucursales en más de un centenar de países. Aunque sus organismos oficiales en los países del COMECON eran extremadamente conservadores, las sucursales de la FDIM desempeñaron un papel importante en la organización de las mujeres en torno a cuestiones socioeconómicas en muchos países de África, América Latina y el subcontinente indio.

General de la ONU era en aquella década de 1970 un campo de batalla diplomático en el que el éxito se medía en términos de limitación de daños. Sus funcionarios participaron, como es lógico, en los preparativos para la conferencia de Ciudad de México, pero su prioridad en la política global de género seguía siendo el control de la población: en 1974 asignó un presupuesto de tres millones de dólares para una reunión de la ONU sobre planificación familiar, frente a los trescientos cincuenta mil asignados a la conferencia de mujeres de 1975⁶³. Ciudad de México fue sede de dos reuniones, estableciendo un patrón para el futuro: una conferencia oficial intergubernamental, marcada por la hipocresía y el postureo típico de tales ocasiones —las delegadas fueron elegidas por los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores para exhibir a sus primeras damas⁶⁴—, y un foro cultural paralelo que atrajo a una audiencia de seis mil personas a un programa de proyección de películas, bailes, oraciones (dirigidas por la Madre Teresa) y mesas redondas. Allí el ambiente era más radical; el movimiento de las mujeres estadounidense proporcionó el mayor contingente extranjero, aunque hubo notables participaciones de otros países de América; en aquel momento México era una tierra de asilo para los que huían de las dictaduras del Cono Sur. La oradora principal fue una indígena boliviana, Domitila Barrios, que había sobrevivido a una masacre de familias de mineros en huelga por fuerzas del gobierno respaldados por Estados Unidos, sólo para ser encarcelada y torturada; como consecuencia, sufrió un aborto espontáneo.

En el plenario oficial, la doble pieza central era un tratado declarativo de derechos, la *Convention on the Elimination of All Forms of Discrimination Against Women (CEDAW)*, y un Plan de Acción⁶⁵. Como ninguno de los dos eran vinculantes, los diplomáticos adoptaron el enfoque de «redacción acumulada, aplicación selectiva» e incluyeron propuestas de los tres bloques: el proyecto del G-77 para la emancipación de la mujer mediante el desarrollo socioeconómico, la insistencia del COMECON sobre la paz y el

⁶³ Deborah Stienstra, *Women's Movements and International Organizations*, Nueva York, 1994, p. 124.

⁶⁴ La hermana gemela del sah de Irán jugó un papel central, mientras que los mejores hombres y mujeres de su país estaban encerrados en las mazmorras de la SAVAK [Organización de Inteligencia y Seguridad Nacional]; entre las demás delegadas se hallaban la señora Marcos, la señora Rabin y la señora Sadat. La delegación soviética fue liderada por la primera mujer astronauta del mundo, como prueba de la afirmación de Moscú de que las mujeres en el bloque del socialismo de Estado ya disfrutaban de la igualdad, lo que al menos era estadísticamente cierto en términos de educación y empleo.

⁶⁵ CEDAW: Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra las Mujeres.

tema estadounidense de la no discriminación⁶⁶. El resultado era un documento poco manejable y repetitivo, de aproximadamente treinta y tres páginas, que desafiaba la política exterior estadounidense al pedir apoyo para las mujeres negras sudafricanas que sufrían el *apartheid* y las mujeres palestinas bajo la ocupación israelí; Estados Unidos votó contra esas propuestas⁶⁷. Concretamente, el Plan de Acción de México hacia un llamamiento a una «década internacional para la mujer y el desarrollo» a lo largo de las líneas del Nuevo Orden Económico Internacional, que se centraban en la salud, la educación y el cuidado infantil; cada país debía crear una oficina para seguir el progreso en esos frentes e informar a las conferencias de seguimiento celebradas en Copenhague (1980), Nairobi (1985) y Pekín (1995). Se estableció el esqueleto de un aparato de investigación feminista global, que contempló la creación de un centro de recogida de datos, el Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la promoción de la Mujer, y de un fondo voluntario, el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer, ambos vinculados a la sede de la ONU en Nueva York. El personal de la ONU convocó seminarios de «expertas» en temas de mujeres para establecer parámetros para los proyectos de investigación globales; las instituciones subsidiarias como la OIT y la FAO lanzaron sus propias encuestas. No fue hasta 1979, cuatro años después de la conferencia de México, cuando Estados Unidos realizó su giro feminista global. La Secretaría de Estado de Carter anunció en un telegrama de seis párrafos al servicio diplomático estadounidense que «un objetivo clave de la política exterior estadounidense es fomentar en todo el mundo el estatus y las condiciones de las mujeres»⁶⁸. El inicio oficial

⁶⁶ Hilary Charlesworth, «Women as Sherpas», *Feminist Studies*, vol. 22, núm. 3, otoño de 1996.

⁶⁷ Virginia Allan, Margaret Gale y Mildred Persinger, «World Conference of International Women's Year», en Anne Winslow (ed.), *Women, Politics and the United Nations*, Westport (CT), 1995, p. 41.

⁶⁸ «Telegram from the Department of State to All Diplomatic and Consular Posts», 327, National Archives, RG 59, Central Foreign Policy File, D790246-0969, 31 de mayo de 1979. La promoción del feminismo coincidía con la campaña de Carter a favor de los derechos humanos, razón de ser de la nueva ofensiva ideológica contra la Unión Soviética y señal de renovación ética en Estados Unidos después del Watergate. Carter convocó a una serie de feministas pertenecientes a los grupos de presión que trabajaban en Washington DC para formar un comité asesor, al tiempo que se le asignaba a la Oficina de Mujeres de la USAID, la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional, un presupuesto de diez millones de dólares con los que se financió la intervención estadounidense en la segunda Conferencia Mundial de las Mujeres celebrada en Copenhague en 1980: Karen Garner, «Global Gender Policy in the Nineties», *Journal of Women's History*, vol. 24, núm. 4, invierno de 2012. Pero como dejan claro los archivos, el gobierno de Carter dedicó mucha más atención a la cuestión del aumento de población a escala mundial que a los derechos de las mujeres.

del neoliberalismo globalizado se produjo unos meses después, cuando el presidente de la Reserva Federal de Carter, Paul Volcker, elevó los tipos de interés, desencadenando las crisis de la deuda del Tercer Mundo y los inminentes programas de ajuste estructural del FMI en la década de 1980, que rediseñarían las economías del Sur para la nueva era.

La eclosión de cien flores

A medida que se desplegaba la Década de las Mujeres de las Naciones Unidas, los foros no oficiales adquirieron vida propia. Como sucedió más tarde con los Foros Sociales Mundiales alter-globalización nacidos en Porto Alegre a principios de la década de 2000, se trataba de grandes y bulliciosas asambleas feministas en las que se daban acalorados debates internacionales y que ayudaron a forjar amistades duraderas y redes de contacto en medio del caos organizativo⁶⁹. A la reunión de Copenhague en 1980 asistieron ocho mil mujeres. En 1985 más de trece mil se reunieron en los jardines de la Universidad de Nairobi, la mayoría de ellas pertenecientes a organizaciones africanas oficiales de mujeres. Diez años después fueron alrededor de cuarenta mil las que acudieron al centro de conferencias a medio construir en Huairou, en las afueras de Pekín. Esas asambleas ayudaron, sin duda, a catalizar los movimientos opositores de mujeres que surgieron en todo el mundo a finales de la década de 1970 y durante la de 1980, notables por su variedad de formas e intereses. El activismo feminista floreció en India después del estado de emergencia (junio de 1975-marzo de 1977), dando lugar a una extraordinaria variedad de iniciativas: campañas, grupos de teatro callejero, revistas, reuniones estatales y nacionales. En Brasil, Argentina y Chile, se organizaron grupos vecinales de mujeres contra las dictaduras y cristalizaron tendencias feministas dentro de los grupos de estudiantes y partidos de izquierda. Los *encuentros feministas* latinoamericanos a escala de toda la región celebrados a lo largo de la década de 1980 estuvieron marcados por apasionados debates sobre la sexualidad, la raza y la

⁶⁹ Esto se debió en parte a la financiación de la fundación estadounidense, que firmó las invitaciones y financió los gastos de viaje. Después de la conferencia en Ciudad de México, los organizadores del foro extraoficial obtuvieron el respaldo de la Fundación Ford para establecer una oficina permanente, el International Women's Tribunal Center, también en Nueva York, que enviaba boletines informativos y se hizo cargo de las reuniones de la ONG en posteriores conferencias. Pero también cobraron vida redes internacionales no oficiales, notablemente la International Women's Information and Communication Service lanzado por Marilee Karl, que ayudó a promover las conferencias feministas socialistas internacionales de París y Ámsterdam en 1977.

clase⁷⁰. En China, el fermento democrático de la década de 1980 incluía corrientes feministas y se hablaba de desburocratizar la Federación de Mujeres de toda China, censurada por desviacionismo burgués durante la Revolución Cultural, pero resucitada por Deng Xiaoping después de 1978. Incluso en Japón, donde un impulso anterior de liberación de las mujeres nacido en el movimiento estudiantil revolucionario y las artes escénicas se había visto sofocado, la Década de las Naciones Unidas estimuló las protestas feministas. Esos movimientos autónomos eran a menudo muy críticos con respecto a los organismos oficiales establecidos en las conferencias de la ONU para seguir el progreso de las mujeres. Las feministas indias condenaron a su Comisión Nacional de Mujeres como elitista y burocrática, considerándola un peón en manos de los sucesivos gobiernos. En Nepal, la reina Aishwarya se nombró a sí misma directora del Consejo de Coordinación de los Servicios de la Mujer, cuya tarea principal era, según una crítica feminista local, la glorificación de Su Majestad y el control de los fondos de ONG extranjeras. En Kenia hubo quejas de que los hombres usaban a sus esposas para crear falsas organizaciones con las que obtener subvenciones del gobierno; de hecho, la cantidad de grupos registrados por el Buró de Mujeres se multiplicó por seis a lo largo de la década⁷¹.

Culturalmente, la influencia feminista internacional fluía en general del centro a las periferias, pero en ese recorrido se vio adaptada, apropiada y a veces expurgada. La década de 1980 contempló el despegue mundial del clásico estadounidense de la liberación femenina, *Our Bodies, Ourselves* (1970), que a finales de siglo se había publicado en más de veinte idiomas, por lo general omitiendo su crítica devastadora del tratamiento de las mujeres por la industria médica, así como sus capítulos sobre autoexamen y autoplacer sexual⁷². En otra dirección, Feminist

⁷⁰ Para un vívido relato de las reuniones feministas latinoamericanas, véase Alejandra Restrepo y Ximena Bustamante, *10 Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe: Apuntes para una historia en movimiento*, México DF, 2009.

⁷¹ Nuita Yoko, Yamaguchi Mitsuko y Kubo Kimiko, «The UN Convention on Eliminating Discrimination against Women and the Status of Women in Japan», en Barbara Nelson y Najma Chowdhury (eds.), *Women and Politics Worldwide*, New Haven (CT), 1994, p. 401; Shirin Rai, *Gender and the Political Economy of Development*, Cambridge, 2002, pp. 181-182; Meena Acharya, «Political Participation of Women in Nepal», y Maria Nzomo y Kathleen Staudt, «‘Man-Made Political Machinery in Kenya: Political Space for Women?», ambos en B. Nelson y N. Chowdhury, *Women and Politics Worldwide*, cit., pp. 485 y 420-421, respectivamente.

⁷² Kathy Davis, *The Making of Our Bodies, Ourselves: How Feminism Travels across Borders*, Durham (NC), 2007, pp. 52-58 [ed. cast.: *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, 1982]. Después de las ediciones italiana, danesa, francesa y japonesa en la década

Press, con el respaldo de Ford y Rockefeller, emprendió dos proyectos literarios enormemente ambiciosos, recopilando y traduciendo textos femeninos «perdidos» de India y África en ediciones en varios volúmenes, y publicando colecciones bilingües de poesía feminista española, francesa, alemana, italiana, flamenca, hebrea y vietnamita, desde la antigüedad hasta el presente, en la serie «Defiant Muse»⁷³.

Ajuste estructural con rostro femenino

El acceso al poder de Reagan no alteró apenas la política exterior «profeminista» del Departamento de Estado y Maureen Reagan, hija del presidente, dirigió el equipo diplomático de Estados Unidos en la Conferencia de Mujeres de 1985 en Nairobi⁷⁴. En aquel momento, las mareas internacionales eran favorables a Estados Unidos. La crisis de la deuda del Tercer Mundo había puesto de rodillas a muchos de los países miembros del G-77; en el Kremlin, Shevardnadze, partidario del apaciguamiento, había tomado el relevo de Gromyko, y los dirigentes de la OLP habían huido a Túnez. En la culminación de la Década de las Mujeres de las Naciones Unidas, el gobierno de Reagan logró finalmente un resultado diplomático aceptable para Estados Unidos. Ideológicamente se constataba una notable continuidad en los planes de acción aprobados por las tres conferencias celebradas entre 1975 y 1985, aunque en el momento de las «Estrategias de futuro» de Nairobi, el orden de los temas de los tres bloques se había invertido en silencio: la lucha contra la discriminación aparecía ahora a la cabeza, seguida por el desarrollo y la

de 1970, se publicaron adaptaciones del libro en Suecia, Grecia, los Países Bajos, España, Alemania, Israel y Egipto en la década de 1980; aparecieron traducciones en ruso, tailandés y mandarín en la década de 1990; en los idiomas de los Balcanes, armenio, polaco y coreano a principios de la década de 2000.

⁷³ La obra en dos volúmenes *Women Writing in India: 600 BC to the Present* (1991, 1993), editada por Susie Tharu y K. Lalita, fue elaborada por seis equipos universitarios que trabajaron durante siete años en nueve de los diecisiete idiomas principales del subcontinente; *Women Writing Africa*, en cuatro volúmenes (2003, 2005, 2007, 2008), organizado por regiones geográficas y supervisado por Tuzylina Jita Allan y Abena Busia, supuso quince años de trabajo; la Fundación Ford también patrocinó una serie contemporánea de «Women Writing Africa». El impulso para la recuperación de la historia cultural «perdida» como contribución al cambio de conciencia surgió de la experiencia anterior de Feminist Press de reimprimir obras estadounidenses como *Yellow Wallpaper* de Charlotte Perkins Gilman o *Daughter of Earth* de Agnes Smedley. Véase F. Howe, *A Life in Motion*, cit., pp. 364-365.

⁷⁴ Aunque Reagan, al igual que ahora Trump, hizo el gesto de reducir los fondos federales para las organizaciones de planificación familiar que mencionaban la palabra «aborto», el déficit se vio rápidamente compensado por los dólares provenientes de fundaciones filantrópicas.

paz⁷⁵. Lo más sorprendente era que, en medio del marasmo de la verbosidad de la ONU y las vacuas listas de deseos, las pocas medidas realmente factibles, que destacaban por su calidad acerada, provenían todas ellas del compendio neoliberal contra la discriminación: «mejorar el acceso de las mujeres al crédito», «promoción de la movilidad profesional de las mujeres», «horarios de trabajo flexibles para todos y todas»⁷⁶.

Sin embargo, las recetas para el «progreso de las mujeres» y las políticas neoliberales parecían condenadas a una colisión frontal. En muchos países del Tercer Mundo, la situación social y económica de las mujeres había empeorado drásticamente durante «su» década en la ONU. Los tipos de interés del 20 por 100 fijados por Volcker en la Reserva Federal reabsorbieron de nuevo hacia Estados Unidos el capital internacional, profundizando la recesión mundial y aumentando el coste de la deuda del Tercer Mundo denominada en dólares. A finales de la década de 1980, el pago de intereses a los bancos occidentales consumía el 25 por 100 de los ingresos latinoamericanos procedentes de la exportación y el 40 por 100 de los africanos; los salarios reales cayeron más del 30 por 100 en África, América Latina y el Caribe⁷⁷. Tanto la crisis de la deuda como su «solución», los programas de ajuste estructural del FMI, tenían un fuerte componente de género, anulando las frágiles mejoras de la década de 1970. En los niveles más bajos del empleo en el sector público las mujeres eran las primeras despedidas a medida que se reducía el gasto estatal. Los recortes en los subsidios al combustible y los alimentos implicaban que las mujeres del Tercer Mundo dedicaran más horas a la cocina y los cuidados para satisfacer las necesidades básicas; sus ingresos disminuyeron, su estatus sanitario y nutricional se deterioró, y su subordinación cultural se ahondó aún más bajo las «reformas» del FMI. La nueva maquinaria del feminismo global se estaba construyendo así sobre el empeoramiento de las condiciones de vida de las mujeres en gran parte del mundo.

⁷⁵ Los documentos también crecieron: el «Plan de Acción» de Ciudad de México (1975) ocupaba treinta y tres páginas, el «Programa de Acción» de Copenhague (1980) cincuenta y siete, y las «Estrategias prospectivas» de Nairobi (1985) ochenta y ocho, mientras que la «Plataforma para la Acción» de Pekín (1995) llegaba a las ciento treinta páginas.

⁷⁶ «The Nairobi Forward-Looking Strategies for the Advancement of Women», párrafos 115, 133 y 136.

⁷⁷ Commonwealth Secretariat, *Engendering Adjustment for the 1990s: Report of a Commonwealth Expert Group on Women and Structural Adjustment*, Londres, 1989, pp. 26-27.

Las economistas feministas del desarrollo, encargadas de informar sobre el progreso de las mujeres en la Conferencia de las Naciones Unidas de 1985, arremetieron contra los resultados del ajuste estructural del FMI y el Banco Mundial. El enfoque crítico propugnado por el grupo DAWN en sus talleres en Nairobi y en su folleto *Development, Crises and Alternative Visions*, fue un ejemplo destacado. DAWN era un colectivo de intelectuales de primera categoría, procedentes muchas de ellas del subcontinente indio, el Caribe y América Latina, que tomaron «las experiencias vividas por las mujeres pobres de todo el Tercer Mundo» como «la lente más clara para comprender los procesos de desarrollo» y sus aspiraciones «de un futuro libre de las múltiples opresiones de género, clase, raza y nación» como base para las nuevas estrategias feministas⁷⁸. Sin nombrar al capitalismo como sistema, DAWN arremetió contra la suposición del FMI-Banco Mundial de que los flujos libres de capital conducirían a una asignación óptima de los recursos. Por el contrario, las pequeñas empresas habían sido asfixiadas por la competencia de las multinacionales; los cultivos comerciales orientados a la exportación habían desplazado la producción nacional de alimentos; el empleo ofrecido por el sector informal en crecimiento era precario; para la pequeña proporción de mujeres empleadas en plantas de ensamblaje en las nuevas Zonas Económicas Especiales, los empleos eran de corta duración y sometidos a una disciplina laboral tiránica. Mientras tanto, la militarización intensificada dirigida por la Administración de Reagan y la desviación de fondos públicos hacia el gasto armamentista, tuvo efectos muy marcados por el género en términos de víctimas civiles y refugiados, al tiempo que fortalecía las ideologías conservadoras del machismo masculino y las mujeres «buenas» o «malas», amas de casa o putas⁷⁹.

⁷⁸ Gita Sen y Caren Grown, para DAWN, *Development, Crises and Alternative Visions: Third World Women's Perspectives* [1987], Londres y Washington DC, 1988, pp. 23, 9-10. DAWN (Development Alternatives with Women for a New Era) fue financiado por las agencias de ayuda exterior noruega, sueca y finlandesa, la Fundación Ford y el Secretariado de ONG de la ONU. Entre sus fundadoras estaban Devaki Jain (formada en Oxford), Gita Sen (Stanford), Peggy Antrobus (Amherst), Fatima Mernissi (Sorbonne, Brandeis), Rounaq Jahan (Harvard), Lourdes Arizpe (Universidad de Ginebra, LSE) y Achola Pala (Harvard). Muchas de ellas habían participado en 1977 en una conferencia internacional celebrada en el Center for Research on Women en Wellesley College, patrocinado por Ford y USAID, que produjo una colección histórica de textos sobre cuestiones de desarrollo feminista, canonizada en una edición especial de *Signs* y publicada posteriormente en Chicago: Wellesley Editorial Committee, *Women and National Development: The Complexities of Change*, Chicago, 1977.

⁷⁹ G. Sen y C. Grown, *Development, Crises and Alternative Visions*, cit., pp. 35, 61-73.

Las fundadoras de DAWN eran feministas socialistas o socialdemócratas, gandhianas o *marxisants*, cuyas propuestas a largo plazo apuntaban hacia la reforma agraria y un mayor control sobre las multinacionales. Sin embargo, sus demandas notablemente modestas a corto plazo permitían algún solapamiento con la agenda neoliberal ortodoxa. Su principal propuesta –aumentar la productividad de las mujeres en el sector informal ofreciéndoles un mayor acceso al crédito– era música celestial en los oídos del Banco Mundial. A principios de la década de 1990, los economistas feministas estaban empujando una puerta ya abierta: el «crecimiento para salir de la deuda» y el «ajuste con rostro humano» habían reemplazado las políticas deflacionistas de la era Volcker. Los programas del FMI habían derribado barreras que obstaculizaban los flujos de bienes y capital occidentales. Las ideas de Hernando de Soto para la titulización de propiedades de asentamientos informales y los planes de microcréditos de Muhammad Yunus estaban sentando las bases para la financiarización del Sur Global. En ese contexto, los llamamientos de las feministas socialistas en pro de la ayuda para el comercio informal o las pequeñas cooperativas, podían converger con los argumentos neoliberales de que las mujeres del Tercer Mundo suponían un recurso por explotar para el crecimiento del sector privado impulsado por el crédito. Los funcionarios del Banco Mundial y los organismos de ayuda exterior comenzaron a buscar proyectos que pudieran considerarse «orientados al género» en las evaluaciones de su propio trabajo. Cuando los fondos de los donantes comenzaron a fluir después de los programas de ajuste estructural del FMI, las ONG de mujeres fueron utilizadas para reemplazar a los antiguos servicios sociales estatales.

El «giro feminista» del Banco Mundial se argumentó basándose en razones puramente neoliberales: el «empoderamiento de las mujeres» impulsaría el crecimiento económico y podría ayudar a reducir las tasas de fertilidad⁸⁰. Pero el feminismo global también podía desempeñar un papel compensatorio o de distracción. En respuesta a las críticas que señalaban la «feminización de la pobreza» debida al ajuste estructural, o al enriquecimiento personal de los acreedores occidentales a expensas de los países africanos y latinoamericanos empobrecidos, el Banco Mundial

⁸⁰ Sophie Bessis, «International Organizations and Gender: New Paradigms and Old Habits», *Signs*, vol. 29, núm. 2, 2004. En la década de 1990 los argumentos de la Fundación Ford para apoyar la acción feminista global eran casi idénticos a los de Becker: el personal de la División Internacional de la Fundación Ford explicaba que la discriminación sexual suponía «una costosa restricción de la productividad», N. Kardam, *Bringing Women In*, cit., p. 100.

podía mostrar que, de acuerdo con su mandato, se preocupaba realmente por la pobreza y la desigualdad, al menos por la desigualdad de género. Desde principios de la década de 1990, el Banco hizo públicas una serie de pautas políticas, con las que instruía a sus funcionarios para que los programas nacionales identificaran las «barreras al crecimiento relacionadas con el género» y alentar a las mujeres a participar en la fuerza de trabajo asalariada para superar las «rigideces» e «ineficiencias», así como la «escasa producción» debida a la división del trabajo existente. Argumentaba que los programas de microcréditos tenían un historial comprobado de «empoderamiento» de las mujeres, que eran más responsables que los hombres en cuanto a satisfacer los pagos de intereses y más propensas a gastar cualquier ingreso adicional en sus hijos⁸¹. Las economistas feministas, encargadas por el Banco Mundial para que explorasen cómo afrontaban las dificultades las mujeres de las comunidades pobres, argumentaban que las políticas debían abordar las necesidades planteadas por las propias mujeres: electricidad, seguridad pública, agua, saneamiento, etcétera⁸². Sin molestarse en refutarlos, el Banco guardó esos informes y prosiguió, bajo la rúbrica de «empoderamiento de las mujeres», sus programas preferidos de fomento del sector privado: microcréditos, titulización de tierras, transferencias monetarias condicionadas o «inversión en capital humano», otra de las ideas de Becker, que esencialmente significaba alentar la educación de las niñas, financiada por agencias occidentales y administrada por ONG preseleccionadas⁸³.

Un programa global

Después de la victoria de Washington en la Guerra Fría, una serie de conferencias de la ONU ayudaron a obtener el consentimiento para una agenda socioliberal sobre el medio ambiente (Río, 1992), los derechos humanos (Viena, 1993), la población (El Cairo, 1994) y el género (Pekín, 1995). Con más vacilaciones, Estados Unidos y sus aliados avanzaron hacia el establecimiento de un sistema internacional de justicia penal,

⁸¹ Véase la retrospectiva en World Bank, «Integrating Gender into the World Bank's Work: A Strategy for Action», Washington DC, 2002.

⁸² Caroline Moser, *Confronting Crisis: A Comparative Study of Household Responses to Poverty and Vulnerability in Four Poor Urban Communities*, World Bank, Washington DC, 1996.

⁸³ Gary Becker, *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis with Special Reference to Education* [1964], New York, 1975, 2ª ed. Pierre Bourdieu, muy consciente del trabajo de Becker, desarrolló a partir de él los conceptos de capital social, cultural y simbólico: *La distinction: critique sociale du jugement*, París, 1979 [ed. cast.: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, 2012].

basándose en el modelo de los tribunales militares de posguerra utilizados en Nuremberg y Tokio⁸⁴. Un nuevo estrato de profesionales feministas globales encontró acogida en esos cónclaves de la ONU, donde los profundos bolsillos del grupo de presión de mujeres de Washington DC y su experiencia en el dominio de la confección de los acuerdos de las conferencias les daban cierta ventaja. WEDO, un comité dirigido por Bella Abzug y sus colegas, era uno de los mayores de la ONU. Aplicando tácticas perfeccionadas por el Congressional Women's Caucus en Washington, movilizó toda una falange de mil quinientas delegadas internacionales, que se convirtieron en una entidad semioficial en la ONU y desempeñaron un papel clave en la movilización de votos para las formulaciones estadounidenses en las «declaraciones mundiales» adoptadas en El Cairo y Pekín⁸⁵.

Cuando se reunió la Conferencia de Mujeres de Pekín en 1995, el triunfo diplomático de Estados Unidos era completo. Rusia, en manos de Yeltsin, apenas tenía voz en el escenario mundial; China, anfitriona de la conferencia, era una alumna entusiasta del nuevo orden internacional. Simbólicamente, la figura de Hillary Clinton reemplazó a la de Domitila Barrios como heroína de la conferencia. Desde un punto de vista discursivo, el enfoque antidiscriminatorio y la «incorporación a la corriente principal» habían vencido a las propuestas para la emancipación de la mujer mediante un orden socioeconómico más igualitario. En la Plataforma de Acción de Pekín, los Estados aprobaron «una agenda para el empoderamiento de las mujeres» que subrayaba «la importancia de la liberalización comercial y el acceso a mercados dinámicos abiertos» y afirmaba que «la familia es la unidad básica de la sociedad y como tal debe ser fortalecida»⁸⁶. Becker y Friedman debieron de

⁸⁴ A instancias de Washington, el Consejo de Seguridad de la ONU estableció el Tribunal Penal Internacional para Yugoslavia en 1993 y otro para Ruanda en 1995. Su estatuto acabó de establecerse en 1998, con Alemania y Canadá en los papeles centrales, y el TPI comenzó a operar en La Haya en 2003. Véase Tor Krever, «Dispensing Global Justice», *NLR* 85, enero-febrero de 2014; ed. cast.: «Impartiendo justicia global», *NLR* 85, marzo-abril de 2014.

⁸⁵ WEDO: Women's Environment and Development Organization [Organización de Mujeres para el Medio Ambiente y el Desarrollo]. Véase Suzanne Braun Levine y Mary Thom, *Bella Abzug: An Oral History*, Nueva York, 2007, pp. 261-267; Rosalind Petchesky, *Global Prescriptions: Gendering Health and Human Rights*, Londres, 2003, p. 70, n. 3. Petchesky también señala el papel del Center for Women's Global Leadership [Centro para el Liderazgo Global de la Mujer] de la Universidad de Rutgers, financiado por Ford, en la redacción de párrafos sobre violencia de género para la conferencia de Viena en 1993.

⁸⁶ «Plataforma de Acción» de Pekín, párrafos 1, 16, 29.

sentirse orgullosos. Dentro de aquel marco, la Plataforma de doce puntos señalaba objetivos estratégicos y propuestas de acción que cubrían prácticamente todas las esferas: económica (pobreza, medio ambiente, mujeres en la economía), política (derechos humanos, toma de decisiones, conflictos armados), social (educación, medios de comunicación, violencia de género, salud, niñas), con la notable excepción del sexo y la reproducción. De acuerdo con la tradición del Departamento de Estado, esas cuestiones eran tratadas por separado, bajo las directrices globales acordadas por la Conferencia de El Cairo de 1994 sobre la población.

Pasando por alto la verborrea, las cláusulas operativas de la Plataforma de Acción seguían la habitual lógica antidiscriminatoria: la integración de las mujeres en el orden capitalista global existente, apuntalada por la coerción. Los gobiernos acordaron rendir hipócritamente homenaje a la igualdad de género en toda una serie de medidas formales como el acceso igualitario, sobre el papel, a los mercados, los recursos, el empleo, el salario, la herencia, el crédito, la toma de decisiones políticas y la educación, así como la apelación a introducir una «perspectiva de género» en los programas económicos neoliberales, lo cual era respaldado por una serie de sugerencias de discriminación positiva para feminizar los estratos profesional y gerencial: medidas positivas para asegurar una «masa crítica» (30 por 100) de mujeres en el gobierno, los medios y la judicatura; promoción de las mujeres a juntas consultivas; un directorio mundial para los medios de mujeres «expertas»; capacitación en liderazgo y autoestima para las niñas. Las mujeres más pobres contarían con la ayuda de planes específicos de microcrédito y autoempleo, además de incentivos para promover su acceso a escuelas y universidades. Mientras tanto, se utilizarían medidas de justicia penal para combatir la violencia contra las mujeres: endurecer las sanciones penales, enjuiciar a los delincuentes, criminalizar la pornografía y hacer cumplir las leyes contra el acoso sexual. La asistencia social –refugios para mujeres maltratadas, vivienda, saneamiento, cuidados sanitarios, escuelas, transporte seguro, agua potable, subsidios para alimentos y combustible, obstetricia, guarderías– solo debía ser mejorada «según corresponda», expresión en clave para indicar que ello se hallaba «sujeto a restricciones presupuestarias», que era tanto como decir: en absoluto. Como sustituto se inducía a las ONG a colmar las lagunas⁸⁷.

⁸⁷ *Ibid.*, cap. IV.

La Plataforma de Acción se suavizó con sugerencias culturales levemente positivas: entrenar a los niños en habilidades domésticas, orientación profesional no discriminatoria, diversas representaciones en los medios de comunicación, libros de texto no sexistas y, por encima, de todo agendas para nuevas investigaciones: cómo medir el trabajo no remunerado de las mujeres, las causas de la violencia de género, las políticas sanitarias, los efectos de los riesgos tóxicos, sobre todo en las mujeres indígenas. El mecanismo para avanzar en todos esos frentes provenía directamente del manual de discriminación positiva: los Estados debían esforzarse en establecer objetivos para demostrar su buena fe, mientras los técnicos globales ideaban medidas para ayudar a seguir el progreso hacia ellos, todo acompañado por un modo de producción de datos, que también era una medida de compromiso ideológico (la última iniciativa mundial, Agenda 2030, tiene diecisiete metas y doscientos treinta indicadores para medir el progreso).

El Programa de Acción de El Cairo (1994) sobre la salud reproductiva de las mujeres seguía la misma lógica estratégica. Las feministas socialistas habían llegado a la conferencia con una poderosa crítica del control de la población característica del USAID y de los estragos causados por el ajuste estructural a la asistencia sanitaria. Sus propuestas alternativas de fertilidad integrada –aumento de recursos para la salud materna, aborto seguro y anticonceptivos sin restricciones, el fin de la esterilización forzada y de las pruebas perjudiciales– incluían demandas sociales y ecológicas más amplias. Pero tal como confesó una feminista estadounidense arrepentida, se produjo un gasto desproporcionado de energías en la lucha contra el conservadurismo religioso, mientras que fue mucho menor el esfuerzo contra la macroeconomía neoliberal, cediendo de hecho terreno a los programas de austeridad del FMI a cambio del apoyo estadounidense y europeo a los derechos sexuales⁸⁸. El resultado fue una Declaración, cuyo Preámbulo ofrecía una visión holística intachable de la salud y el desarrollo sostenible y lamentaba los efectos nocivos del ajuste estructural, mientras que las cláusulas operativas de su Programa de Acción dirigían la mayor parte de los fondos hacia programas anticonceptivos de acción

⁸⁸ Las feministas de la Women's Coalition se mostraron «reacias a presionar demasiado a las delegaciones de Estados Unidos y Europa sobre las cuestiones de recursos debido a la necesidad de contar con ellas como aliadas en la defensa de los derechos reproductivos y de salud sexual» frente a la alianza «fundamentalista» dirigida por el Vaticano, que incluía a las defensoras de la soberanía nacional y las tradiciones culturales: R. Petchesky, *Global Prescriptions: Gendering Health and Human Rights*, cit., p. 45; véanse también las pp. 40, 35.

prolongada e instaban a los gobiernos a mejorar la relación coste-beneficio de sus recursos, abrogar las regulaciones restrictivas y promover el sector privado. No se asignaron fondos para la atención sanitaria primaria, la supervivencia infantil, la obstetricia de emergencia o los servicios ambientales o sociales, como señalaba específicamente el Programa⁸⁹. La política feminista integradora de la reproducción se redujo a un apoyo decorativo a las compañías farmacéuticas y los partidarios de controles de población. Los objetivos numéricos para los implantes y las esterilizaciones –el polo opuesto al derecho de la mujer a elegir– seguían prevaleciendo en la política sobre el terreno.

Corteza endurecida

Aunque la influencia más notable fuera la del feminismo estadounidense convencional, la variante global difería en varios aspectos. En primer lugar, no existía un equivalente internacional de la maquinaria de derechos civiles respaldados por los tribunales de los Títulos VII y IX; los intentos nacionales de copiarlos carecían de la cultura litigante y la legitimación histórica que mantenían a flote el original estadounidense. En segundo lugar, el aporte neoliberal ha sido mucho más fuerte: los programas feministas globales son a menudo complementos de las políticas de desarrollo impulsadas por el capital: titulación de tierras, remoción de las áreas urbanas hiperdegradadas, reestructuración de la fuerza de trabajo y expansión del crédito. Hasta la fecha, la mayor parte de los recursos se han destinado a dos proyectos muy apreciados por el Departamento de Estado y por Wall Street: el control de la población y las microfinanzas, mediante asociaciones público-privadas con bancos y compañías farmacéuticas. En tercer lugar, existe un elemento inevitable de extranjería: los donantes llegan del exterior –Noruega, Suecia, Canadá, USAID– para evaluar proyectos potenciales con una mirada fría y lejana; los proyectos financiados por fundaciones, como las escuelas para niñas, a menudo se destacan del entorno local. A pesar de hablar de programas «propios» de los diversos países, se da por sentada la superioridad de los modelos occidentales, atrapando a las mujeres de Oriente Próximo y África entre las acusaciones de ser «títeres estadounidenses», por un lado, o de ceder al dominio local de los varones, por otro, y dando pábulo a las acusaciones patriarcales de «neoliberalismo» contra el feminismo como tal.

⁸⁹ Programa de Acción aprobado en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, El Cairo, 5-13 de septiembre de 1994, cap. XIII, secciones 13.15-13.17. De los 21,7 millardos de dólares previstos para 2015, 13,8 millardos debían gastarse en planificación familiar, 6,1 millardos en salud materna, 1,5 millardos en prevención del VIH-SIDA, y el resto en investigación.

En los albores del nuevo siglo había cobrado consistencia un espeso caparazón de burocracia feminista global. En el ámbito de las cumbres mundiales, las feministas activas en Washington DC, plenamente acomodadas en los corredores de la riqueza y el poder, redactaban los objetivos del «empoderamiento de las mujeres». Las instituciones financieras internacionales –Banco Mundial, FMI– ampliaban sus unidades forjadas en el feminismo convencional para asegurar que las medidas de globalización que imponían tuvieran en cuenta la agenda feminista⁹⁰. Contaban con el respaldo de un estrato internacional de profesionales feministas altamente cualificadas y educadas en Occidente, que mediaban entre las agencias de desarrollo, los «donantes» –funcionarias escandinavas de los servicios de ayuda exterior, fundaciones (Gates, Ford, Rockefeller), bancos de inversión y corporaciones (Walmart, Coca-Cola, Goldman Sachs)– y una jerarquía ahora mucho más homogeneizada de organismos internacionales, regionales y locales, que empleaban a cientos de miles de trabajadores y trabajadoras a tiempo completo en las ONG, muchas de ellas profundamente comprometidas con la causa. Esa era la infantería del feminismo global, cuya magnitud atestiguaba su creciente presencia. Por debajo de ellas estaban las mujeres «sobre el terreno».

El feminismo convencional afrontaba la oposición desde la derecha – los reductos del conservadurismo patriarcal teocrático, dirigido por el Vaticano y Riad–, pero también desde la izquierda, en la medida en que las investigadoras y activistas locales defendían una postura social más radical contra la «ongización»⁹¹. Como ocurría con el feminismo dominante en

⁹⁰ Esta ampliación burocrática se complementó con «intervenciones específicas», lo que quería decir apoyo financiero para proyectos singulares de determinadas ONG, algunos valiosos, otros superficiales: una escuela para niñas, una campaña de reparto de impresos con información sobre el SIDA, un curso de oratoria pública para candidatas al gobierno local, una encuesta sobre las necesidades de las mujeres del mercado, etcétera. Véase, por ejemplo, el folleto del Banco Mundial, «Gender Equality, Poverty Reduction and Inclusive Growth: 2016-23 Gender Strategy». Caren Grown, antigua miembro de DAWN, es ahora directora general para Asuntos de Género en el Banco.

⁹¹ Sobre América Latina, véase la discusión sobre el antagonismo entre las *ongistas* y el *movimiento* en Sonia Álvarez, «Latin American Feminisms “Go Global”», en Sonia Álvarez et al. (eds.), *Cultures of Politics, Politics of Cultures*, Boulder (CO), 1998; Ángela Ixkic Bastián Duarte, «From the Margins of Latin American Feminism», *Signs*, vol. 38, núm. 1, 2012; Mary García Castro, «Engendering Powers in Neoliberal Times in Latin America», *Latin American Perspectives*, vol. 28, núm. 6, 2001; Verónica Schild, «Feminism and Neoliberalism in Latin America», *NLR* 96, noviembre-diciembre, 2015 [ed. cast.: «Feminismo y neoliberalismo en América Latina», *NLR* 96, enero-febrero de 2016]. Sobre India, Nandini Deo, «Indian Women Activists and Transnational Feminism over the Twentieth Century», *Journal of Women's History*, vol. 24, núm. 4, 2012. A escala programática, la Indigenous Women's Network

Estados Unidos, sin embargo, su variante global gozaba de la ventaja de una amplia base filantrópica y de recursos procedentes de la ayuda al exterior, así como de un poderoso respaldo institucional. Al igual que en Estados Unidos, los grupos feministas existentes eran a menudo invitados a solicitar subvenciones por funcionarias inteligentes y comprensivas. Las investigadoras locales, cuidadosamente seleccionadas por las reclutadoras de las fundaciones, eran invitadas a reuniones internacionales con todos los gastos pagados, llevadas a visitar proyectos piloto en la región y alentadas a presentar programas similares, que serían dotados con amplios fondos⁹². Las activistas se convertían, a su vez, en funcionarias menores, con poco tiempo para los proyectos más radicales que todavía soñaban con emprender, al estar tan ocupadas en presentar informes y cumplir las formalidades legales con sus donantes. Los cientos de millones de dólares que éstos distribuían cada año a las redes de ONG en nombre de la igualdad de género eran insignificantes en comparación con los 44 millardos de dólares que la burocracia de la ONU gastaba anualmente en sí misma, por no hablar del presupuesto anual de un billón de dólares de la OTAN; pero superaba con creces lo que las feministas disidentes podían aportar de su propio tiempo y dinero.

En el extranjero, el historial sustancial de apoyo estadounidense a la igualdad de género internacional ayudó a bruñir su insignia de *sheriff* global. Las numerosas guerras de Washington desde la década de 1990 pudieron enarbolar la bandera de los derechos de las mujeres, mientras sus enemigos eran tildados de adversarios del feminismo⁹³. La revista *Time*

contraponía el concepto de «autodeterminación de las mujeres» a la «equidad de género» omnipresente en Pekín. El Programa de El Cairo fue atacado por su «populacionismo neoliberal» debido a las críticas feministas, incluidas la Women's Global Network for Reproductive Rights [Red Mundial de Mujeres por los Derechos Reproductivos], la Third World Network [Red del Tercer Mundo], el UBINIG Policy Research for Development Alternative [Centro de Investigación sobre Alternativas de Desarrollo] con sede en Daca y el Centre for Women, Population and the Environment [Centro para la Mujer, la Población y el Medio Ambiente]. Véanse, respectivamente, Karen Garner, «Global Gender Policy» y sobre El Cairo, R. Petchesky, *Global Prescriptions: Gendering Health and Human Rights*, cit., p. 47; Jael Silliman e Ynestra King (eds.), *Dangerous Intersections*, Cambridge (MA), 1999, pp. xi-xii.

⁹² Véase el informe detallado de las relaciones de las feministas chinas con la Fundación Ford en Lu Zhang, «Chinese Women Protesting Domestic Violence», *Meridians: Feminism, Race, Transnationalism*, vol. 9, núm. 2, 2009. El Zhongze Women's Law Center, fundado por Guo Jianmei, recibió 150.000 dólares anuales de Ford desde 1995 hasta su cierre por las autoridades chinas en 2016.

⁹³ Se afirmaba que el feminismo ocupaba un lugar destacado en el «conjunto de imágenes e ideas de Occidente en la mente de sus enemigos» que *The New York Review of Books* designaba como «occidentalismo» o «el credo de los revolucionarios

presentó la invasión de Afganistán como un día feliz para las mujeres: «el mayor espectáculo de liberación de masas desde la obtención del sufragio». Se esperaba cierta reciprocidad. «Las feministas, más que cualquier otra gente, deberían darse cuenta de que vale la pena defender a Occidente», postuló el editorial de un medio de comunicación estadounidense. La Fundación Ford exigió a las ONG de la región la adhesión a su declaración sobre el terrorismo⁹⁴. Las feministas estadounidenses se escindieron sobre la invasión: el Women's Caucus del Congreso le dio un apoyo casi unánime, y la Feminist Majority Foundation condujo a toda una serie de ONG al Afganistán ocupado por Estados Unidos. Por otro lado, Code Pink y Women in Black estaban entre los grupos más decididamente opuestos a la guerra y la invasión, *Meridians* elaboró un útil archivo de oposición a la Guerra contra el Terror y las feministas críticas produjeron un flujo impresionante de análisis antimilitaristas⁹⁵. Moralmente, al menos, el feminismo global dominante salió un tanto deslucido de su compromiso con las fuerzas de ocupación de la OTAN.

La jurisprudencia feminista-radical también encontró un lugar en el revoltijo imperial, haciéndose presente en el sistema internacional de justicia penal que floreció bajo el Nuevo Orden Mundial. El Tribunal Penal Internacional para Yugoslavia, establecido según el modelo de los tribunales militares de posguerra en Núremberg y Tokio, estaba expuesto a las mismas críticas: funcionaba como un juicio-espectáculo internacional en el que los vencedores de las grandes potencias se concedían impunidad y despreciaban los principios jurídicos de jurisdicción establecida y de «ninguna pena sin ley previa»; el Tribunal, en ausencia de legislación, creaba los delitos y los aplicaba retrospectivamente. El resultado de tales juicios no era la justicia, sino la «confirmación autorizada» de una

islamistas»: Ian Buruma y Avishai Margalit, «Occidentalism», *The New York Review of Books*, 17 de enero de 2002.

⁹⁴ Respectivamente: Nancy Gibbs, «Blood and Joy», *Time*, 26 de noviembre de 2001, y «The War, the West and Women's Rights», *Pittsburgh Post-Gazette*, 16 de diciembre de 2001, ambos citados en Carol Stabile y Deepa Kumar, «Unveiling Imperialism: Media, Gender and the War on Afghanistan», *Media, Culture & Society*, vol. 27, núm. 5, septiembre de 2005. Andrea Smith, «The NGOization of the Palestine Liberation Movement: interviews with Hatem Bazian, Noura Erekat, Atef Said, Zeina Zaatar», en *Incite!* (ed.), *The Revolution Will Not Be Funded: Beyond the Non-Profit Industrial Complex*, cit., p. 176.

⁹⁵ Entre esas colecciones cabe destacar las de Naeem Inayatullah y Robin Riley (eds.), *Interrogating Imperialism: Conversations on Gender, Race and War*, Basingstoke, 2006; Chandra Talpade Mohanty, Minnie Bruce Pratt y Robin Riley (eds.), *Feminism and War: Confronting US Imperialism*, Londres y Nueva York, 2008.

narración histórica deseada⁹⁶. En el caso de Yugoslavia, esto suponía consagrar a los Aliados como los defensores sin tacha de la paz, habiéndose debido las guerras de secesión únicamente a la «agresión serbia». Pudieron formularse acusaciones comparables en el caso de Ruanda y la actuación del Tribunal Penal Internacional, cuya jurisdicción excluye a las potencias occidentales bajo el principio de «complementariedad» y cuyas categorías legales —«agresión», «crímenes de lesa humanidad»— estaban notoriamente mal definidas

Pero la justicia selectiva y las leyes flexibles eran una ventaja para cierta tendencia del activismo legal feminista radical: «una oportunidad histórica», como dijo una abogada sobre las guerras yugoslavas⁹⁷. Los procesos y el propio TPI podían utilizarse con cierta facilidad para remodelar definiciones legales de los crímenes contra las mujeres, proporcionando modelos que podrían utilizarse en otros lugares, como sucedió en el caso *Akayesu* de 1998 en Ruanda, donde el Tribunal aceptó una definición más flexible de violación como «intrusión física de naturaleza sexual bajo condiciones coercitivas», lo que ya no implicaba necesariamente el coito forzado. Esto fue rápidamente seguido por iniciativas en California (2003)

⁹⁶ Sobre la «confirmación autorizada», véase Ronen Steinke, *The Politics of International Criminal Justice*, Oxford, 2012, p. 9, citado en T. Krever, «Dispensing Global Justice», cit., p. 69. «Una gran fiesta de linchamiento tras una fachada de legalidad» fue cómo Harlan Fiske Stone, entonces presidente del Tribunal Supremo estadounidense, describió los Juicios de Núremberg, *ibid.* p. 68.

⁹⁷ Catharine MacKinnon, *Are Women Human? And Other International Dialogues*, Cambridge (MA), 2006, p. 191. MacKinnon se sumergió con entusiasmo en la narrativa de «fiesta de linchamiento» del juicio sobre Yugoslavia como «linchamiento»: el «hecho» de la guerra fue la «agresión serbia», cuyo objetivo era el exterminio genocida de los no serbios; las violaciones serbias eran «a las violaciones cotidianas lo que el Holocausto para el antisemitismo cotidiano», p. 161. Aunque insistía en los determinantes extralegales de las relaciones de género, la polémica de MacKinnon excluía a todas las demás fuerzas y agencias sociales sobredeterminantes, que contribuyeron al desencadenamiento de la guerra. Fueron la crisis de la deuda y la austeridad del FMI características de la década de 1980 las que convirtieron en yesca el mosaico étnico de la Yugoslavia posterior a Tito, en la que grandes sectores de la población serbia vivían fuera de las fronteras del Estado serbio, precisamente para evitar que este dominara a las naciones más pequeñas en la Federación como había sucedido durante la década de 1930. Lo que avivó el fuego en 1991 fue el reconocimiento por parte de la UE de la secesión croata y eslovena, sin garantías creíbles de seguridad para las minorías serbias. Abandonados a la autodefensa, los enclaves serbios recurrieron a la «limpieza étnica», que pronto degeneró en atrocidades de represalia, violaciones y asesinatos en masa, para crear un corredor hacia la República Serbia. La Operación Tormenta, el contragolpe con respaldo de la OTAN, sirvió para efectuar una «limpieza» a mayor escala. Como insistía Amnistía Internacional en aquel momento, todos los bandos usaban la violación como arma.

e Illinois (2004) para incorporar esa definición revisada a la ley estatal. No importaba que el objetivo del Tribunal de Ruanda, como juicio-espectáculo internacional, fuera establecer una narrativa que sirviera de chivo expiatorio a los funcionarios de bajo rango, mientras amparaba a las potencias occidentales, sobre todo al gobierno de Clinton, que durante años había hecho la vista gorda ante la compra de armas y el entrenamiento militar del régimen de Habyarimana con fondos del FMI. Lo más sobresaliente desde el punto de vista de su culpabilidad es que Clinton bloqueó el envío de la misión de seguridad de la ONU dispuesta por los Acuerdos de Arusha, a pesar de las reiteradas advertencias efectuadas por el general Dallaire, el comandante de la misión, y también por la CIA, durante los meses anteriores a las masacres y las violaciones⁹⁸. No importaba, si el resultado podía ser que las abogadas feministas radicales modificaran la ley estadounidense a favor de las mujeres.

5. RESULTADOS

Casi veinticinco años después de la Conferencia de Pekín, ¿cuáles son los principales logros del feminismo global? El mayor logro, sin duda, ha sido un notable avance del conocimiento. La expansión de la recopilación de datos, los estudios de campo y los análisis comparativos rinden homenaje a la solidez del sistema universitario estadounidense. Fueron las diplomáticas estadounidenses las que presionaron para que la investigación fuera la plataforma central del programa de las Naciones Unidas desde el principio y los recursos de Estados Unidos ayudaron a llevarla a cabo: reuniendo un cuadro global de expertas, elaborando agendas sucesivas, incordiando a los gobiernos, etcétera. Cada imperio descubre la necesidad de información sobre las poblaciones que gobierna, pero hasta la fecha ninguno había ampliado la investigación a las cuestiones de género, a esta escala y con tal nivel de sofisticación. Ciertamente es que no ha sido un período de brillantez teórica comparable con el estallido de pensamiento original que supuso el movimiento de liberación de la mujer en la década de 1970; pero ello puede aplicarse a todos los ámbitos. También es cierto que los proyectos extraordinarios de recuperación cultural a escala mundial iniciados por Feminist Press se han desinflado

⁹⁸ Colette Braeckman, «New York and Kigali», *NLR* 9, mayo-junio de 2001; ed. cast.: «Nueva York y Kigali», *NLR* 9, julio-agosto de 2001. Sobre Akayesu, véase C. MacKinnon, *Are Women Human? And Other International Dialogues*, cit., pp. 238, 245, 319, 370. En sus escritos de la década de 1990 MacKinnon no dice ni una palabra sobre la violación y las graves acusaciones de acoso sexual contra Bill Clinton.

en gran parte. Las preocupaciones de los organismos financiadores han inclinado la investigación hacia el trabajo de las mujeres y los estudios de población; muestran menos curiosidad por la psicología, las estructuras domésticas, las prácticas religiosas, la política del cuerpo y el sexo; sin embargo, la investigación de género durante los últimos treinta años constituye un logro histórico.

El cambio social concreto atribuible a la agenda feminista global ha sido menos espectacular y se ha concentrado en gran medida en la cima de la pirámide social. Lo más significativo ha sido el aumento del número de mujeres jóvenes en la educación superior, debido en parte a la gran expansión de los sistemas universitarios en China, Oriente Próximo y América Latina. Aunque han sido duramente criticados por su implementación caótica y sus bajos estándares, existe la esperanza de que una mayor educación pueda ofrecer a decenas de millones de mujeres jóvenes un grado de autonomía y una ampliación de los horizontes sociales más allá de la familia patriarcal. En el frente político, la proporción total de mujeres en los parlamentos nacionales ha aumentado del 12 al 24 por 100 entre 1997 y el 2017, con algunos de los mayores incrementos registrados en América Latina (53 por 100 en Bolivia); el grado en que esas tribunas femeninas representan los intereses de las mujeres, una vez elegidas, es otro asunto. Ha habido una leve feminización de las elites globales: empresas, administración, política, cultura; mujeres de familias bien conectadas en África y Asia han desarrollado carreras formidables como profesoras, periodistas, abogadas, ministras, juezas. Existe una aceptación global más amplia del principio de igualdad de género.

Más allá de esto, el avance en la Plataforma de Acción ha sido más titubeante. El ritmo del cambio ha disminuido desde la conferencia de Pekín en las áreas de alfabetización femenina, la mortalidad materna y la finalización por las niñas de la escuela primaria, en comparación con décadas anteriores⁹⁹. Los niveles de pobreza han mejorado, en gran parte gracias a China, pero la tasa de desnutrición aumentó entre las mujeres pobres en India después de 1995¹⁰⁰. En promedio, la equiparación económica ha sido en gran medida un proceso de «nivelación hacia abajo» entre los varones, al disminuir su salario e irse erosionando el modelo del cabeza de familia,

⁹⁹ Tasas de alfabetización femenina y educación primaria: Datos del Banco Mundial; Margaret Hogan *et al.*, «Maternal Mortality for 181 Countries, 1980-2008», *The Lancet*, 8 de mayo de 2010.

¹⁰⁰ Pranab Bardhan, *Awakening Giants, Feet of Clay*, Princeton (NJ), 2010, p. 104.

lo cual propició que las mujeres, cuyo trabajo antes complementaba ocasionalmente el de sus maridos se convirtieran por defecto en el principal sostén del hogar en condiciones de un deterioro económico generalizado. En una encuesta tras otra, las mujeres confirman la pequeña ganancia neta de independencia personal que les aporta el trabajo asalariado, pero también su efecto limitado en las relaciones de género¹⁰¹. Los nuevos centros de fabricación para la exportación han ejercido un efecto de nivelación hacia abajo similar. Las *maquiladoras* del norte de México, la planta de Foxconn en Shenzhen, la industria de ropa confeccionada en Daca, obtuvieron encargos de exportación pagando salarios bajos a mujeres jóvenes rurales, bajo regímenes laborales altamente coercitivos; a falta de algo mejor, los jóvenes varones acabaron por aceptar las mismas condiciones y ahora son mayoría en muchas plantas. Las chicas de Foxconn obtenían a veces mayores ingresos trabajando en el sector hiperfeminizado del entretenimiento en Shenzhen¹⁰².

No existen series largas de datos a escala mundial sobre la violencia sexual y doméstica, pero están fuertemente correlacionados con el desempleo masculino, que es alto, y con las zonas de guerra, que se han ampliado. La presión de las ONG para que las leyes tipifiquen como delito la violencia doméstica ha tenido cierto éxito, pero con resultados contradictorios. La Ley Maria da Penha brasileña de 2006, por ejemplo, introdujo penas de prisión para quienes golpearan a sus esposas y encargó a las autoridades regionales la creación de tribunales especiales para investigar las denuncias (en lugar de los hogares de acogida financiados por los que los grupos de mujeres habían hecho campaña). Las feministas que siguieron su puesta en práctica informaron de un descenso en el número de agresiones registradas, ya que las mujeres dudaban en ver a sus maridos encerrados en las infames cárceles del país, con consecuencias

¹⁰¹ Buenos Aires, mujer trabajadora del textil: «Regresé a las seis o siete de la tarde y me encontré con que no había hecho nada; los niños no habían comido y estaban sucios. Le pedí que me ayudara, pero se puso violento; lo que más le enfadaba era que sus camisas no estuvieran planchadas». Kampala, hombre de 35 años: «La mayoría de los hombres quieren mujeres trabajadoras, no parásitos. Pero las mujeres deben llegar a casa a tiempo y satisfacer las necesidades de su marido»: respectivamente, Liliana Acero, «Women's Work in Brazilian and Argentinian Textiles», en Swasti Mitter y Sheila Rowbotham (eds.), *Women Encounter Technology: Changing Patterns of Employment in the Third World*, Londres, 1995; y Siri Lange, «When Women Grow Wings: Gender Relations in the Informal Economy of Kampala», Michelsen Institute, Bergen 2003.

¹⁰² Deng Yunxue, «Gender in Factory Life: An Ethnographic Study of Migrant workers in Shenzhen Foxconn», Tesis de master de la Hongkong Polytechnic University, 2012.

potencialmente desastrosas para las finanzas del hogar y sin asistencia económica estatal para ellas, cuando lo que querían era que los hombres dejaran de golpearlas¹⁰³.

Las políticas reproductivas del feminismo global también han conservado un apremio coercitivo. Las ONG se han concentrado en la supresión farmacéutica de la fertilidad, en lugar de desarrollar las condiciones sociales para la autonomía de las mujeres –educación, viajes e independencia económica–, que ayudan a que el control de la natalidad sea una opción positiva. La investigación de los gigantes farmacéuticos se centra en métodos de acción prolongada que no se pueden revertir sin la intervención profesional, poniendo el control en manos de paramédicos (principalmente hombres) en lugar de las propias mujeres. A pesar de los eslóganes proelección de los sitios web de la Federación Internacional de Planificación Familiar, en la práctica los objetivos numéricos siguen guiando los programas internacionales de control de la población. La reciente campaña Planificación Familiar 2020 realizada en sesenta y nueve países, respaldada por la Fundación Gates, planea «cubrir» a 120 millones de mujeres con implantes hormonales (Norplant, Sinoplant, Jadelle: pequeñas barras de progesterona, insertadas en el brazo) o inyectables (Depo Provera, Noristerat: inyectados profundamente en los músculos glúteos para su liberación lenta). Aunque se comercializan como reversibles, los efectos secundarios pueden incluir un retorno de la fertilidad largamente retrasado, irregularidades menstruales, dolores de cabeza, trombosis, aumento de peso, pérdida de densidad ósea y depresión. El objetivo en Nigeria para 2020 es cubrir a otros 13,5 millones de mujeres; en India, a 48 millones¹⁰⁴. El control de la natalidad sustituye a la atención sanitaria primaria en el empobrecido norte de Nigeria, donde la proporción de médicos es de 0,4 por 1000. En India la forma más frecuente de anticoncepción sigue siendo la esterilización, aplicada a más del 70 por 100 de las «usuarias», la cual consume el 85 por 100 de los fondos de planificación familiar. En Rayastán, Andhra Pradesh y Uttar Pradesh, las campañas masivas dirigidas principalmente a comunidades musulmanas, dalit y tribales, utilizan incentivos en efectivo para cumplir con las cuotas estatales y la operación se realiza en condiciones peligrosamente insalubres. Las tasas de esterilización femenina también

¹⁰³ Silvia de Aquino, «Organizing to Monitor Implementation of the Maria da Penha Law in Brazil», en Mulki Al-Sharmani (ed.), *Feminist Activism, Women's Rights and Legal Reform*, Londres, 2013.

¹⁰⁴ Véanse los documentos clave de cada país en el sitio web de Family Planning 2020, www.familyplanning2020.org.

son muy altas en Brasil (42 por 100) y China (45 por 100). Los abortos clandestinos son una causa común de mortalidad materna en América Latina y África Occidental, especialmente entre las adolescentes¹⁰⁵.

Los microcréditos han constituido la principal política de «empoderamiento» del feminismo global en las economías informales del mundo en vías de desarrollo, donde las leyes de igual salario y la normativa antidiscriminatoria son prácticamente inútiles. El modelo fue iniciado en Bangladesh por Muhammad Yunus y el Banco Grameen. Los préstamos a trabajadores pobres eran arriesgados, debido a las altas tasas de incumplimiento, pero Yunus descubrió que sus esposas podían ser «más fáciles» de manejar, más dóciles y susceptibles a la presión de las compañeras. La plantilla de Grameen se basaba en un grupo de prestatarias en cada aldea, que asumía la responsabilidad solidaria por los préstamos individuales de sus miembros: si las más pobres dejaban de pagar todas perderían el acceso al crédito. Las mujeres pagarían una tarifa de afiliación y demostrarían su disciplina fiscal llevando pequeños depósitos de ahorro a las reuniones semanales durante cierto tiempo antes de que se les permitiera solicitar un préstamo, de 20 dólares más o menos, reembolsable en un año con un tipo de interés fijo de alrededor del 20 por 100. Fue en los microcréditos donde el feminismo global y las finanzas globales se unieron para crear una nueva «frontera *subprime*» valorada en 100 millardos de dólares: «Lucha contra la pobreza, rentablemente», como le gusta decir a la Fundación de Bill y Melinda Gates¹⁰⁶. La lógica era la de la discriminación positiva en el sector privado: un pequeño

¹⁰⁵ R. Petchesky, *Global Prescriptions: Gendering Health and Human Rights*, cit., pp. 199, 207, 216; para India, véase también «For sterilization, target is women», *The New York Times*, 7 de noviembre de 2003; para Brasil, Sérgio Luiz Gonçalves de Freitas, «Brazil: Contraception, Abortion and Population Planning», en Robert Francoeur (ed.), *International Encyclopaedia of Sexuality*, Nueva York, 1997-2001; para China, Makoto Atoh, Vasantha Kandiah y Serguey Ivanov, «The Second Demographic Transition in Asia? Comparative Analysis of the Low Fertility Situation in East and Southeast Asian Countries», *Japanese Journal of Population*, vol. 2, núm. 1, marzo de 2004, p. 60.

¹⁰⁶ «¡El crédito es un derecho humano!» era el lema de Yunus, que actualizaba el del siglo XIX: «El libre comercio es Jesucristo». Véase Philip Mader, *The Political Economy of Microfinance: Financializing Poverty*, Basingstoke, 2015, pp. 4, 10, 61-62. A medida que proliferaban los actores en el sector, las instituciones de microcrédito se volvieron más agresivas, provocando rebeliones de los deudores. En Bolivia, quienes protestaban contra la deuda tomaron rehenes en la Superintendencia de Bancos y negociaron reducciones. Hubo huelgas por el pago de plazos en Lahore en 2008 y surgió un movimiento No Pago en Nicaragua en el que participaron diez mil personas. La campaña de las Víctimas del Microcrédito marroquí obligó a cerrar las oficinas financieras locales en 2011, *ibid.*, pp. 70-72.

crédito ayudaría a la cestera de un pueblo o a la costurera de un poblado chabolista a convertirse en microempresaria, elevando el nivel de vida de su familia y, tal vez, generando nuevos empleos, mientras paga un buen rédito a su acreedor.

Pero las pruebas de cualquier efecto emancipador para las mujeres pobres son escasas. De acuerdo con el modelo original de discriminación positiva, las principales beneficiarias de los microcréditos en Bangladesh han sido mujeres de la pequeña burguesía rural, que envían a sus sirvientas a las reuniones semanales y con frecuencia utilizaban los créditos para convertirse ellas mismas en prestamistas, obteniendo una ganancia limpia. Las mujeres más pobres se esforzaban por pagar a tiempo las cuotas, a menudo pidiendo prestado a una ONG para pagar a otra. «En cuanto consigues un préstamo, comienza la preocupación: ¿cómo vas a pagar? Cada día que pasa tu situación es más tensa. Si te retrasas, vienen los miembros del grupo y te acosan. El representante local de la ONG te hostiga. Nuestros esposos, cuñados y suegros se enfadan con nosotras; sufrimos presión de todos lados»¹⁰⁷. Hay muchas pruebas episódicas de maridos que se han gastado el préstamo y luego descargan su enfado sobre su esposa o la golpea si no consigue otro crédito. Las altas tasas de reembolso demostraron ser una prueba de la vulnerabilidad social de las mujeres de las aldeas; bajo sus esfuerzos desesperados por evitar el incumplimiento subyacía la amenaza de la vergüenza o la tiranía doméstica¹⁰⁸. El microcrédito reproducía y fortalecía las relaciones de género existentes en lugar de modificarlas. Una mujer de El Cairo se quejaba amargamente de que cuando comenzó a limpiar verduras para venderlas en las tiendas locales, su esposo había

¹⁰⁷ Véase la excelente etnografía crítica de Lamia Karim, *Microfinance and Its Discontents: Women in Debt in Bangladesh*, Minneapolis (IN), 2011, pp. 198-99, 54-55, 88-89. Como señala Karim, buena parte de la literatura «académica» sobre microfinanzas es producida por autoras a sueldo de las instituciones: pp. 67-68.

¹⁰⁸ Juliet Hunt y Nalini Kasynathan, «Pathways to Empowerment? Reflections on Microfinance and Transformation in Gender Relations in South Asia», *Gender and Development*, vol. 9, núm. 1, marzo de 2001. Las pruebas sobre la relación entre las microfinanzas y la violencia contra las mujeres son ambiguas. Un estudio etnográfico independiente del impacto del Banco Grameen en una aldea de Bangladesh encontró que de ciento veintinueve prestatarias, el 18 por 100 informaba de una disminución en la violencia masculina, mientras que el 70 por 100 dijo que había aumentado como resultado de su relación con el banco: Aminur Rahman, *Women and Microcredit in Rural Bangladesh: An Anthropological Study of the Rhetoric and Realities of Grameen Bank Lending*, Dacca, 1999, citado en el resumen de Naila Kabeer, «Is Microfinance a “Magic Bullet” for Women’s Empowerment?», *Economic & Political Weekly*, 29 de octubre de 2005.

intervenido, diciendo que él podía venderlas al por mayor a los comerciantes del mercado: «Simuló que me ayudaría; ahora él tiene el control de todo el negocio, de modo que no solo le sirvo a él y a sus hijos, sino que soy una obrera en su pequeña fábrica de pepinillos»¹⁰⁹.

6. FUERZAS CONTRAPUESTAS

¿Por qué son tan decepcionantes los resultados de tanto esfuerzo y tan sesgados los beneficios hacia la clase media-alta? Las limitaciones del proyecto feminista global están inscritas en parte en su modelo estratégico: «incorporar a las mujeres a la corriente principal» del orden existente, sobre todo a los estratos empresariales y profesionales. Pero ese propio orden ha ido cambiando. Las mismas estructuras e instituciones que han venido apoyando al feminismo global han lanzado también diseños contrapuestos de gran fuerza y alcance. La privatización –desde la titulación de tierras en el este de África hasta los bienes raíces en China o las recompras de acciones mediante la flexibilización cuantitativa en Wall Street– ha acumulado generalmente los activos en manos de varones ricos, beneficiándose las esposas-florero únicamente como tales (las reglas antidiscriminatorias nunca se han aplicado a la propiedad, donde las restricciones son impensables dentro de ese modelo). El sector público, pese a todos sus problemas, ha sido históricamente un aliado a escala mundial para las mujeres. Globalmente, es ahí donde se encuentra la mayoría de los empleos no discriminatorios, así como las mayores prestaciones parentales (excedencia laboral, subsidios, etcétera). El apoyo material que puede ofrecer –vivienda segura, casas-refugio para mujeres maltratadas, cuidado de niños gratuito– proporciona la alternativa más amplia a las relaciones domésticas opresivas.

Los sectores públicos vaciados, contraídos y degradados por las mismas autoridades que esgrimen sus credenciales global-feministas y azotados por las oleadas de austeridad procíclicas del capitalismo espasmódico, han venido devolviendo las responsabilidades del trabajo reproductivo al hogar privado, donde –como en el caso del cierre de las guarderías anejas al lugar de trabajo en China a finales de la década de 1990– vuelven a llevar la marca del género. Las mujeres de los asentamientos precarios

¹⁰⁹ Imam Bibars, «Gender and Poverty in Egypt: Do Credit Projects Empower the Marginalized and the Destitute?», en Sylvia Chant (ed.), *The International Handbook of Gender and Poverty: Concepts, Research, Policy*, Cheltenham, 2010, pp. 584-585.

informales mencionan la falta de infraestructuras sociales como causa principal de su temor a la violencia, que las hace recluirse en el hogar, especialmente cuando oscurece: «Al caer la noche se oye el ruido de disparos y carreras»¹¹⁰. Las trabajadoras del sector textil de Dacca describen su larga caminata a casa por caminos oscuros, por falta de transporte público: «Puedo sentir mi corazón latir en mis oídos. Camino muy rápidamente para que ningún hombre pueda infligirme daño»; o bien: «Aunque vayamos en grupo, sentimos miedo. Todo puede suceder»¹¹¹. En ausencia de servicios y asistencia social, las relaciones familiares y de parentesco brindan a menudo el único respaldo para bandearse en la economía informal y frente a la burocracia autoritaria en barrios abarrotados y de bajos ingresos, desde El Cairo hasta Yakarta. Al mismo tiempo, reproducen, en forma éticamente legitimada, las condiciones de dependencia y subordinación de género: el desinterés, el trabajo no remunerado y la asunción de responsabilidades domésticas sin quejarse, siguen siendo las características definitorias de una hija obediente, una madre amorosa o una buena esposa¹¹².

Las privatizaciones regresivas desde el punto de vista del género interactúan con cambios seculares más amplios: la expansión global de las economías informales y de los sectores de servicios. La economía informal está de por sí muy marcada por el género, la brecha salarial es más amplia y las divisiones del trabajo basadas en el sexo están arraigadas aún más profundamente que en el empleo formal. En los barrios chabolistas y las favelas que han proliferado con la urbanización del Tercer Mundo, las jóvenes que se habían trasladado con sus maridos desde el campo improvisaban versiones a pequeña escala de las tareas tradicionales del hogar –limpieza, lavandería, cuidados de belleza, cocina y venta de comida en la calle–, cuando los salarios de los hombres con un empleo informal resultaban insuficientes. Cuando las tasas de crecimiento y los niveles de empleo formal cayeron desde la década de 1980 en adelante, lo provisional se convirtió en semipermanente y el trabajo remunerado servía simplemente para reproducir la división del trabajo por género, con los papaitos y el sexo mercantilizado como extensión

¹¹⁰ Declaraciones de una filipina en el metro de Manila; sus temores encuentran eco entre las mujeres de Lusaka y Guayaquil: C. Moser, *Confronting Crisis: A Comparative Study of Household Responses to Poverty and Vulnerability in Four Poor Urban Communities*, cit., p. 71.

¹¹¹ Syeda Sharmin Absar, «Women Garment Workers in Bangladesh», *Economic & Political Weekly*, vol. 37, núm. 29, julio de 2002.

¹¹² Diane Singerman, «Restoring the Family to Civil Society: Lessons from Egypt», *Journal of Middle East Women's Studies*, vol. 2, núm. 1, invierno de 2006.

lógica¹¹³. En las ciudades en crecimiento de África y el sudeste asiático se desarrollaron patrones similares.

En el mundo capitalista avanzado, y sobre todo en Estados Unidos, las pautas del paradigma antidiscriminatorio son claramente visibles en la pirámide sesgada y racializada del avance de género. La ideología oficial de la igualdad y la realidad de las ganancias relativas de las mujeres sirvió para neutralizar y despolitizar las relaciones de género, mientras la industria cultural generaba visiones tranquilizadoras de satisfacción privatizada dentro de la familia estadounidense moderna, que ahora ya no tenía que ser necesariamente heterosexual o blanca. Entre las capas profesionales, el 15 por 100 más alto, la brecha de género en salarios y estatus casi se había cerrado en la década de 1990, aunque el progreso se estancó a partir de entonces¹¹⁴. La anticoncepción casi universal cortó el vínculo entre las relaciones sexuales y el embarazo, estirando los años sin hijos hasta la edad madura y ayudando a abrir un espacio sin precedentes para la experimentación fluida de género y para la identidad de las mujeres desvinculada de la maternidad; entre las mujeres con educación universitaria, la tasa de fecundidad total cayó a niveles inferiores al reemplazo¹¹⁵. La llegada de un bebé en un contexto de cuidados infantiles y alojamiento privatizados marcaba a menudo una brusca recaída en las diferencias de clase y de género, cuando las circunstancias socioeconómicas coadyuvaban a reproducir la división del trabajo prevaleciente en la familia nuclear. Pero para el 15 por 100 más rico, esto se suavizó con

¹¹³ Marcela Cerrutti y Rodolfo Bertoncello, «Urbanization and Internal Migration Patterns in Latin America», Centro de Estudios de Población, Argentina, 2003; «Women, Slums and Urbanization», Centre on Housing Rights and Evictions, Ginebra, 2008.

¹¹⁴ Paula England, «The Gender Revolution: Uneven and Stalled», *Gender and Society*, vol. 24, abril de 2010. Desde la década de 1970, las mujeres estadounidenses entraron en profesiones que antes eran consideradas masculinas –administración, derecho, medicina, enseñanza universitaria– y ahora constituyen prácticamente la mitad de los nuevos graduados; en 1960, la cifra era apenas del 5 por 100.

¹¹⁵ En las encuestas, entre el 3 y el 6 por 100 de las mujeres estadounidenses de entre 18 y 44 años se reconocen lesbianas y entre el 2 y el 5 por 100 de los hombres, homosexuales, con cifras más altas (5-7 por 100) entre los 20 y los 30 años: Gary Gates, «LGBT Demographics: Comparisons among Population-Based Surveys», Williams Institute, UCLA, septiembre de 2014. Los hogares del mismo sexo ahora representan el 0,5 por 100 del total en Estados Unidos, estando más de una cuarta parte de sus componentes (131.729 de 646.464) legalmente casados; un tercio de los hogares de lesbianas incluyen niños, al igual que un quinto de los hombres homosexuales. Véase Timothy Homan y Frank Bass, «Number of Same-Sex Households Jumped 80 per cent since 2000», *Bloomberg News*, 28 de septiembre de 2011; Stephanie Coontz, *Marriage, a History*, Nueva York, 2005, p. 275.

la llegada de un nuevo estrato de trabajadoras domésticas, excluidas de la ley antidiscriminatoria, que explota la brecha salarial global a través de «cadenas de cuidado» que atraviesan el océano¹¹⁶. Las normas éticas —el sentido cargado de género de una «buena» identidad— experimentaban menos cambios; podría decirse que tanto las responsabilidades familiares privatizadas como las autorrepresentaciones cargadas de género favorecidas por las redes sociales servían para intensificarlas y reproducirlas.

Para la gran mayoría de ingresos medios, alrededor del 60 por 100 de los estadounidenses, el cambio ha ido en la dirección opuesta: la brecha de género se redujo principalmente mediante una nivelación hacia abajo del salario y las condiciones de trabajo de los hombres, mientras que las mujeres mejoraron marginalmente¹¹⁷. El trabajo segregado por sexo todavía prevalece en grandes áreas de la economía de ingresos medios: construcción, transporte, mantenimiento, venta al por menor, comida rápida, el sector de cuidados y trabajo de oficina. En el trabajo en el sector servicios —«trabajo afectivo»—, la ultrafeminidad puede proporcionar una ventaja competitiva, pero conlleva costes más elevados en acoso sexual. El espacio neutro para el género que las mujeres con educación universitaria han conquistado gracias a la anticoncepción universal, estudios prolongados y una mayor independencia económica, es mucho más reducido en este

¹¹⁶ La «cadena» depende en última instancia del trabajo femenino no remunerado: las trabajadoras domésticas estadounidenses ganan quizá setecientos cincuenta dólares al mes, enviando cuatrocientos a casa, de los que unos cincuenta pueden servir para pagar a las sirvientas que ayudan a cuidar a sus hijos y a su esposo en casa, mientras que los hijos de esas criadas pueden ser atendidos por una hermana o pariente no remunerados, o simplemente acompañarlas: Arlie Russell Hochschild, «Love and Gold», en Hochschild y Barbara Ehrenreich (eds.), *Global Woman: Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Londres, 2003, p. 18. Ello implica un pronunciado *déclassement*: «Por supuesto que no éramos tan ricos en Filipinas, pero teníamos *maids*», recordaba una filipina educada en la universidad cuando llegó a servir en un hogar estadounidense, donde la señora de la casa le proporcionó una fregona y un balde ante los que reconoció que no tenía idea alguna de cómo usarlos: Rhacel Salazar Parreñas, *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*, Stanford (CA), 2001, p. 150.

¹¹⁷ Entre 1973 y principios de la década de 2000, el ingreso real aumentó el 21 por 100 para los estadounidenses con un título de posgrado, pero disminuyó el 4 por 100 para quienes sólo tenían el título de licenciado, el 13 por 100 para quienes no terminaron los estudios universitarios, el 26 por 100 para quienes habían concluido la enseñanza media, y el 38 por 100 para aquellos que no terminaron ésta. Datos de la Bureau of Labor Statistics, citados en Michael Kimmel, «Boys and School: Background Paper on the “Boy Crisis”», Informe del gobierno sueco SOU 2010: 53, Estocolmo 2010, p. 15. Para las mujeres: Francine Blau y Lawrence Kahn, «Swimming Upstream: Trends in the Gender Wage Differential in the 1980s», *Journal of Labor Economics*, vol. 15, núm. 1, 1997.

ámbito. En los «otros» Estados Unidos, desde Nuevo México y Arizona hasta la Cuenca del Misisipi, los Apalaches y los estados de las Grandes Praderas, la edad media para el primer parto de una mujer es de alrededor de 22 años, frente a 28 en la Costa Este; las tasas de fertilidad son un 25 por 100 más altas¹¹⁸. En todas las categorías raciales, las jóvenes de familias con ingresos medios están menos habituadas a usar anticonceptivos sistemáticamente que las de capas profesionales, y si quedan embarazadas, tienen menos probabilidades de abortar, ya sea porque los costes de oportunidad de tener un bebé son más bajos, porque las ventajas de la maternidad parecen más atractivas, o bien debido a creencias religiosas, falta de instalaciones al efecto o ausencia de intervención de los padres, algo que se ha convertido en una característica notable de las chicas criadas en hogares de la clase media-alta¹¹⁹. El cuidado de los niños es más probable que recaiga en parientes no remunerados –así es en casi la mitad de los niños estadounidenses menores de cinco años con madres que trabajan– con otra fracción a cargo de una niñera o de hogares de infancia¹²⁰. Si bien la financiarización ha traído una mayor riqueza para los estratos profesionales, en buena medida significa deudas y ansiedad en las familias menos acomodadas. Los varones han visto sus empleos degradados; las mujeres están trabajando demasiado, al tiempo que siguen siendo las primeras en atender los problemas de salud y las crisis vitales de una familia extensa, a lo largo de una recesión que dura ya dieciocho años. Hay una tasa de ruptura mucho más alta entre las parejas –26 por 100, frente al 13 por 100 para las que tienen títulos universitarios–, que mencionan el estrés laboral y la falta de tiempo como la causa principal: los hombres se quejan de que las mujeres llegan a casa tensas e irritables, las mujeres de que los hombres aportan muy poco en las tareas domésticas y el cuidado de los niños, y unos y otras de que su pareja se enoja fácilmente, es demasiado crítica o malhumorada, o simplemente no habla¹²¹.

¹¹⁸ T. J. Mathews y Brady Hamilton, «Delayed Childbearing: More Women Are Having Their First Child Later in Life», US Dept of Health and Human Services, National Center for Health Statistics Data Brief 21, agosto de 2009, pp. 3-4; Ron Lesthaeghe, «The Unfolding Story of the Second Demographic Transition», *Population and Development Review*, vol. 36, núm. 2, junio de 2010.

¹¹⁹ Paula England, Elizabeth Aura McClintock y Emily Fitzgibbons Shafer, «Birth Control Use and Early, Unintended Births», en Marcia Carlson y Paula England (eds.), *Social Class and Changing Families in an Unequal America*, Stanford (CA), 2011, pp. 23, 29-32; sobre la intervención de los padres, *ibid.* p. 14.

¹²⁰ US Census Bureau, «Who's Minding the Kids? Childcare Arrangements: Spring 2011», Washington DC, 2013.

¹²¹ Andrew Cherlin, «Between Poor and Prosperous: Do the Family Patterns of Moderately Educated Americans Deserve a Closer Look?», en M. Carlson y P. England (eds.), *Social Class and Changing Families in an Unequal America*, cit., pp. 79-80.

Para los sectores más pobres, desproporcionadamente gente de color, la guerra de Nixon contra el crimen nunca se ha detenido. Lo más destacable en la sucesión de medidas punitivas fueron los proyectos de ley de Bill Clinton, que recaían con más dureza sobre las madres solteras afroamericanas, y la criminalización de la violencia doméstica, arrebatando a las mujeres de comunidades precarias, como las latinas indocumentadas, cualquier protección viable. Los beneficios económicos para las mujeres afroamericanas de clase obrera eran proporcionalmente mayores que para los varones: atrapadas en la servidumbre doméstica como gueto ocupacional en el período de posguerra, salieron furiosamente de ella desde la década de 1970 para ocupar puestos en los servicios públicos de sanidad y educación, hecho matizado precisamente por el deterioro desproporcionado de la situación de los hombres negros de clase obrera y las consiguientes cargas prácticas y psicológicas que impone a las mujeres negras en condiciones de atención social privatizada¹²².

7. NUEVOS MOVIMIENTOS

Así, pues, el modelo feminista convencional se había agotado, incluso en sus feudos más consolidados, como solución para los problemas de las mujeres con ingresos medios, por lo que muchas de ellas se negaron a respaldar a Clinton en 2016 y acabaron votando a Trump. A escala mundial, ése fue el contexto en el que comenzaron a agitarse los nuevos feminismos. ¿En qué medida desafían, trascienden o reproducen el paradigma hegemónico? ¿Son realmente autónomos con respecto al orden mundial ahora ligeramente feminizado de las corporaciones multinacionales, las entidades burocratizadas «sin ánimo de lucro» y las potencias de la OTAN? Cualquier respuesta definitiva sería prematura: toda la escena es muy lábil, las protestas son por naturaleza efímeras y los cambios de conciencia no pueden registrarse a esta escala. Pero un repaso preliminar y muy esquemático de los nuevos feminismos podría señalar, al menos, en qué medida y con qué éxito desafían el modelo de «integrar, regular, encarcelar».

¹²²Tamara Beauboeuf-Lafontant ofrece una exploración extraordinaria de los temas de salud, alimentación y espacio personal en relación con la internalización de las presiones sociales que sufre una mujer negra «fuerte» de clase obrera: «Keeping Up Appearances, Getting Fed Up: The Embodiment of Strength among African-American Women», *Meridians: Feminism, Race, Transnationalism*, vol. 5, núm. 2, 2005.

A primera vista, la heterogeneidad de la escena actual, tanto en cada país como entre ellos, recuerda más a la efervescencia de la década de 1980 que a la calma de la de 1990 controlada por los donantes. Las redes sociales como dispositivo de movilización, la violencia contra las mujeres como tema y las prácticas utópicas y posgénero de identidad personal y sexual están presentes casi por doquier, aunque sus expresiones y alcance varían enormemente. Verticalmente, las nuevas campañas coexisten con las estructuras establecidas y disciplinadas que se asentaron durante la era global-feminista. Horizontalmente, sus desarrollos están muy diferenciados por las culturas políticas locales y las condiciones sociales, así como por la temporalidad de sus ciclos económicos. En lo que sigue atenderemos sobre todo a las regiones donde ya han tenido un impacto –América Latina, Europa, Estados Unidos y, a modo de contrapunto, China–, sin prejuzgar los acontecimientos en otros lugares. Nos ocuparemos sólo de las campañas más destacadas en cada caso, examinando las formas de organización que adoptan, los temas que plantean y su alcance internacional. El cambio social siempre es producto de una confluencia de factores, por lo que incluso el repaso más esquemático debería preguntarse qué fuerzas y agencias más notables están configurando los resultados regionales. Cabe esperar que, pese a sus abundantes errores y omisiones, tal panorámica sirva como estímulo para estudios más precisos.

Cono Sur

Los nuevos feminismos latinoamericanos se encuentran a la izquierda del espectro, a pesar de –o quizás debido a– la eclosión de gobiernos derechistas en la región. En Argentina, las movilizaciones populares que surgieron de la crisis económica de 2001 dejaron su huella en la maquinaria oficial femenina, transformando el Encuentro Nacional de Mujeres que se celebra anualmente y que antes no pasaba de ser un acontecimiento formal vinculado a las Naciones Unidas, en una asamblea de doce mil estudiantes, trabajadoras y *piqueteras*. En 2014 se había convertido ya en un punto de reunión regular durante tres días de cuarenta y cuatro mil mujeres radicales de toda la región. También en Brasil la *Articulação de Mulheres Brasileiras*, creada como organismo coordinador nacional para la conferencia de Pekín de 1995, ha evolucionado hacia la izquierda, declarándose anticapitalista y antirracista; exige políticas económicas redistributivas, democratización política, libertad sexual, autonomía reproductiva y el fin de la violencia contra las mujeres¹²³.

¹²³ Véase «História» en el sitio web de la *Articulação de Mulheres Brasileiras*.

En cuanto a los temas, en Argentina destacan sobre todo la violencia doméstica y especialmente el feminicidio. En 2015, durante los últimos meses de gobierno de Cristina Fernández, la cobertura de la prensa sobre el espantoso asesinato por un joven de su novia adolescente embarazada provocó un llamamiento a la acción de las periodistas en todos los medios. En varias ciudades tuvieron lugar enormes protestas –250.000 personas en Buenos Aires– bajo el lema de #NiUnaMenos, basándose en la tradición movilizadora de las *piqueteras*. En 2016 la campaña se había convertido en un movimiento nacional, organizándose manifestaciones con medio millón de participantes; en noviembre cien mil mujeres asistieron al Encuentro anual. #NiUnaMenos amplió su programa para incluir los derechos reproductivos en respuesta a otra noticia impactante: una mujer, acusada de aborto por un hospital de la Iglesia, fue condenada a siete años de prisión. Posicionándose contra el nuevo Papa, #NiUnaMenos se unió al llamamiento de las feministas polacas que combatían una ley draconiana de aborto para realizar una huelga internacional de mujeres el 8 de marzo de 2017. En Argentina esa acción se amplió a tres días de huelgas masivas cuando a las nuevas feministas se unieron maestras, estudiantes y trabajadoras del sector público (en su mayoría mujeres), en protesta contra las medidas de austeridad del gobierno de Macri¹²⁴. La influencia de #NiUna Menos, transmitida por Skype y las redes sociales, se ha extendido por toda la región (Uruguay, Paraguay, Chile, Perú, Bolivia, México) llegando hasta las costas meridionales de Europa en Portugal, Italia y España.

Los nuevos feminismos brasileños surgieron en medio de la vorágine política que marcó el derrocamiento de la presidenta Dilma Rousseff por la derecha y el final de catorce años de gobierno del Partido de los Trabajadores. Lo que la prensa denominó #PrimaveraFeminista de 2015 contenía enfoques y temas distintos, aunque no necesariamente enfrentados entre sí. Sociológicamente, algunas participantes parecían más cercanas a la rebelión de la clase media-alta contra el PT, y le proporcionaban un rostro más atractivo que la nueva derecha que lideraba las manifestaciones callejeras¹²⁵. Otras se sentían afectadas por el grosero

¹²⁴ «La ocupación de las calles produce una fuerza colectiva que puedes transmitir luego a tu vecindario», argumenta una organizadora de Ni Una Menos, enfrentándose a la «lógica de la victimización»: Verónica Gago, entrevistada en *Jacobin*, 7 de marzo de 2017. Véanse también Ezequiel Adamovsky, «Ni Una Menos: Feminismo y Política en Argentina», *Telesur*, 6 de julio de 2015; Zoe Salanitro, «The Women's Movement in Argentina», *Anti-Capitalist Feminism*, marzo de 2017.

¹²⁵ Para la #PrimaveraFeminista, las revistas *cuché* ofrecieron durante una semana sus páginas editoriales a las periodistas bajo el lema «Agora é a sua vez!» [Ahora es

sexismo de los ataques contra Dilma –a la que la prensa brasileña solía denominar «prostituta mentirosa do Planalto», con imágenes a juego– y se movilizaron contra el aluvión de leyes reaccionarias impulsadas por Temer y la derecha del Congreso: criminalización del aborto para las víctimas de violación, santificación constitucional de la familia, privatizaciones, recortes de pensiones, etcétera. A ello se añadieron la conciencia negra, las cuestiones socioeconómicas y las movilizaciones contra las operaciones de la policía militarizada en las favelas. La violencia sexual era un tema clave, aunque las movilizaciones no fueran tan masivas como en Argentina. En junio de 2016, la violación en grupo de una adolescente en Río provocó concentraciones de protesta en cincuenta ciudades brasileñas, destacando la que reunió a treinta mil personas en São Paulo, conectadas con las marchas de #NiUnaMenos en toda la región. Temáticamente, los nuevos feminismos brasileños se caracterizan por su variedad. Una gran cantidad de blogs –Blogueiras Feministas, Blogueiras Negras, Marcha das Vadias y otros– se relacionan entre sí en una amplia gama de temas: identidad negra, política del cuerpo, crítica de las instituciones. «Anatomía del placer», hilo de Blogueiras Feministas sobre el orgasmo femenino, viene siendo el más popular de todos ellos¹²⁶.

Resultados hasta la fecha: aunque las nuevas feministas de Brasil siguen siendo una fuerza marginal en la vida política del país, #NiUnaMenos ha tenido un impacto nacional. En términos comparativos, Argentina no tiene altos niveles de feminicidio u homicidio: el primero es la mitad del segundo, y ambos son más bajos que en Estados Unidos; el tratamiento de gran guiñol del sexo y la violencia por parte de la prensa de Buenos Aires es una de las razones por las que se ha convertido en un tema destacado. Sin embargo, la campaña también recurre a una verdad sobre la violencia machista en un imaginario nacional basado en la limpieza étnica. Al mismo tiempo, el gobierno de Macri ha intentado aprovechar las grandes

su turno]. El bien financiado blog y ONG ThinkOlga, una versión más elegante de *Jezebel* o *Lenny Letter*, recibió cuarenta mil respuestas a su tuit de octubre de 2015 #PrimeiroAssedio [Primer Asalto] en el que invitaba a las chicas a hablar sobre los abusos sufridos.

¹²⁶ Carolina Matos, «The New Brazilian Feminism and Online Networks: Cyberfeminism, Protest and the Female “Arab Spring”», *International Sociology*, vol. 32, núm. 3, 2017. La Marcha das Vadias [o Marcha de las Putas], importada del Norte –la iniciativa original fue una manifestación universitaria contra la policía de Toronto en 2011–, ha arraigado en Brasil, con grupos locales en veinticinco estados que apoyan a las mujeres y trabajadoras transexuales y producen sus propias imágenes de moda y blogs.

emociones en juego en favor de una plataforma de ley y orden, más popular que sus medidas económicas; el propio Macri ha sido fotografiado con un cartel de #NiUnaMenos. Hasta ahora, los resultados más significativos han sido políticas de sentencias más duras, además de gestos para mejorar los servicios de línea directa para mujeres en riesgo de violencia doméstica. Sobre el otro tema principal del movimiento, los derechos reproductivos, el Congreso argentino puede llegar a aceptar, en contra de la posición declarada de Macri, la legalización del aborto durante el primer trimestre de embarazo. El programa de austeridad sigue vigente.

Mediterráneo

En Europa, los nuevos movimientos surgieron en el contexto de un alto desempleo juvenil y las terribles medidas de austeridad aplicadas por la UE, mientras el feminismo convencional gozaba de una hegemonía sin límites en los medios liberales. Organizativamente ha habido muchas variedades en juego. En Polonia, la movilización masiva que derrotó un proyecto de ley muy conservador sobre el aborto en 2016 dio lugar a una red de grupos interconectados, listos para movilizarse nuevamente. En Londres, el equilibrio de fuerzas se constató el Día Internacional de la Mujer cuando una marcha oficial patrocinada por Rio Tinto, McDonalds, Amazon, Western Union, etcétera, deambuló inofensivamente hasta Parliament Square, mientras una valiente banda de trabajadoras del sexo y las Sisters Uncut contra la austeridad extendían las protestas contra los cierres de servicios sanitarios y los desahucios por falta de pago. En Italia, en cambio, las jóvenes feministas han impulsado formas completamente nuevas. Recogiendo el ejemplo de Argentina, una alianza de activistas por el aborto con el lema «Io decido», colectivos de ocupas ilegales y trabajadoras de los refugios de mujeres convocaron una marcha #NonUnaDiMeno en Roma en noviembre de 2016, que reunió a un cuarto de millón de personas contra los ataques de Renzi a la sanidad pública y las condiciones de vida de los trabajadores precarios, así como la violencia sexual. Fue seguida al día siguiente por una asamblea participativa que acordó redactar un plan feminista contra la violencia de género, con nueve grupos de trabajo que abordaron diferentes aspectos. Durante el año siguiente se reunieron asambleas de #NonUnaDiMeno en más de un centenar de ciudades a fin de debatir los problemas en toda Italia, con una serie de reuniones nacionales para definir las plataformas y acordar tácticas para huelgas y manifestaciones en su apoyo.

Temáticamente, el plan de #NonUnaDiMeno, *Piano Femminista*, rompió decisivamente con el modelo dominante. En lugar de un enfoque de justicia penal para encarar la violencia sexual, abordaba sus contextos sociales –el trabajo, la familia, los sistemas sanitario y educativo; el imaginario sexista de las corporaciones mediáticas– y rechazaba explícitamente las estrategias basadas en la victimización y la dependencia, en lugar de la autonomía y la autodeterminación. Sus autoras colectivas intentaron abordar el género gramatical del italiano, utilizando una @ en algunos pasajes en lugar de las habituales desinencias en -a o en -o, y dieron la bienvenida a la convergencia que el debate nacional había provocado entre voces de mujeres, feministas, transfeministas, *queer* y LGBT*QIA+. El *Piano Femminista* pedía una renta básica universal como garantía de independencia económica, la derogación de las leyes de educación de Renzi y reformas de bienestar con medios comprobados, la extensión del permiso parental a las madres y padres con empleo precario, la financiación de refugios de mujeres y derechos civiles para los inmigrantes; atacó el racismo institucional infligido a los refugiados por el sistema de Dublín de la UE y los acuerdos policiales con Libia y Turquía¹²⁷. También en España, la gran fiesta del Día Internacional de la Mujer de 2018, en la que participaron cinco millones de personas –encabezada por las alcaldesas feministas de izquierda de Barcelona y Madrid, pero basada en años de campaña de las redes *indignadas*, las *mareas* del sector público, las luchas feministas y la lucha contra los desahucios–, insistió en reclamar la autodeterminación de las mujeres. En Croacia, el colectivo FACTIVE, que había organizado las marchas nocturnas contra la violencia sexual en Zagreb, también denunció las privatizaciones y los ataques del HDZ gobernante contra los derechos reproductivos¹²⁸.

Los resultados hasta ahora: las manifestaciones de #NonUnaDiMeno fueron ampliamente recogidas por los medios italianos y su plan dio un pequeño paso adelante con las elecciones del 4 de marzo de este año: la renta básica universal es ahora un punto central de la plataforma del Movimento 5 Stelle, que fue la formación que obtuvo el mayor número de votos. Contra su puesta en práctica ya se ha manifestado el poder institucional de la Eurozona, sólido baluarte contra la menor infracción de la austeridad y gran respaldo del feminismo oficial. En España, la magnitud de la huelga de mujeres en marzo de 2018 no pudo pasar

¹²⁷ Non una di meno, *Abbiamo un Piano: Piano femminista contro la violenza maschile sulle donne e la violenza di genere*, 2017.

¹²⁸ Marea Granate-Femigrantes, «Towards an International Women's Strike: Spain», en *Power Upside Down: Women's Global Strike, Transnational Social Strike Platform*, primavera de 2018; Hana Grgić, «Meet FACTIVE, the Feminists Fighting Conservatism and Patriarchy in Croatia», *Krytyka Polityczna*, 6 de marzo de 2018.

inadvertida al PP, el único partido importante que no la respaldó, y que inmediatamente pretendió, sin embargo, recuperar sus energías en el contexto de la crisis política que atraviesa la Constitución de 1978 a raíz de los acontecimientos en Cataluña. Para *El País*, a diferencia de quienes ven el sistema democrático español como «marchito y regresivo», el 8-M demostraba que era «vibrante, consciente y plural»¹²⁹.

El feminismo de cheongsam

En China, desde el punto de vista organizativo, han prevalecido las condiciones opuestas. En 2015 jóvenes feministas disidentes fueron arrestadas en vísperas del Día Internacional de la Mujer, aunque luego fueron liberadas. El principal sitio de blogs durante los dos últimos años, Feminist Voices, dirigido desde Estados Unidos por una antigua periodista de *China Women's News*, se cerró en el mes de marzo¹³⁰. El organismo oficial, la Federación de Mujeres de Toda China, tenía así todo el campo libre. Se trata de un área en la que Pekín siempre ha confiado en su capacidad para competir con Estados Unidos. La emancipación femenina fue un principio fundador de la República Popular; las mujeres fueron bienvenidas a la producción en un momento en que el gobierno de Truman todavía insistía en que su lugar estaba en el hogar. La RPCh participó con entusiasmo en la conferencia de México en 1975 y fue uno de los primeros países en ratificar la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra las Mujeres (CEDAW) cuatro años después; sus leyes durante la década de 1990 contra la discriminación sexual seguían las mejores prácticas de la OIT sobre la igualdad salarial. Aunque la desigualdad de género se ha ampliado desde entonces, los avances de la era revolucionaria fueron tales que China sigue estando a la cabeza según los estándares mundiales: más mujeres emancipadas multimillonarias que en Estados Unidos, dos veces más directoras generales en el sector privado, mejor posición en los medios –44 por 100 de los periodistas, 50 por 100 de los directores de prensa y otros medios–, y en la industria manufacturera, por no mencionar la licencia remunerada

¹²⁹ Editorial, «Una agenda de cambio: Las movilizaciones del 8-M deben traducirse en medidas concretas», *El País*, 11 de marzo de 2018.

¹³⁰ Luo Siling, «Fighting on Behalf of China's Women—From the United States», *The New York Times*, 15 de febrero de 2017. El Día Internacional de la Mujer coincidió con la sesión anual de la Asamblea Popular Nacional celebrada a principios de marzo, por lo que las jóvenes activistas feministas a veces eran víctimas de las drásticas medidas de control tomadas en tales ocasiones.

por maternidad de cuatro meses¹³¹. A partir de este zócalo, China tomó la iniciativa después de 1995 en la organización de reuniones mundiales para supervisar el progreso de la Plataforma de Acción de Pekín. Para el vigésimo aniversario en 2015, la RPCh y la ONU copatrocinaron una «Reunión Global de Líderes» sobre igualdad de género, dirigida por el propio Xi Jinping, quien reafirmó el compromiso de China en mantener los derechos de las mujeres «en el centro de la agenda global». En la propia China Xi prometió que la RPCh continuaría forjando «una cultura de género socialista avanzada con características chinas»¹³². La Federación de Mujeres de Toda China estaría en el corazón de este proceso.

La Federación de Mujeres de Toda China es única en los anales del feminismo mundial. Su alcance organizativo y los mandatos de reforma social dejan muy atrás a NOW o a la Federación Democrática Internacional de Mujeres. Su estructura piramidal se extiende desde el nivel nacional al regional, provincial, municipal, de distrito, de ciudad y de pueblo, en todo el territorio; sus oficinas en cada nivel cuentan con personal y están financiadas por el órgano equivalente del Partido: la dirección de la Federación de Mujeres de Toda China supervisa pero no designa a sus propios cuadros. A escala nacional cuenta con una variada gama de unidades de investigación de la mujer y una infinidad de revistas, semanarios y diarios, que emplean a miles de intelectuales, de las que un reducido número son feministas. Sus responsabilidades incluyen la defensa de los intereses de las mujeres dentro de los cuerpos del Estado y, lo que es más importante, su movilización para el trabajo, el cuidado del medio ambiente y la aplicación de la política nacional de fertilidad. Los cuadros de la Federación de Mujeres respondían tradicionalmente ante los funcionarios locales del Partido en cuanto a la tarea de organizar abortos o esterilizaciones para cumplir con la política de un solo hijo;

¹³¹ Chloe Sorvino, «It's a Record-Breaking Year for Self-Made Women Billionaires. Here's Why», *Forbes*, 21 de marzo de 2017; Kevin Lam, Paul McGuinness y João Paulo Vieito, «CEO Gender, Executive Compensation and Firm Performance in Chinese-Listed Enterprises», *Pacific-Basin Finance Journal*, vol. 21, núm. 1, enero de 2013; «Report on Major Results of the Third Wave Survey on the Social Status of Women in China», All-China Women's Federation/National Bureau of Statistics of China, 21 de octubre de 2011; Sukti Dasgupta, Makiko Matsumoto y Cuntao Xia, «Women in the Labour Market in China», Organización Internacional del Trabajo, Ginebra, 2015, p. 14; Elizabeth Penney, «Why Is the Number of Women in Manufacturing Declining?», *ML&R Wealth Management*, 23 de octubre de 2016. El registro en otras esferas –representación política al nivel superior, autodeterminación reproductiva– es por supuesto mucho peor.

¹³² Global Leaders' Meeting, 27 de septiembre de 2015; «Report of the PRC on the Implementation of the Beijing Declaration and Platform for Action», p. 2.

desde 2016, han asumido la tarea de presionar a las madres de un hijo para que tengan otro. La igualdad de género es parte de su mandato, pero no se ve reforzada por la disciplina del Partido con la misma intensidad que los objetivos reproductivos, y tiende a debilitarse a escala de los pueblos y ciudades pequeñas y medianas¹³³.

El paradigma estratégico en este caso es un tipo de feminismo eugenésico que habría sido familiar para los fabianos y Margaret Sanger, con raíces en las teorías modernizantes de la era republicana¹³⁴. Los dos temas clave son el proyecto de mejorar la «calidad» de las mujeres chinas y el énfasis en la diferencia sexual. Desde la década de 1980, el igualitarismo unisex de la Revolución Cultural –«¡Los tiempos han cambiado, los hombres y las mujeres son lo mismo!»– fue duramente atacado por su negación de las características «naturales». La igualdad de género se redefinió en términos de complementariedad hombre-mujer, la base de un todo armónico; la feminidad y la masculinidad se alinearon con las categorías confucianas de *nei* y *wai*, internas y externas. Revistas de papel cuché como *City Lady*, de la Federación de Mujeres de Toda China, ofrecían el modelo de la nueva mujer china –moderna, ultrafemenina y acomodada–, con el correspondiente conjunto de dotes morales: hija obediente, novia atractiva, esposa educada, que hubiera hecho una carrera «adecuada» (enseñanza, psicología, arte y letras), capaz de criar un hijo o hija de buena calidad cultural y evolutiva. La Federación de Mujeres de Toda China promueve un programa de Cuatro «Autos» para elevar los niveles de calidad femenina: autosuficiencia, autoestima, autoconfianza y autoperfeccionamiento.

Cincuenta años atrás resonó en todo el mundo un lema feminista chino: «¡Las mujeres sostienen la mitad del cielo!». El alcance internacional del feminismo de los Cuatro «Autos» está todavía por ver, aunque se asemeja a los proyectos *hindutva* para la pureza femenina de la casta superior en India, y podría decirse que tiene afinidades con

¹³³ Véanse Jin Yihong, «The All China Women's Federation: Challenges and Trends», Liu Bohong, «The All China Women's Federation and Women's NGOs», Naihua Zhang, «Searching for "Authentic" NGOs», y Elisabeth Croll, «New Spaces, New Voices», en Ping-Chun Hsiung, Maria Jaschok, Cecilia Milwertz y Red Chan (eds.), *Chinese Women Organizing: Cadres, Feminists, Muslims, Queers*, Oxford y Nueva York, 2001. Véase también la interesante discusión sobre intelectuales feministas, organismos del partido y financiación externa, pp. 250-253.

¹³⁴ Véase Tani Barlow, *The Question of Women in Chinese Feminism*, Durham (NC), 2004, capítulo 3.

el movimiento *Lean In* de Sheryl Sandberg en Estados Unidos¹³⁵. Sin embargo, la jurisdicción nacional de la FMTCH le asegura una base social más amplia: un reciente programa del Día Internacional de la Mujer presentó «identidades dobles»: las mismas mujeres fotografiadas durante su trabajo diario, como trabajadoras de la construcción con cascos y como modelos de pasarela vestidas al estilo *cheongsam* [cantonés] o *qipao* [mandarín]. Contra este bombardeo ideológico, las valientes jóvenes feministas han intentado impulsar temas antidiscriminatorios con el respaldo de diversas ONG: representaciones callejeras y pequeños *flashmobs* que plantean cuestiones como el acoso sexual, la discriminación en la educación superior o la homofobia. Aunque son fácilmente reprimidas por las autoridades, un comentarista externo que sigue al movimiento argumenta que en los últimos años las mujeres chinas se han vuelto mucho más activas sobre el sexismo en las redes sociales¹³⁶. Hubo un coro de protestas en línea cuando un artículo en *China Daily* sobre Harvey Weinstein afirmó que las virtudes de la cultura china inducen una baja incidencia del acoso sexual. Cuando el blog Feminist Voices pidió a sus seguidoras en marzo de 2017 que señalaran las frases que no podían soportar, la primera de la lista era «China ya ha logrado la igualdad de género». Desde finales de la década de 1990, cuando los servicios sociales fueron separados de las unidades locales de trabajo y las guarderías cerradas, en preparación para la entrada en la OMC, las hijas únicas nacidas bajo la política de un solo hijo recibieron una carga de cuidados mucho mayor que en Occidente, al esperarse que cuidaran tanto a sus propios padres ancianos como a sus suegros, así como a cualquier hijo que pudieran tener, sin que ningún hermano o hermana pudiera ayudarlas. Es posible que la situación se neutralice mediante una nueva clase de sirvientas domésticas, como en Estados Unidos, pero entretanto se pueden estar gestando en China las condiciones para nuevos feminismos, que podrían ser auténticamente *sui generis*.

¹³⁵ Desde 2013 *Lean In* ha creado grupos en veinte ciudades chinas. Su enfoque, como dice tímidamente su directora, atiende «al desarrollo profesional personal, la innovación y la inversión en talento femenino, todo ello en línea con la agenda nacional de China», Emily Feng, «China's mixed messages to working women», *Financial Times*, 30 de noviembre de 2017.

¹³⁶ Entrevista con Leta Hong Fincher, autora de *Leftover Women* (2014): «China's Feminist Movement Faces a Crackdown on International Women's Day», *The Verge*, 9 de febrero de 2018. Sobre las protestas de las jóvenes activistas, véase la página en Facebook de «Feminist Voices».

Al igual que en Europa, el contexto histórico más amplio para el nuevo fermento feminista en Estados Unidos vino dado por la crisis financiera de 2008, que dio a los resultados sesgados de la era neoliberal-feminista un brusco giro generacional. Si la carga principal de la reestructuración en la década de 1980 había recaído sobre los hombros de los obreros varones, ahora era la generación con formación universitaria la que afrontaba la contracción de oportunidades más dura y la mayor intensificación de las tensiones competitivas, ya que la incorporación al estrato profesional se había convertido en una lucha de suma cero. Ése fue el contexto en el que surgirían de los campus otras tendencias más radicales –activistas *queer* e interseccionales, activistas contra la violación– que iban a proporcionar nuevos cuadros al feminismo estadounidense. Sin embargo, las presiones eran contradictorias. Al igual que en recesiones anteriores, los llamamientos a una discriminación positiva podían proporcionar un clavo al que aferrarse, ofreciendo un punto de apoyo excepcional para el avance profesional. La política cultural feminista ya estaba profundamente imbuida de la perspectiva de la discriminación positiva: acumular créditos y firmas, sin atender a la sustancia. ¿Hasta qué punto lograron superar los nuevos movimientos los límites del paradigma antidiscriminatorio?

El balance provisional es mixto. En los primeros momentos tras la crisis de 2008, un recrudecimiento de la indignación política provocó sucesivas oleadas de revueltas: protestas estudiantiles (2010), Occupy (2011), Black Lives Matter (2013-2014), o la campaña de Sanders (2015-2016). Todas estaban dirigidas, en mayor o menor medida, contra el modelo político vigente. La lucha de los estudiantes contra la austeridad llevó a una crítica más amplia del sistema universitario y la existencia precaria que les esperaba tras pasar por él¹³⁷. Occupy señaló la responsabilidad de Wall Street. Black Lives Matter, que en gran medida estaba vertebrado por un movimiento de mujeres basado en años de acción comunitaria en torno al control de armas, las escuelas y la vivienda, podía entenderse como un levantamiento nacional contra la «guerra contra el crimen»,

¹³⁷ La respuesta de las universidades a las protestas produjo un extraño cóctel, como ha señalado Jennifer Doyle: ansiedad sobre la seguridad sexual de las estudiantes, mezclada con gas pimienta y empleo de porras contra ellas cuando protestaban contra las políticas financieras. En Berkeley, el canciller Birgeneau endulzó los aumentos de las tasas con una compensación de diez millones de dólares para diversos servicios en igualdad y diversidad. Jennifer Doyle, *Campus Sex, Campus Security*, South Pasadena (CA), 2015, pp. 13-18.

entendida como una operación permanente de contrainsurgencia contra los negros. Sanders, aun sin despegarse del sistema, se declara socialista y en 2016 hizo campaña por un sistema sanitario único financiado mediante impuestos. En el ámbito de las protestas estudiantiles nacieron nuevas expresiones de conciencia feminista, que se articularon dentro de Occupy, cobraron protagonismo en el movimiento Black Lives Matter e hicieron frente a los ataques del clintonismo convencional contra la avalancha de jóvenes reunidas en torno a Sanders.

En contraste con ello y con los movimientos de masas presentes en Italia y Argentina, el impulso a las nuevas protestas en torno a las campañas del Título IX en los campus universitarios provino de la cúspide del gobierno. En 2011, con valoraciones negativas sobre su labor como presidente y quince millones de desempleados, Obama necesitaba gestos de bajo coste que presagiaran «esperanza y cambio» y que galvanizaran a los partidarios de su elección para un segundo mandato. Se seleccionaron tres temas, después de una cuidadosa valoración de los grupos de discusión: matrimonio homosexual, hijos de inmigrantes y acoso sexual en los campus. Este último tema debía presentarse en relación con la lista de reivindicaciones radical-feministas: jurisprudencia en favor de la mujer, definiciones legales más holgadas o flexibles y criminalización más vasta. El día en que Obama anunció formalmente su candidatura para 2012, su Departamento de Educación envió una carta con el epígrafe «Querido colega» a los administradores universitarios que detallaba las nuevas reglamentaciones del Título IX, que incorporaban gran parte de esa agenda. Se reducía la exigencia de pruebas a las denunciantes y el debido proceso para los acusados se subordinaba a la necesidad de una resolución rápida de los casos. El énfasis del Tribunal Supremo en 1986 en cuanto a la «severidad», «universalidad» y «efectos perjudiciales», a ojos de un tercero razonable, desapareció como condición para encausar un posible acoso sexual, dejando como único criterio el rechazo de la denunciante¹³⁸.

La carta «Querido colega» de 2011, recibida al principio con desconcierto por los administradores universitarios, fue seguida por una avalancha de iniciativas, generando titulares positivos en un momento en que los homicidios policiales de jóvenes negros se estaban convirtiendo en una vergüenza para Obama. En 2014 un grupo de trabajo de la Casa Blanca intensificó la presión, ampliando el alcance de la «violencia sexual» para

¹³⁸ Véase Janet Halley, «The Move to Affirmative Consent», *Signs*, vol. 42, núm. 1, septiembre de 2016.

incluir los comentarios sobre la apariencia física, mientras los funcionarios de las Oficinas de Derechos Civiles del Departamento de Educación iniciaron docenas de investigaciones en todos los campus de acuerdo con las nuevas reglas del «Querido colega». En 2015, el vicepresidente Biden recorrió las universidades, hablando de una «epidemia» de violaciones entre las estudiantes, en términos que se hacían eco de las declaraciones de Nixon y Reagan sobre las guerras contra las drogas y el crimen, y blandiendo la figura espectral del «una de cada cinco»¹³⁹.

Siguiendo el ejemplo del gobierno, las empresas vertieron abundantes donaciones en las arcas de las campañas estudiantiles contra el acoso. Know Your IX (KYIX), fundada en 2013, era un apéndice de Advocates for Youth (con base en la capital federal), originalmente creado como amparo y contrapunto al embarazo adolescente, que se beneficiaba de un total anual de seis millones de dólares en donaciones empresariales y subvenciones gubernamentales. End Rape on Campus (EROC), creada también en 2013 y dirigida por tres estudiantes que habían sido víctimas de violaciones, fue financiado por la Fundación Kering y por Gucci. En 2014, las fotografías publicadas en los medios de Manhattan contribuyeron a dar a conocer estas nuevas asociaciones.

A diferencia de las campañas de amplia base desplegadas en América Latina y Europa, que movilizaron a trabajadores en situación precaria y desempleados, las energías de EROC y KYIX se limitaron al entorno universitario. Sus tácticas estaban predeterminadas por los parámetros legales del Título IX, cuya lógica exigía tomar a las universidades como blanco

¹³⁹ Los autores del estudio del que se extrajo la cifra de «una de cada cinco» (también incluida en la carta del Querido colega de 2011) advirtieron al parecer contra ese uso. Provenía de una encuesta voluntaria en línea en dos universidades y sondeaba una amplia gama de comportamientos, incluido el «toqueteo tentativo de naturaleza sexual»: Christopher Krebs *et al.*, «The Campus Sexual Assault Study», RTI International, octubre de 2007, pp. x, xii-xiii. En la última encuesta en línea, que abarcaba a veintisiete universidades, aunque con una tasa de respuesta muy baja, el 5 por 100 de las mujeres informaban de haber experimentado una «penetración no deseada efectuada por la fuerza física» mientras estaban en la universidad y el 5 por 100 de «penetración no deseada mientras estaban incapacitadas» por el alcohol o drogas. La tasa anual de ambos comportamientos se estimaba en el 3 por 100. Gays y lesbianas registraron los niveles más altos de acoso sexual. Cuando se les preguntó acerca de su percepción personal del riesgo, el 70 por 100 de las alumnas pensaba que había muy pocas posibilidades de que ellas mismas sufrieran agresión sexual o mala conducta; solo el 8 por 100 lo consideraba «muy probable»: David Cantor *et al.*, «Report on the AAU Campus Climate Survey on Sexual Assault and Sexual Misconduct» (revis.), Rockville (MD), octubre de 2017, pp. ix, xv, xx, cuadro 7.5

por su fracaso en su «deber de proteger» a las estudiantes, a diferencia del acento puesto en Roma y Buenos Aires en la acción colectiva autónoma. Uno de los lemas más famosos de #NonUnaDiMeno era «Le strade sicure le fanno le donne che le attraversano» [*Las mujeres que las recorremos hacemos que las calles sean seguras*]. Mientras que las feministas italianas dedicaron todo un año a los debates para precisar la formulación de su manifiesto, la dirección de la campaña en los campus estadounidenses fue llevada en gran parte desde arriba por mandato ejecutivo, obviando las viejas diferencias entre las feministas sobre la política de la violencia sexual, por no hablar de las prioridades relativas en las formas de autodefensa material, pública y personal frente al proceso penal *post facto*. La lógica legalista en blanco y negro de las campañas estadounidenses del Título IX no tenía cabida en la política cultural multifacética del movimiento brasileño, que concedía un lugar central al placer sexual. La experimentación con los modos de ser *queer* y de género líquido, ampliamente difundidos en los campus estadounidenses, a menudo fue deliberadamente retocada en las presentaciones de los activistas a los medios; mientras que #NonUnaDiMeno hizo cuanto pudo para bloquear cualquier intento de los medios de racializar su campaña contra la violencia sexual, algunas de las activistas de EROC estaban dispuestas a coquetear con ese racismo por el bien de la causa. Como explicaban a un reportero comprensivo:

«Si haces que la gente se sienta incómoda por no ayudar a las mujeres blancas que están en el lugar equivocado en el momento equivocado, si hablas de depredadores a quienes podemos perseguir y aborrecer, si nos libramos de ellos con penas duras y acciones punitivas que tanto complacen a los estadounidenses». Su voz va apagándose, pero entiendo lo que quiere decir: se pueden obtener ciertas ventajas¹⁴⁰.

La cultura política de las nuevas campañas antiviolación dirigidas por víctimas de los abusos difería en aspectos importantes del feminismo radical más antiguo. La idea del trauma personal reemplazaba a las nociones estructurales del dominio masculino y de la subordinación femenina; el sujeto ya no eran «las mujeres como clase», sino «yo». Las protestas de los colchones exigían mayor sofisticación teórica que las marchas de denuncia de Reclaim the Night de la época punk. Sin embargo, ambos enfoques eran altamente legalistas, ya que situaban en primer plano la regulación punitiva y tendían a descartar el proyecto feminista alternativo de fortalecer las redes de solidaridad de las mujeres y su capacidad cultural y psicológica para defender su propia integridad

¹⁴⁰ Vanessa Grigoriadis, *Blurred Lines*, Boston, 2017, p. 91.

corporal, como «culpar a la víctima». Al igual que los neoliberales de Chicago, las abogadas feministas radicales ofrecían una clara lista de medidas que debían ser tomadas y un programa transitorio de pasos pequeños y simples en pos de una jurisprudencia revisada, que expandiera la esfera de la criminalización mediante definiciones legales más flexibles y normas probatorias menos exigentes¹⁴¹. Esa agenda ofrecía ahora el programa hegemónico a las activistas de los campus.

Por otra parte, los resultados concretos de las campañas universitarias en Estados Unidos estuvieron sobredeterminados por los intereses institucionales; los burócratas de las universidades, informados de que corrían el riesgo de ser legalmente responsables de cualquier agresión sexual si no podían demostrar que habían tomado medidas para evitarla, respondieron con un cobarde celo llevado al límite. Los administradores de Oberlin enviaron un correo electrónico a todo el campus para informar que la policía había detenido a una persona por «toqueteo indeseado y rozamientos» a las 23:00 horas de un viernes por la noche en un bar estudiantil. *En bloc*, los campus aprobaron el paquete de consentimiento afirmativo promovido por los consultores de riesgo del sector y respaldado por muchos grupos de estudiantes¹⁴². La University of Wyoming no era la única que advertía a sus estudiantes: «Cualquier cosa que no sea un consentimiento voluntario, sobrio, entusiasta, verbal, no coaccionado, continuo, activo y honesto es un ataque sexual». El lenguaje corporal podía ser malinterpretado; el consentimiento requería un «sí» verbal, o incluso un «Sí, sí, ¡oh, sí!». En la Georgia Southern University, el sexo legal requería un «acuerdo imaginativo, entusiasta, creativo, deseado, informado, mutuo, honesto y verbal»; en la Elon University, «sólo una comunicación de consentimiento comprensible, inequívoca, positiva y entusiasta para cada acto sexual» podía evitar el riesgo de ser acusado de agresión sexual¹⁴³. En 2015 las asambleas legislativas de California y Nueva York aprobaron sus propias leyes de consentimiento afirmativo,

¹⁴¹ La promoción por EROC y KYIX del «deber de proteger» de las autoridades contrastaba fuertemente con la visión cínico-realista de MacKinnon del Estado liberal masculino. Prefiriendo enfatizar la coerción social estructural como motivo para las acusaciones de agresión, MacKinnon se oponía a cualquier énfasis en el «consentimiento», C. MacKinnon, *Butterfly Politics*, Cambridge (MA), 2017, p. 321.

¹⁴² La educación superior nunca se había movilizado sobre un tema «de inmediato y en concierto con un fervor tan dramático», según Brett Sokolow, director del National Center for Higher Education Risk Management [Centro Nacional para la Gestión del Riesgo en la Educación Superior]: «Carta abierta», mayo de 2014.

¹⁴³ Citadas todas ellas en J. Gersen y J. Suk, «The Sex Bureaucracy», cit.

exigiendo a los centros de enseñanza tratar como asalto cualquier comportamiento sexual que no cuente con un permiso verbal explícito.

Entre las campañas contra las agresiones sexuales en los campus y #MeToo se produjeron la elección de Trump y la respuesta de las votantes demócratas: pánico, conmoción y duelo. Hubo amargas recriminaciones contra quienes no habían votado por Clinton: todas las feministas deben unirse. Este imperativo impulsó la manifestación de más de un millón de mujeres en Washington en enero de 2017 y la consolidación del *lobby* feminista convencional bajo el emblema de la Women's March, una red nacional liderada por ex funcionarias de Obama y Clinton, tan conformista políticamente que ni siquiera se atrevió a apoyar un sistema sanitario universal público. Mientras, con el Partido Demócrata en desbandada, les tocó a los medios de comunicación de Manhattan liderar la oposición. En esa atmósfera de gran indignación, un abusador empedernido como Harvey Weinstein, a pesar de ser un demócrata impecable, se convirtió en una especie de sustituto de Trump. Para *The New York Times* y *The New Yorker*, los relatos de sus depredaciones combinaban ambientes lujosos, chismes de celebridades, detalles lúbricos y *Schadenfreude* ante la caída de hombres poderosos, todo ello envuelto en sentimientos impecablemente feministas. Uno de los contrastes más llamativos entre el movimiento estadounidense contra el acoso sexual y las campañas euro-latinoamericanas era el estatus social de sus principales figuras: en lugar de las trabajadoras italianas de los hogares-refugio o las enfermeras argentinas desempleadas, aquí era el eje Hollywood-Manhattan el que dominaba los acontecimientos. Las manifestaciones no tuvieron lugar en las calles sino en la alfombra roja de los Oscar o los Golden Globes. La invitación a las simpatizantes a tuitear sobre su propio acoso sexual, usando el hashtag #MeToo –empleada por más de medio millón de usuarias de Twitter–, fue cursada por una antigua estrella de *Melrose Place* y *Wet Hot American Summer*⁴⁴.

Pero el elitismo de su procedencia hollywoodiana menoscaba la importancia de la avalancha de testimonios que respondieron a aquella iniciativa. En el torrente inicial, en octubre de 2017, una gran proporción de las mujeres que enviaron mensajes recordaban haber sido manoseadas en sus primeros años de adolescencia –«mi padrastro», «mi tío», «el amigo

⁴⁴ Las cifras se refieren al periodo comprendido entre el 15 de octubre y el 9 de noviembre de 2017, cubriendo el inicio y caída de la ola de los medios sociales; Facebook informó de que veinticuatro millones de inscritos «se habían unido a la conversación» en todo el mundo, aunque eso incluía las respuestas negativas. Kara Fox y Jan Diehm, «#MeToo's Global Moment: the Anatomy of a Viral Campaign», CNN, 9 de noviembre de 2017.

de mi padre»– o durante sus primeros meses en el trabajo, donde los hombres mayores trataban a las jóvenes empleadas como una gratificación ofrecida por la dirección. Había relatos escalofriantes de represalias tomadas por hombres cuyas insinuaciones habían sido rechazadas. Como momento de concienciación colectiva, fue a la vez terapéutico –rompiendo el silencio opresivo, la incapacidad de gritar como durante las pesadillas, que muchas jóvenes experimentan como parte del acoso sexual masculino– y probatorio de la enorme escala de la agresión sexual como hecho social. En su mayor parte, al igual que con la iniciativa original *Me Too* de Tarana Burke, o con *ThinkOlga* en Brasil, la atención se centró en las propias mujeres, que rara vez ponían nombre a sus agresores o exigían represalias¹⁴⁵. Catalizó innumerables conversaciones cara a cara entre mujeres sobre su propia gama de experiencias y las de sus amigas, a una escala probablemente inaudita desde la década de 1970. Atraía a hombres simpatizantes de un modo que habría sido inimaginable hasta entonces.

Temáticamente, sin embargo, este movimiento era el más limitado de los movimientos. A diferencia de *ThinkOlga* y de la ONG de Burke, el *#MeToo* de Hollywood no ha ofrecido hasta ahora apoyo material ni psicológico a quienes sufrieron abusos, más allá de una nueva organización benéfica de defensa legal antidiscriminatoria, *Time's Up*. Tampoco se ha producido ningún intento de desarrollar una agenda social más amplia en torno a la violencia, como en Argentina e Italia, o proyectos culturales alternativos, como en Brasil. El paradigma que servía de marco a *#MeToo*, y que dio forma política a este poderoso pero incipiente recrudescimiento del descontento sexual, se limitó en gran medida a una variación del enfoque radical feminista, antidiscriminatorio y ligado al uso de la justicia penal, que ya se había asentado en las campañas contra las agresiones sexuales en los campus universitarios: la aceptación de cualquier acusación como de *bona fide*, sin necesidad de aportar más pruebas; la concentración en la penalización *post factum* de los varones y el castigo espectacular de algunos como medida de disuasión para todos; y la exclusión de las estrategias preventivas que priman el apoyo práctico, cultural y material a la autoterminación de las mujeres.

Dentro de ese marco, la presunción de culpa y el castigo desproporcionado por la comisión de faltas menores podrían ser características positivas al tener un mayor efecto disuasorio. A esto se agregó la nueva práctica del juicio en las redes sociales, que abandonaba cualquier pretensión de

¹⁴⁵ Una joven trabajadora afroamericana, Tarana Burke, creó una página *MeToo* en Myspace en 2006 como apoyo para las chicas que habían sido objeto de abusos sexuales.

audiencia imparcial¹⁴⁶. El resultado ha sido que la titubeante solidaridad femenina en las redes con respecto a los testimonios #MeToo se ha dejado a menudo de lado concentrándose en las represalias contra hombres individuales, poniendo en práctica la norma del campus de «es culpable si es acusado». Los hombres «listos» eran a menudo los más denostados en esas denuncias, tal vez calculando que el ataque era la mejor forma de defensa. En los casos más grotescos, que recuerdan los días de la «caza de brujas» del Comité de Actividades Antiamericanas, los más fanáticos se dedican a extirpar obras de los museos y las bibliotecas a partir de denuncias anónimas e infundadas.

¿Es preciso decir que la pretensión de una audiencia justa para los acusadores, en sistemas judiciales contenciosos históricamente sesgados contra las mujeres y las personas de color, no debería excluir una audiencia imparcial para los acusados? Más allá de esto, una política feminista eficaz contra el acoso debería reconocer su paisaje diferenciado, que varía horizontalmente a lo largo del ciclo vital y, verticalmente, en diferentes situaciones sociales, de clase y raciales, como trataba de hacer el Plan italiano. Cabe esperar que los grupos estadounidenses aprendan de esas campañas más radicales y de amplia base nacidas en el sur de Europa y en América Latina; con suerte, el efecto neto de #MeToo será permitir hablar a más mujeres de ingresos medios y disuadir a más hombres de tomar represalias si se les rechaza. Pero hasta ahora, el movimiento en torno a #MeToo ha sido el más conservador de la nueva cosecha feminista. No parece haberse esforzado mucho por abordar una agenda que afronte las condiciones propicias para el acoso sexual –incluido el trabajo precario, los estereotipos de género racializados y el estatus criminalizado de los y las inmigrantes– y para escapar de la violencia de pareja, gran parte de la cual tiene lugar en el hogar. Como parte de la reafirmación generada por la elección de Trump del feminismo estadounidense convencional, #MeToo corre el riesgo de consolidar, en lugar de cuestionar, el *statu quo* socioeconómico. El asunto Weinstein proporcionó la oportunidad para un ataque a todos los niveles en el sector de la cultura, pero Hollywood no ha ido más allá de un cambio aseado y remozado por el desfile de activistas feministas por la alfombra roja, borrando la mancha de su reputación. Después de eliminar algunas «manzanas podridas», #MeToo corre el riesgo de dejar el sistema en su conjunto tal como estaba. Paradójicamente, podría terminar como una reafirmación del tipo de feminismo, cuyos errores ayudaron a llevar a Trump al poder.

¹⁴⁶ Véase el delicado pero riguroso examen de JoAnn Wypijewski sobre la narrativa, la verdad y el pánico sexual: «What We don't Talk About When We Talk About #MeToo», *The Nation*, 22 de febrero de 2018.

El modelo estadounidense tiene naturalmente un mayor alcance internacional que las versiones china, italiana, española o argentina. Sin embargo, aunque la violencia sexual sigue siendo un tema de portada en todo el mundo, el impacto de #MeToo en las redes sociales ha sido desigual. En comparación con los quinientos mil tuits en Estados Unidos, las cifras más altas se alcanzaron en Francia (cien mil), el Reino Unido (setenta y cuatro mil) y Canadá (cuarenta y tres mil), con números que varían en Suecia, Alemania, los Países Bajos, Australia e India entre trece mil y veinticuatro mil. En otros lugares –en América Latina, Europa del Este, África, Oriente Próximo, Asia sudoriental– la ausencia de apoyo de la prensa dominante y una cobertura más débil de las redes sociales supuso que el número de mensajes rondara los cuatro dígitos o menos¹⁴⁷. De hecho, #MeToo mostró signos de agotamiento en Estados Unidos una vez que los medios de comunicación de Manhattan decidieron que todo había ido demasiado lejos.

Hasta ahora Suecia ha sido el único país que adoptó activamente #MeToo como propio, con manifestaciones públicas y peticiones de los sectores profesionales para protestar por el acoso en su campo, respaldadas por la Corona para las discusiones políticas a alto nivel. En otros países –y de nuevo, a diferencia de otras iniciativas discutidas– su impacto ha sido más visible a escala gubernamental, reaccionando los aliados de Estados Unidos con una oleada de penas más duras y leyes represivas. En Francia, Macron anunció cincuenta medidas contra el acoso sexual –incluidas multas en las calles y una mayor criminalización del sexo entre adolescentes–, junto con una mayor desregulación del trabajo. El gobierno australiano se impuso a sí mismo la abstinencia sexual entre ministros y ministras¹⁴⁸. En el Reino Unido, el viceprimer ministro fue destituido por almacenar pornografía y el roce «fugaz» de la rodilla de una periodista, mientras que el ministro de Sanidad, poco atento a una crisis invernal en la que los pacientes morían en los pasillos de los hospitales, permanece en su puesto.

Sin embargo, un análisis como este, que sólo cubre las características más sobresalientes de los movimientos más destacados, deja de lado inevitablemente muchas de las cosas más interesantes que están sucediendo ahora mismo. Por debajo del radar hay numerosos indicios de

¹⁴⁷ K. Fox y J. Diehm, «#MeToo's Global Moment: the Anatomy of a Viral Campaign», cit.

¹⁴⁸ «Égalité femmes-hommes: les mesures prévues par le gouvernement», *Le Monde*, 8 de marzo de 2018; «Australian Prime Minister Malcolm Turnbull's "bonk ban" ridiculed», *New Zealand Herald*, 16 de febrero de 2018.

que los jóvenes y las jóvenes estadounidenses comienzan a vincular las cuestiones de género con las socioeconómicas, algo que también sucede en Brasil y el sur de Europa, de formas más imaginativas y optimistas. Llevará tiempo que las nuevas ideas se articulen de modo más duradero, complejo y extendido que los *posts* y los tuits.

Futuros estudios de esta serie examinarán los puntos de partida geoculturales y económicos ampliamente variados de los regímenes de género en todo el mundo, así como el impacto desigual del programa global feminista sobre ellos. Las problemáticas y procesos de género en China durante los últimos treinta años tienen poco en común con los de India; en Oriente Próximo, las dinámicas en Turquía, Egipto, Arabia Saudí e Irán son bastante distintas y se diferencian, a su vez, de las que pueden observarse en el devastado «arco bélico», que se extiende desde Mali hasta Afganistán. La década de gobiernos de izquierda en América Latina vio descender ligeramente la desigualdad social, a diferencia de lo que podía constatar en otros lugares. Los patrones de trabajo, género y reproducción varían de manera sorprendente en las diversas regiones de Europa y en las culturas del sudeste asiático; los acontecimientos en Estados Unidos son también diferentes. Con ese telón de fondo, la *New Left Review* espera explorar los recursos que la teoría feminista y la práctica cultural podrían ofrecer a los nuevos movimientos.

Por el momento, ¿qué sugieren las trayectorias de estos nuevos movimientos en cuanto a la relación existente entre la igualdad de género y la desigualdad social a escala global? Dos poderosos feminismos oficiales, el estadounidense y el chino, promueven estrategias que harían confluir la primera con la segunda: la igualdad de género dentro de cada estrato social, de cada grupo étnico estratificado. Las alternativas radicales más destacadas en el sur de Europa y el Cono Sur reducirían la desigualdad social al tiempo que promoverían la igualdad de género, y viceversa; pero están cercadas en sus contextos nacionales por el equilibrio de las fuerzas político-económicas, que favorece fuertemente al capital, y por el orden internacional bajo la hegemonía estadounidense. Luego nos topamos con las regiones donde el dominio de clase y el poder patriarcal forman un todo único. La escena es fascinante, aunque no parezca especialmente esperanzadora para un igualitarismo coherente. Sin embargo se mueve.